

RÉTIF DE LA BRETONNE

LAS NOCHES REVOLUCIONARIAS

PRÓLOGO DE ALICIA MARIÑO



RÉTIF DE LA BRETONNE

LAS NOCHES REVOLUCIONARIAS

PRÓLOGO DE ALICIA MARIÑO

Rétif de La Bretonne acometió una ambiciosa labor anónima, oscura, pero de un interés extraordinario: la de ser, como él se definía, el «espectador nocturno» o el «búho de París». Fruto de un noctambulismo que tiene su inicio en 1767, edita sus crónicas poco antes de la toma de la Bastilla bajo el título de *Las noches de París*.

Pero son los volúmenes añadidos a esa obra y concernientes a la Revolución, auténtica crónica que abarca los sucesos acaecidos desde la primavera de 1789, momento de las primeras agitaciones, hasta finales de 1793, en pleno periodo del Terror, los que convierten al autor en un narrador imprescindible y en un precursor de1 periodismo en un tiempo que cambió la historia de Francia, de Europa y del mundo…

Las noches revolucionarias es un libro terrible y extrañamente bello, y su testimonio, aunque ceñido a una época concreta, es sin embargo universal: transmite cómo, en periodos de cambios profundos, sucede el regreso de la vida más instintiva (orgías, asesinatos, torturas, saqueos, venganzas, violaciones…), pero también el ansia de los hombres de restaurar la civilización perdida.

Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne

Las noches revolucionarias

ePub r1.0
Titivillus 22.11.2022

Título original: *Les Nuits Révolutionnaires*
Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne, 1793
Traducción: Eric Jalain
Retoque de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Prólogo

El espectador nocturno de las calles de París

La neblina en que el tiempo va envolviendo la vida me impide recordar con nitidez las imágenes infantiles de mi primera visita a París, y, sin embargo, conservo todavía el sentimiento de fascinación que me produjo aquel encuentro primordial con la ciudad del Sena. Por muy diversas circunstancias siempre he estado vinculada a París, y en mi imaginación la reconstruyo continuamente, antes de regresar tantas veces como el azar me lo permite. Ella guarda mis juegos en los jardines de Luxemburgo y mi inocente descubrimiento del arte en el Museo del Louvre a través de la magia de la Monna Lisa. Allí permanecen la vieja Sorbona y el boulevard Saint-Michel por donde, ajena al futuro, paseé mi primera juventud. En la calle Charlemagne me recibe siempre un elegante librero de viejo, acorde con la edad de lo que vende, que algo tiene que ver con un misterioso personaje de cuento fantástico. Allí continúa fiel a mi regreso el barrio del Marais, cuya plaza de los Vosgos ha sido testigo de momentos de felicidad. Y allí seguirá eternamente la isla de San Luis, guardando las cenizas de un tiempo ya lejano en el que el mundo se me antojaba una deslumbrante primavera; la misma isla cargada de historia que tanto fascinaba a Rétif de La Bretonne (1734-1806), cuando la recorría en sus aventuras nocturnas por París, grabando en los muros de sus muelles, desde 1779, *graffiti* en latín y fechas que recopilaría a partir de 1785 en su manuscrito *Mis inscripciones*.

A esta pequeña isla del Sena, protagonista de no pocos sucesos revolucionarios, alude con mucha frecuencia nuestro autor, hechizado por la oscuridad, en su extensa obra *Las noches de París o El espectador nocturno* (1788-1794), elaborada a modo de crónica —como también lo hiciera Mercier (1740-1814) en su *Tableau de Paris* (1781-1790)— con la intención de dejar un testimonio sociohistórico para la posteridad, y cuyos volúmenes XV y XVI fueron rotulados más tarde *La semana nocturna y Las noches revolucionarias*. Estos últimos relatos describen los convulsos y terribles tiempos que siguieron a la toma de la Bastilla y dieron origen a la Revolución Francesa, e igualmente constituyen una buena muestra autobiográfica del poder de seducción que la población de París y su pequeña isla de San Luis ejercieron en el escritor borgoñón, a quien la historia de la literatura francesa debe miles de páginas en las que se reflejan la vida y costumbres de la sociedad en la segunda mitad del siglo XVIII, y al que la ciudad de París le debe también una excelente crónica de sus noches durante el periodo denominado «Segundas Luces».

Nicolas-Edme Rétif (o Restif) de La Bretonne nació en Sacy, en la región francesa de Borgoña, en el seno de una familia de campesinos acomodados e instalados desde 1742 en la hacienda de su propiedad, llamada «La Bretonne». Siguiendo el ejemplo de dos de sus hermanastros, inició desde muy niño la carrera eclesiástica, que acabó abandonando a los dieciséis años debido a su carácter no sólo insumiso, sino también mujeriego y enamoradizo.

Se inicia como impresor con François Fourrier en Auxerre, en 1751, y accede a la vida laboral en París, en la Imprenta Real de las Galerías del Louvre. Hasta 1767, año en que publica su primera novela, *La familia virtuosa*, y decide dedicarse a la escritura, la vida de Rétif es un continuo ir y venir de imprenta en imprenta, de Paris a Dijon, a Auxerre y de nuevo a París, donde terminará viviendo el resto de sus días.

Casado con Agnès Lebègue desde 1760, la pareja arrastra una larga separación de hecho que acabará en divorcio en 1794, situación en la que sin duda influyeron las costumbres libertinas de nuestro autor. De las cuatro hijas habidas en el matrimonio, sólo vivieron dos, Agnès, la primogénita, y

Marion, la pequeña, en cuyas vidas sentimentales tampoco faltaron los sobresaltos.

Acérrimo vividor, pensador, filósofo, moralista, ideólogo, libertino, pornógrafo y, sobre todo, gran observador de las costumbres de su tiempo, Rétif de La Bretonne sintió la llamada de las letras desde muy joven. Lo atestiguan sus «cuadernos de estudio» o *Memoranda*, redactados a partir de 1749 cuando apenas contaba catorce años de edad, que contienen, entre otras cosas, sus primeros trabajos poéticos en honor de Jeannette Rousseau, su primer amor, posiblemente su único amor platónico. Nunca olvidó a Jeannette, con la que pensó casarse, una vez divorciado, cuando la «jovencita» pasaba ya de los sesenta y cinco. Rétif fue un libertino soñador al que nada ni nadie pusieron freno ante la decisión de beberse la vida. Llegó incluso a tener una relación amorosa con su hija Agnès, con la que, por otra parte, mantuvo siempre estrechos lazos afectivos.

Disfrutar de sus días sin obstáculos morales y escribir sin límites son dos de las características más importantes de nuestro autor, cuya obra está salpicada de situaciones personales por doquier, además de dejarnos una autobiografía apasionada y minuciosa en *Monsieur Nicolás o El corazón humano desvelado* (1794-1797). Son dieciséis volúmenes que no tienen desperdicio para conocer al detalle la vida de Nicolas-Edme Rétif de La Bretonne y que complementan a la perfección muchas de las situaciones narradas por el «búho» —como él mismo se denomina— en *Las noches de París o El espectador nocturno*.

Decidido a vivir de su escritura, Rétif no abandona nunca del todo su trabajo de impresor, sin duda para paliar las inseguridades derivadas del mayor o menor éxito de sus innumerables libros. Además, en determinados momentos, él se imprime su propia obra, lo que le proporciona rapidez en la publicación cuando la censura le obliga a modificar parte de sus contenidos.

A pesar de la protección que le dispensara Joséphine de Beauharnais, futura mujer de Napoleón, a cuyo salón asistía asiduamente desde 1787, nunca disfrutó de una desahogada situación económica y acabó en la más absoluta miseria como consecuencia de los desajustes que produjeron en Francia los excesos de la Revolución. Murió decepcionado el 3 de febrero

de 1806, esperando una última ayuda de los poderes públicos que nunca llegó.

Personaje singular e inclasificable, Rétif de La Bretonne se ejercitó en el género de la novela, el drama (aunque sus obras nunca se representaron) y la autobiografía. Pero también caminó por el terreno de la utopía y publicó numerosos proyectos de reforma acerca del teatro, las costumbres, la prostitución, la situación de la mujer y la legislación, por lo que se le ha considerado un antecesor de los socialistas utópicos. Entre sus contemporáneos no le faltaron detractores, pero tampoco admiradores de la talla del filósofo, escritor y político Benjamin Constant, o de la del dramaturgo alemán Schiller, quien en su correspondencia con Goethe demuestra un gran interés por las costumbres parisinas que tan espléndidamente refleja la pluma de nuestro autor. En pleno romanticismo, el poeta Gérard de Nerval le consagra una biografía en sus *Iluminados* (1852), y la generación de los surrealistas, acorde con sus manifiestos por la libertad moral de la creación, desentierra sus obras más escabrosas.

Acaso porque son las más recordadas, de entre sus muchas publicaciones no pueden dejarse de mencionar *El campesino pervertido* (1775), *La vida de mi padre* (1778), *Las contemporáneas* (1780), *La última aventura de un hombre de cuarenta y cinco años* (1783), *La campesina pervertida* (1784), *Las parisinas* (1787), *Ingenua Saxancourt* (1789) —inspirada en el desafortunado matrimonio de su hija Agnès con Charles-Marie Augé— y *La Anti-Justina* (1793), novela en la que elogia la importancia de la voluptuosidad, atacando la obtención del placer a costa del dolor ajeno que tanto había predicado su coetáneo el Marqués de Sade, a quien Rétif consideraba un monstruo.

Las noches de París están plagadas de anécdotas y situaciones variopintas vividas bajo la protección de la oscuridad. En las primeras líneas, el escritor expresa su intención moral y el deseo de que la crónica de los sucesos que va narrando sirva de ejemplo a los jóvenes para que se alejen del vicio y del mal. Por la obra desfilan personajes insólitos, amorales e incluso aterradores, de los que, sin ocultar el placer de sus paseos nocturnos, se sirve Rétif para denunciar abusos e injusticias y para promover cambios sociales y legislativos. Aunque en ocasiones se trate de

un cuadro denso y caótico, alimentado por la imaginación del autor, *Las noches de París* constituyen un auténtico documento sociológico para entender la situación de la ciudad y de sus habitantes antes de la caída del Antiguo Régimen.

Las noches revolucionarias, recogidas en el volumen XVI de esta extensa crónica sobre París, están marcadas por la violencia de una etapa de la historia de Francia que se inicia el 14 de julio de 1789 con la toma de la Bastilla.

En la primera parte de la obra, bajo el epígrafe «Siete noches», asistimos a los disturbios populares que la desgastada situación política y económica de la monarquía es incapaz de controlar y que auguran su inminente caída. Aprovechando la confusión del momento, bandidos y marginales invaden las calles y se dedican al pillaje. En el Palacio Real tienen lugar continuas asambleas de las que surgirá la nueva organización administrativa. Las fechas de estos comentarios se extienden desde el 27 de abril de 1789 al 13 del mismo mes de 1790. Tras la toma de la Bastilla se suceden los asesinatos, y en ese escenario de desorden y desconcierto social el propio Rétif no sólo está a punto de ser ejecutado al ser confundido con un clérigo, sino que también es detenido en su emblemática isla de San Luis, acusado de traición por su yerno Augé, todavía casado con Agnès. Libre de cargos, pero no menos asustado y entristecido, abandona la isla con la intención de no regresar a ella nunca más.

El horror fluye también en la segunda parte de *Las noches revolucionarias*, cuya cronología abarca desde el 13 de julio de 1790 al 9 de octubre de 1793. Junto a todo tipo de tropelías populares, violaciones y robos en ambientes de prostitución, Rétif nos muestra la precaria situación política de Luis XVI ante la Asamblea Nacional, y nos relata la detención de la familia real en Varennes, cuando estaba a punto de abandonar el país. El juicio de Luis Capeto y su muerte bajo la guillotina están plagados de acotaciones que reflejan una moderada ideología revolucionaria por parte del autor.

La etapa del Terror, la elaboración de listas negras y las matanzas de septiembre de 1792 llenan *Las noches* del insigne «observador». Sobre un conglomerado de horrores, transitan por París, Marat y su asesina, la

girondina Charlotte Corday, Robespierre y María Antonieta, poco antes de cumplir con sus trágicos destinos, y tantos otros personajes históricos, leales o desleales a la Monarquía o a la Revolución, sumidos todos ellos en un caos terrorífico.

Rétif de La Bretonne emite su opinión apasionada sobre todos los acontecimientos que recogen sus crónicas, unas veces defendiendo las reformas revolucionarias, y otras denunciando los excesos. No obstante, el miedo o la prudencia debieron de dictarle la «Profesión de fe política» que añade al final de *Las noches revolucionarias* y que, en cierto modo, se contradice con muchos de los comentarios recogidos a lo largo de sus páginas. Y ello porque acaba justificando la violencia del régimen del Terror como «desgraciadamente necesaria».

A partir de 1793, las crónicas de *Las noches de París* no siguieron viendo la luz. Rétif de La Bretonne murió en 1806, bajo el Imperio. Al régimen del Terror le sucedió la moderación del Directorio. El período revolucionario se cerró en 1799 con la llegada al poder de Napoleón Bonaparte, tras el golpe de estado del 18 Brumario que lo convertiría en primer Cónsul de la República. En 1804 sería coronado Emperador. Tras su caída en 1815 y el corto regreso de la monarquía borbónica, Napoleón III, bajo el Segundo Imperio (1852-1870), emprendería la gigantesca tarea de modernizar económicamente el país, dotándolo de nuevas infraestructuras.

En París, los planes urbanísticos del barón Haussmann y la demolición de las tortuosas e insalubres calles, testigos de la Revolución de 1789, convirtieron la capital francesa en *ville-lumière*, una ciudad de luz y de sueños que nunca hubiera podido imaginar «el búho» Rétif de La Bretonne, el viejo espectador nocturno de las viejas calles de París.

ALICIA MARIÑO ESPUELAS
Madrid, 23 de abril de 2009

Nota del editor

Hemos omitido ciertos pasajes del original de Rétif de la Bretonne, casi siempre de historias de tono costumbrista o autobiográfico, o bien comentarios a asuntos de actualidad poco o nada relevantes para el hilo principal de la narración y que hacen, creemos, algo fatigosa su lectura, como ciertos fragmentos dedicados a la crítica teatral de la época. Lo hemos decidido así, sin pretender faltar al respeto al autor, puesto que el objetivo esencial de esta edición es presentar a los lectores en español una crónica vivida y contemporánea, pero también accesible, de la Revolución Francesa. Hemos indicado dichas omisiones en el texto, en todos los casos, con la siguiente marca: […].

El lector curioso que quisiera asomarse a dichos pasajes, puede consultar las siguientes ediciones: *Les Nuits Révolutionnaires*, ed. Livre de Poche, Paris 1988, o también la obra completa del autor editada por Henri Bachelin (ed. Slatkin Reprint, Paris 1930-1932).

Primera Parte

Siete Noches de París

Obra al servicio de la historia
del Jardín del Palais-Royal[1]

¡Los extremos se tocan!

PREÁMBULO

[…] A nuestra llegada clandestina a París, el 23 de junio, ¡nos quedamos asustados por la agitación general! Supusimos que todo se iría calmando. Nos equivocamos: la turbación ha seguido incrementándose desde entonces… En realidad, se trata de una fiebre salutífera…, pero fiebre, al fin y al cabo. Vemos, bajo el Passage du Cirque, que aún no está terminado, a jóvenes subidos en tablas sobre caballetes leyendo escritos vehementes que excitan la fermentación de las masas o la nutren… Hoy en día admiramos lo que entonces se nos hacía extraordinario, incluso extraño.

Nos informamos de lo que pasa, de los antecedentes… Un joven que acaba de lanzar una arenga y que la muchedumbre de espectadores ha dejado cojo derribando la mesa sobre la que se alzaba, nos aborda, apoyándose sobre dos personas:

—¿Sois extranjero, caballero? —nos pregunta.

—No; acabamos de llegar de Suiza.

—Es lo mismo. Os puedo instruir… ¡Que me lleven en volandas al café de Foi!

Le seguimos. Se instala a sus anchas y, siendo las ganas de hablar su necesidad más perentoria, se expresa como sigue:

PRIMERA NOCHE

27 DE ABRIL DE 1789

Los Estados Generales se reunían: la aristocracia, moribunda, sin saberlo aún, intentó una última jugada. Necker, virtuoso ministro, había dado poder al pueblo doblando su representación; no digo que dicha

representación sea proporcionada… ¡No, no lo es!…, pero era todo lo que se podía lograr en aquel momento.

Los aristócratas (es decir, los ministros, los grandes, los miembros del consejo, los intendentes, los subdelegados, los obispos, los canónigos, los monjes, los empleados de toda ralea, los procuradores y una parte de sus pasantes, los rentistas, los agiotistas, casi todos los ricos y, en fin, los verdugos), los aristócratas, digo, se empleaban en demostrar al rey que el pueblo era indomable; que era una bestia feroz que, si se salía con la suya, iba a derribar todas las barreras y a convertir un reino convenientemente ordenado bajo el despotismo en un espantoso caos de anarquía.

Pero ese pueblo en realidad no estaba pensando en sublevarse. Estaba tranquilo, siguiendo con atención y curiosidad, pero no con impaciencia, el desarrollo de la augusta asamblea.

Aristocracia se estremece[2]. Es una mujer alta, nacida entre los confines de Parisis y Normandía; mide seis pies, es delgada y seca; antes parecía noble, ahora tan sólo malvada. Cuenta entre sus ancestros, con tres casas soberanas aliadas. Fue rica, ahora es pobre: tan sólo vive de las rentas, que no la amparan de la necesidad, pues sus peculios han quedado en manos de los acreedores. Piensa que todo se le debe: observa celosa la corona sobre la cabeza de los Borbones. Pero no osa decirlo en voz alta… Se dirige andando hacia la puerta de Saint-Antoine, a un notario, para cobrar una letra de cambio falsa, mientras mantiene la mirada clavada en las torres de la Bastilla. Esta visión la regocija. Entra en la notaría; la firma del artista Réveillon está tan bien imitada que logra engañar al funcionario, a pesar de que éste, pocos meses antes, había descubierto otra falsificación, procedente de… un abate. En cualquier caso, paga.

Aristocracia sale henchida. El notario la observa. Hay algo divino en su forma de andar… La orgullosa pordiosera, borracha de alegría, de dinero, de oro, entra en los barrios populares: afecta graciosas maneras; se compadece del pueblo, pero no del artesano útil y atareado, sino del holgazán que se nutre de fantasías y tan sólo tiene vanos deseos de enriquecerse… Va repartiendo oro a su alrededor: piensa que ha de sustraer a una desdichada muchedumbre del trabajo que aporta un útil y virtuoso ciudadano, así que lo denigra y anima a saquearlo.

Sus doradas palabras resultan eficaces: los gandules que nunca trabajan, sino en vanos chanchullos, difunden que el artista pretende disminuir el precio del jornal: los verdaderos obreros se espantan. Hay conmoción, hay agitación; los holgazanes logran sublevar el barrio de Saint-Marceau y los artesanos, ciegos y estúpidos, ¡no se dan cuenta que van a destruir sus propios recursos! Se amotinan: esto ocurrió el lunes por la noche… Acuden a la casa del benefactor de los pobres y la rodean; algunos guardias los dispersan. Pasa la noche.

Al día siguiente, los haraganes vuelven a asomar. Aristocracia ha hecho una visita a De Crosne y ha logrado liberar a los rufianes *bicetriers*[3] (ya sea seduciendo al teniente de policía o bien falsificando una firma) y los ha vuelto a conducir a los barrios. No hace falta excitar demasiado a esos bellacos para que se entreguen al saqueo… Aristocracia vuelve volando a la comisaría; encuentra a un guardia que está pidiendo refuerzos al magistrado: «¡Cuarenta hombres son insuficientes —exclama— para proteger las avenidas de una mansión!». Aristocracia logra que su demanda se quede en nada. Así, el artesano Réveillon es saqueado… y hubiera perdido también la cabeza de no haber tenido la prudencia de huir.

En estos días, Aristocracia no buscaba otra cosa. Asume el fuego… Incendia, destroza, consume. Un monstruo de talla aristocrática (el *Grandbondieu*), desalmado que se nutre de hiel y de envidia, anima a la tropa y roba quince mil libras, con las cuales ha huido para establecerse en su país (se cuenta).

Aristocracia deja que ese sujeto capitanee a los saqueadores. Ahora se viste un uniforme de *garde-française* muerto y excita el furor de los soldados contra el pueblo, para incrementar la confusión y dividir a todo el mundo. Pero en esto se equivoca, ¡la muy pérfida! Los guardias se defienden: rechazan a los bandidos, pero, en el tumulto, atacan también a ciudadanos y se deshonran con ello. ¡Una palabra acusadora, tanto más terrible cuanto que es pronunciada por las mujeres y por las hijas del pueblo, los cubre de vergüenza por haber obedecido! ¡*«Royal potence*[4]», es la palabra infame!… ¡Aristocracia, has errado! ¡La *garde-française* ya no va a volver a obedecerte!

Durante esa catastrófica noche, los granujas, expulsados a tiros de la casa desvalijada, van a saquear comercios, a riesgo de recibir adoquinazos y tiestazos lanzados desde las ventanas: los golosos van a robar a los charcuteros y a los pasteleros y los codiciosos a los orfebres, a los merceros y a las lavanderas; se llevan lo que quieren, obligan a que les abran ¡o derriban las puertas cerradas a hachazos! Así han transcurrido las noches del 27 al 29 de abril… Tal ha sido, ¡oh, extranjero, o patriota ausente!, el primer paso dado por Aristocracia. Pero no será el último…

Los Estados Generales se reúnen en asamblea. Aristocracia, insolente, quiere presidir la primera sesión. Pero se topa con Democracia, que le arrea una buena bofetada. Irritada, quiere venganza. Democracia, sin embargo, se mantiene imperturbable en su lugar… En fin, ayer Aristocracia casi ha triunfado. Pero os predigo que su triunfo no va a durar mucho…

Así perora el joven «deslomado» por su caída. En ese momento, le faltan voz y aliento; tiene que ser sangrado y guardar cama hasta el 11 de julio por la tarde, que volvemos a verlo en el Palais-Royal. Lo evitamos, para que no nos distraiga de lo que se habla en los diferentes grupos.

Mientras tanto, los acontecimientos se suceden: llega el 12 de julio. Los ministros siguen haciendo de las suyas[5]… El 10 hay una agitación sorda; el 11 la tempestad crece; hacia las diez, en el momento más peliagudo, llega un joven aristócrata de Versalles al Palais-Royal y se esfuerza en tranquilizar al pueblo repitiendo: «¡Todo va bien!». ¡Pero todo iba mal, como bien pudimos constatarlo al día siguiente! […]

SEGUNDA NOCHE

12 DE JULIO DE 1789

Salimos a las seis de la tarde y vamos por el lado del Pont Neuf. Llegados al Quai du Louvre, ¡vemos cómo la multitud huye espantada! Intentamos informarnos.

«¡Necker ha sido destituido… Foulon va a sustituirlo! ¡Las tropas… que vienen las tropas! ¡El príncipe Lambesq…!». Esta es toda la respuesta.

En ese momento, una mujer esbelta, vestida como una ninfa y con sus mismas formas, sale de la calle Arbre-Sec y pregunta:

—¿A dónde van todos esos hombres?

—Huyen con sus mujeres —le responden.

—¡Cobardes! —exclama, mientras agarra a uno de los huidizos por el cuello de la camisa— ¡Deja que tu mujer se vaya y quédate aquí!

El joven sonríe:

—Es mi hermana —responde—. Dejadme que la lleve a casa y regreso armado…

Otro joven, que me pareció el amante de la ninfa, viene a coger su mano y, haciendo el rol de esposa, se la lleva. La bella, sin embargo, se gira de vez en cuando y, al ver que los hombres siguen huyendo, pega indignados pisotones con su delicado pie.

¿Qué provoca esta despavorida huida de los parisinos?

Un hermoso cielo invitaba al laborioso ciudadano a disfrutar de su día de reposo yendo a respirar aire puro en los jardines diseñados por Le Nôtre. Para aliviar a su dulce compañera, el parisino bonachón lleva al niño: él es más fuerte; esta reflexión lo conduce a la naturaleza, aunque parezca apartarle de ella. Llegados al césped de los estanques sombreados, el esposo y su compañera se sientan para reposar un poco, mientras el niño se lanza a jugar con otros infantes. Hace monerías que provocan la risa de la madre.

Sin embargo, sobre la terraza que domina al río, unos atolondrados provocan a los soldados, que se concentran innecesariamente. Una piedra, parece ser, va a dar al casco de Lambesq. Indignado, el comandante se estremece. Se deja llevar por consejos imprudentes y entra a caballo en el Jardín des Rois… Oasis sagrado, destinado a los Juegos, a las Risas y a los Amores, donde Marte nunca ha de estar salvo en estatua… Ahí avanza, con el sable en ristre. Se elevan gritos penetrantes, respondidos por los gritos de las jóvenes madres que se levantan todas a coger a sus hijos; ya no son los padres los que los llevan. ¡Las mujeres, espantadas, los creen en mayor seguridad entre sus maternales brazos! Los niños se echan a llorar, al verse arrebatados de sus inocentes juegos; las esposas llaman a sus maridos para

que las escolten. Todos huyen: las mujeres asustadas, los maridos para alejar a sus familias de ahí.

Mientras tanto, Lambesq se da cuenta que ha cometido una imprudencia. Quiere volver sobre sus pasos. Pero un temerario anciano osa interponerse en su camino y exclama: «¡Retirad el puente levadizo!». El desdichado cae bajo los sablazos de Lambesq. ¡Fatal actuación! No tenía que haber entrado a caballo en el jardín; es un crimen que Lambesq nunca podrá lavar.

Es la valiente ninfa quien me cuenta todo esto. Me dirijo al Palais-Royal donde, desde el 7 de junio tienen lugar numerosas asambleas, donde nacen los primeros planes de distritos y de municipalidad. Pero no hallo sino a hombres toscos de incendiaria mirada, más interesados por el botín que por la libertad. ¡Salgo huyendo!

Acudo corriendo a las Tuileries. ¡Es un desierto! Un aire de desolación recorre esos jardines habitualmente tan alegres, lo que me hace exclamar involuntariamente: «¡Oh, reyes! ¡Qué es de vosotros sin vuestros súbditos!». Reflexiono entonces sobre la puerilidad de los aristócratas, que hacen pasar tantas penurias a los pueblos y los tomo por locos, cansados de una vida tan buena. «¡La nación lo es todo, todo por la nación! —pienso yo —, y el insensato que incrementa sus tormentos es un criminal de lesa humanidad, más culpable que Lambesq».

Cae la noche y yo sigo vagabundeando. Vuelvo a entrar en la ciudad y me dirijo al palacio de Orléans.

Tumultuosos grupos de gente comentan furiosamente lo sucedido durante el día. ¡Amenazan, ponen precio a cabezas! Yo me estremezco: veo un nubarrón de males formándose sobre esta desdichada capital, otrora la ciudad más voluptuosa del universo, la más libre, la más agradable y, por consiguiente, la más feliz. ¡Oh, Londres! ¡A pesar de tu orgullo, te desafío a que te compares con París! Incluso bajo los Saint-Florentin, los Sartine o los Lenoir, París era más libre para un honesto ciudadano que ese brumoso Londres, ¡donde el bandido desvalija en virtud de una libertad que se opone a la policía! ¡Durante veinticinco años he vivido en París más libre que el aire! Bastaban dos condiciones para que cualquiera fuera libre: ser honrado y no publicar panfletos contra los ministros. Todo lo demás estaba

permitido, y jamás me coartaron la libertad. Ha sido al comienzo de la Revolución cuando un miserable ha logrado que me detuvieran dos veces[6]…

A las once de la noche, harto de lo que veo y escucho, salgo del Palais-Royal. ¡Para toparme con un alboroto horroroso! Resuenan por todas partes gritos furiosos. Veo la calle Petits-Champs repleta de granujas armados. A pesar del peligro, quiero ver de cerca lo que pasa. Me cuelo entre espadas y palos: hay pelea, o se finge una pelea… Observo de reojo: las miradas de esos miserables lanzan destellos de bandidaje.

En la entrada de la calle de los Vieux-Augustins casi me matan de un pistoletazo. Llego a les Halles. El panorama es infernal. «¡Oh, patria mía!» exclamo, ¡pues la ciudad donde uno vive, donde se es esposo y padre, se convierte en la patria de uno! «¡Oh, patria mía! Vas a perecer bajo esos hijos bastardos que están asesinando a tus hijos legítimos».

Escapo de varios peligros y, a medianoche, llego a la calle de Prouvâmes. Ahí alguien me agarra por el cuello de la camisa:

—¡Es un cura!

—¡No, no, amigos, soy padre y abuelo!

—¡Es un viejo! —dice otro.

El bruto que me está agarrando me empuja a un charco de barro, donde caigo sentado, y me deja libre.

Llego a la calle del Roule, o a la de la Ancienne-Monnaie: están derribando la puerta de una armería. Una tropa de guardias avanza tocando el tambor, con las banderas desplegadas al aire y dispersa a los saqueadores. Me hallo en la esquina de la calle Betisi: un muchacho se detiene, lleva de la mano a su joven y encantadora esposa. Es arrebatado por la multitud, que le obliga a abandonarla. La damisela intenta retenerlo y grita. Un zafio la aparta de un puñetazo acompañado de una expresión soez (¡*Zella ertuof nu titep pouc!*[7]). ¡Ella se desmaya! La tomo en mis brazos y ese momento basta para indemnizarme por todas las penalidades de la noche… Logro que recupere el sentido gracias a un elixir.

—¡No os preocupéis! —le digo—. Vuestro marido seguro que aprovecha la primera esquina para escapar y volver a vos… ¡No temáis por él! No ha ofrecido mucha resistencia. Si tarda demasiado en regresar, os

conduciré a vuestra casa. Decid que soy vuestro padre. Tengo una hija de vuestra edad.

—¡Ah, sois padre!… ¡Caballero, confío en vos! Llevadme a la casa de mi padre.

Es un vendedor de sedas que vive cerca de los soportales de les Halles. Vamos para allá.

A la altura de la calle Tirechape, encontramos a alguien que huye con una ligereza de gacela. Lo persiguen dos brutos armados con varas de hierro. «¡Es mi marido!», exclama la muchacha. Sin contestarle, me dedico a seguir haciendo de salvador. «¡Auxilio! ¡Auxilio!», grito con todas mis fuerzas. Los dos perseguidores se detienen y se aproximan a nosotros. Les insto a que me ayuden a llevar a mi hija a mi casa. Consienten. Improvisan una camilla con sus varas y sus dos chalecos, la sientan encima y la llevan. El joven marido nos ha visto de reojo. Al ver que ya no lo persiguen, sus temores se disipan, vuelve sobre sus pasos, nos sigue y entra en casa de su suegro con nosotros. Su visión reanima a su esposa. Los dejo para regresar a mi casa. Aún me detienen otros bandidos, en la entrada del puente de Notre Dame, pero mi bonhomía los desarma y por fin llego a mi casa para tranquilizar a mi familia.

Tal es el esbozo que puedo hacer de la primera noche de la Revolución. Tan sólo he contado lo que he visto con mis propios ojos.

Las tres no hacen sino una

He aquí una aventura que me han contado esta misma noche:

En una casa de la calle de la Bûcherie vivían tres muchachas gentiles por igual: Amasie, la mayor, era esbelta, majestuosa y de una hermosura griega. Amable, la segunda, era castaña; tenía una cara ovalada muy francesa, una blancura de lirio, una risa encantadora, unos labios deliciosos y los ojos muy grandes. Aimée, la tercera, era linda, viva, alocada, su rostro parecía más inglés y su melena era rubia.

Un joven muy rico, emancipado, cuyo alma era dada al exceso y que no hallaba felicidad sino en el amor, vio a Amasie en Notre Dame, el 14 de

febrero, diez años antes del día del gran Te Deum nacional y se enamoró perdidamente. La siguió, resuelto a pedir su mano al día siguiente mismo.

Por la noche, según regresaba a su casa en el Quai Saint-Bernard, coincidió con una mujer mayor a la que tuvo el honor de servir defendiéndola contra los groseros insultos de dos borrachos que salían de la Place aux Veaux. La condujo a su casa, que resultó ser donde moraba su bella amada. ¡Bernardin quedó encantado! Mostró gran alborozo por haber resultado de utilidad a la dama, la cual, conquistada por sus buenas maneras, le invitó a subir a casa. La esperanza de ver a su amada lo animó a ello.

Según entraron, Amable corrió a recibir a su madre. Bernardin quedó deslumbrado por tan hermosa muchacha y balbució algunos cumplidos. Poco después Aimée, que estaba en su aposento, bajó y acorrió alocadamente a abrazar a su madre. Bernardin ya no sabía dónde se había metido, pues ésta última le parecía aún más amable. Finalmente entró en la sala Amasie, con un salto de cama recién puesto. Bernardin, sorprendido y encantado de hallarse con la madre de las tres muchachas más bellas que había visto jamás, se quedó petrificado. La dama le invitó a quedarse a cenar. Aceptó, demostrando el mayor alborozo. Lo cual resultaba tan extraordinario que quisieron informarse de quién era. Sus respuestas resultaron satisfactorias: Bernardin era conocido y estimado. Estaban encantadas de deberle un favor, así que la velada resultó deliciosa y muy larga.

Al día siguiente, el joven acudió a casa de Monsieur y Madame Dupré para proponerles convertirse en su inquilino. Consintieron jubilosos y se instaló inmediatamente. Negociaron sin embargo el precio, pero fue para que no le resultara excesivo.

Bernardin pudo admirar a sus tres amadas durante varios meses. Había pensado que viéndolas a diario y conviviendo cotidianamente con ellas, podría decidirse por una de las tres. Y en efecto, cada día se decidía por una ellas; con la que hablara ese día era siempre la que le parecía más amable y cuando ya estaba dispuesto a pedir su mano, aparecía una de las otras dos y mudaba su parecer.

Un día, que había hablado largo y tendido con Amable, se sintió absolutamente decidido. Fue a ver a la madre, que estaba con su marido, y les anunció su deseo de convertirse en su yerno. Iba a dar el nombre de Amable antes de que le preguntaran, cuando las otras dos hijas, Amasie y la joven Aimée, entraron juntas. Se quedó mudo. Sus padres las hicieron salir, para que no perturbaran la declaración, y, en cuanto lo hicieron, pidieron a Bernardin que se explicara. Pero no pudo decidirse, pues en ese momento las tres hijas ejercían en su corazón parecida atracción. Así que respondió que todo su deseo consistía en convertirse en su yerno y que ellos mismos le concedieran a aquella de sus hijas que consideraran más a propósito.

La madre quería más a la más pequeña y el padre a la segunda; pero los usos y la razón apuntaban a la mayor. Padre y madre reflexionaron. La madre no osaba proponer a Aimée, por temor a mortificar a su marido; Monsieur Dupré no osaba proponer a Amable, por temor a contrariar a su mujer. Ambos pensaban también que lo más razonable era proponer a Amasie. Así, divididos entre tres, desconociendo hacia cuál de ellas se inclinaba su inquilino, no supieron qué decir y permanecieron enmudecidos. Bernardin les apremió a darle una respuesta. Entonces, ambos, por pudor, no osaron pronunciarse por su favorita y nombraron a Amasie.

Al escuchar ese nombre, Bernardin sintió que perdía la esperanza de obtener a Amable y que renunciaba también a Aimée… Se estremeció y balbució algo.

—¡Escoged vos! —exclamaron los padres— ¡Escoged! ¡No deseamos influiros!

—¡Posterguémoslo hasta mañana! —respondió Bernardin.

Así que lo postergaron.

Al día siguiente Bernardin, encantado con Amasie, se apresuró a anunciar su elección.

El padre sacudió la cabeza incomodado; la madre también. Bernardin se dio cuenta pero hizo valer el derecho de Amasie y así obtuvo el consentimiento deseado. Corrió a anunciar la nueva a la bella joven, su primera inclinación, ¡cuando se topó con Aimée! No quería entretenerse, ¡pero la muy bribona estaba tan linda! Lo retuvo y se pusieron a platicar. El resultado fue que Bernardin, en vez de ir a anunciar a la bella Amasie que

acababa de escogerla, regresó a hablar con los padres y les declaró que estaba absolutamente decidido por Aimée. La madre se colgó del cuello de su futuro yerno diciéndole:

—¡Estimado amigo! ¡Con tu felicidad llenas de felicidad mi vida! ¡Aimée es encantadora!

—Sí —dijo el padre—, es mi hija como las otras dos; pero… ¡pasar antes que sus dos hermanas! Si fuera la mayor, la discrepancia sería compartida…

En estas entró Amable, para rendir cuentas de un encargo que le había hecho su padre. Bernardin, al verla, se olvidó de las otras dos: se entregó todo él a la bella Amable. Así que le dijo al padre: «¡Tenéis razón, caballero, terminemos con esto ahora mismo! Si la señorita Amable consiente…». Amable se sonrojó. El padre estrechó la mano de su yerno y se decidió el matrimonio. Bernardin salió, satisfecho por haberse decidido por fin.

Pero nada más dejar a sus futuros suegros, cayó en las manos de Aimée. Estaban solos, se mostró zalamera, lo encandiló con sus encantos. Se dejaron llevar por los sentidos, y lo que tenía que ocurrir, ocurrió.

Monsieur Bernardin estaba ahora decidido por Aimée. Se apresuró a comunicárselo a la madre, sin llegar a contárselo todo. La buena mujer se sentía colmada de dicha. Le propuso dejar que los preparativos de boda se desarrollaran como si estuvieran destinados a Amable, para finalmente casarse con Aimée. Bernardin aceptó.

Al día siguiente, Amable y Aimée salieron de compras con su madre, que se reía para sus adentros: «Estas compras de boda son para mi querida Aimée —pensaba—, pero hay que mantener a Amable en la ilusión». E hicieron las compras.

Pero Bernardin, hallándose solo en casa con Amasie, se puso a charlar con ella y le pareció tan agradable y tan tierna, que de igual manera se comportó él. Amasie no se resistió demasiado, parece ser incluso que le correspondió, resultando un amor completo.

¡Bernardin se hallaba en un buen enredo! En el fondo, a la que más amaba era a Amable. Lo sintió en ese momento. Y era precisamente a la única a la que había excluido por la vía de los hechos. Estaba muy enfadado

consigo mismo, incluso antes de volver a verla. Se mostró apagado y pensativo a lo largo del día, al día siguiente y al otro. El padre vino a preguntarle si acaso no deseaba desposar a Amable. «¡Al contrario! —respondió Bernardin— ¡Es a ella a la que adoro!… Pero… pero…». Enmudeció tras el segundo «pero» y el padre no logró sonsacarle más explicaciones.

Bernardin se sumió en singulares reflexiones: «¿Acaso he de casarme con alguna de las que amo un poco menos en prejuicio de la que amo un poco más? ¡Veamos! Que sea la naturaleza la que decida… En el fondo, amo a las tres hermanas: ¿pero acaso he de privarme de la que más amo? ¡No! No, y seguro que la naturaleza decide que la despose, haciéndola madre».

Dicho y hecho. Se aseguró de que la bella Amable estuviera sola y se acercó a ella… Bernardin desplegó sus atractivos más conmovedores. Pero somos cronistas, no pintores. Amable se mostró tierna con su futuro marido, pero deseaba mantenerse intacta, ¡por lo que opuso los mayores obstáculos! A Bernardin le costó mucho superarlos, pero todo le favorecía: el amor, la soledad, los deseos, Venus o la Belleza: finalmente, igualó la suerte de las tres gracias.

A partir de entonces, prefirió a Amable. ¡Así que se estremecía acongojado a la espera de lo que acaeciera! No acababa de fijarse la fecha del enlace. El mismo Bernardin, que en el fondo era honrado, hubiera lamentado no casarse con aquella de las tres, tal vez sólo una, que pudiera haber quedado encinta. Así que recurrió a diversos pretextos para dilatar la espera, ¡lo que provocaba mucha inquietud a los padres y a las tres bellas! Estas acabaron haciendo sus confesiones, Amable a su padre, Aimée a su madre y Amasie a ambos, pero en último lugar.

La primera en confesarse fue Amable, por lo que el padre instó con vehemencia a que se celebraran las nupcias. Unos días después se confesó Aimée, por lo que la madre apremió vivamente a Bernardin a que desposara a la pequeña. Pero tras la confesión de Amasie, a la semana siguiente, el padre y la madre cayeron en la indecisión y se vieron tentados de considerar a Bernardin un estafador de favores. Estuvieron deliberando varios días.

Sus rostros se mostraban teñidos de dolor. Finalmente, decidieron tener una conversación.

Una mañana, convocaron a Bernardin:

—¡Caballero! —le dijo el padre—, ¡os habéis comportado de manera que el haberos admitido en nuestra morada se ha convertido en una desgracia para nosotros!

Estas palabras sacaron a Bernardin de su estupor, y se echó a sus pies:

—¡Dignaos a escucharme, antes de condenarme! —les dijo—. Vuestras tres hijas son amables por igual, y las he amado por igual a las tres; ¡pero de forma singular! Sus méritos son tan perfectamente semejantes, que siempre prefiero con la que estoy o a la que acabo de dejar. Esa es la razón por la cual me he mostrado indeciso, vacilante. He probado la felicidad con cada una de ellas, pero no las he seducido alevosamente ni las he engañado: cada vez que estaba con una era porque la adoraba. Desespero por lo que he hecho… Pero sin embargo, aún espero. Que sea la naturaleza la que determine mi destino. La primera que quede encinta será mi mujer.

El padre y la madre, un tanto reconfortados, consintieron, aunque dolidos… También esperaron.

El padre, astuto procurador que era, quería casar a su querida Amable: era la que más se asemejaba a las mujeres de su familia, razón por la cual la consideraba más hija suya que las otras dos; Aimée se parecía a la familia materna y Amasie tenía un aire muy cercano a un antiguo notario conocido de la familia. Así que Monsieur Dupré aconsejó ladinamente a su segunda hija que fingiera los síntomas del embarazo. Ella se mostró indecisa, pero acabó obedeciendo a su padre. Aimée, así como Amasie, al contrario, estaban disimulando embarazos auténticos. El resultado fue que se decidió el casamiento con Amable, para gran satisfacción del padre y del propio Bernardin. Se quiso hacerlo secreto, para evitar habladurías en torno al estado de Amable y para no afligir a sus dos hermanas. Tras la publicación y dispensa, Bernardin y Amable se casaron. Las dos hermanas nada supieron, el día de la boda fue un día cualquiera.

Mientras tanto, el tiempo pasaba, volaba, segando con su guadaña la vida, la belleza, el pudor y sus futilidades: el embarazo de Aimée ya no podía disimularse; el de Amasie ya le provocaba molestias… Tuvieron que

anunciarlo a sus padres. Amable, en cambio, seguía siendo muchacha dentro del matrimonio. ¡Cuánto sufrían sus padres! El mismo Bernardin estaba afligido. ¡Pero Amable era tan hermosa que tan sólo su conciencia se afligía! La madre era inconsolable, y tan sólo pensaba en romper el enlace pretextando un error. Ya había pergeñado toda una novelesca historieta, cuando en Amable se manifestó el mismo estado de sus dos hermanas.

Se ocultó la situación de las dos *innupciadas*[8]: dieron a luz en secreto y cuando Amable llegó al mismo punto, se arregló todo para atribuirle los tres hijos. Se difundió esta triple maternidad como un acontecimiento en la gaceta de Leyde y todo el mundo admiraba el vigor de los trillizos. Las dos hermanas no quisieron casarse; Bernardin tiene hoy en día muchos hijos, y todos pasan por ser de su mujer. Y cuando alguien le expresa su asombro ante tal cantidad de hijos, él responde (nos lo ha contado alguien de confianza) que «las tres no hacen sino una».

TERCERA NOCHE

13 DE JULIO DE 1789

Durante el día, los granujas de los suburbios de Saint-Marcel pasan por delante de mi casa para ir a reunirse con sus colegas del barrio de Saint-Antoine. Son mendigos de raza, armados con las horribles varas para enganchar troncos[9]; forman una turba temible que parece decir: «Hoy es el último día de los ricos y de los acomodados: mañana nos toca a nosotros. Mañana dormiremos en edredones y aquellos que hayamos perdonado la vida podrán meterse, si quieren, en nuestros tenebrosos cuartuchos». Todas las mujeres están asustadas. En cuanto a mí, yo me digo: «¡Ha llegado el momento de formar una milicia nacional!». Hoy, en vez de trabajar, me he levantado por la mañana por primera vez desde hacía muchos años y he ido en busca de obreros y de artesanos que conozco.

«¡Amigos! —les digo— ¡Id corriendo a vuestros distritos y decid que es necesario que los burgueses honestos tomen las armas, para protegerse de

los bandidos y de los hombres zafios!».

No he acabado de hablar, cuando Berthet, Binet, Cordier, Meimac, Jeannin el Rubio, Daniol el Manceau (el mismo que unos días antes había querido pegarme), Brihamet, Martin el Pintamonas, Eloi, Allois, Nerat, Saunier, Perchelet, Angot, Desgosiers, Fouquet, Barri, Filâtre y Violot se lanzan fuera del taller. Cada uno de ellos va a anunciar a cien vecinos más la triste nueva, que unos bandidos quieren aprovechar los disturbios para saquear la ciudad en cuanto llegue la noche.

En seguida, los honestos burgueses, asustados, se reúnen en asamblea y deliberan. Otros prefieren pasar directamente a la acción y forman patrullas. Por la noche, a las diez, según salgo del Palais-Royal, veo, entusiasmado, la primera patrulla burguesa. Está capitaneada por un mozo grande y hermoso, con un capote blanco y botines. Camina con una gravedad imponente: atraviesa el fangoso río que hay en frente de Saint-Honoré y se dirige hacia un guardia para identificarse, dejando claro desde el primer momento la importancia de distinguir entre patrullas auténticas y falsas. Me complacería conocer yo mismo y dar a conocer a ese digno ciudadano. Seguramente se reconozca él mismo en esta descripción de algo que ha tenido lugar el lunes 13 de julio, a las diez de la noche en frente del Café militar.

Suena el toque de queda. En el Palais-Royal hay gran tumulto; la turbación y la consternación campan a sus anchas. Durante el día hemos ido a los Inválidos[10] en busca de fusiles; mañana iremos a la Bastilla con la misma demanda… ¡A la Bastilla, cuyas elevadas torres aún reposan sobre profundos cimientos regados con las lágrimas de tantos desdichados!

Confortado por la visión de las patrullas burguesas, me atrevo a vagabundear por las calles de la capital. No sé por qué, no temo los complots externos, tan sólo temo a los bandidos y constato que sus vigilantes «represores» ya han tomado las armas. Pero, ¡ay!, el abuso se desliza junto a la ley y el veneno es vecino del remedio. Llegado al Marais, escucho unos gritos. Seis hombres armados están persiguiendo a una muchacha que parece una doncella. Como la perdiz que, huyendo del azor, a veces se lanza en manos del cazador, la muchacha se precipita en mis brazos. No voy armado. Me la quitan.

—¡No queremos haceros ningún daño! —le dice el jefe de la patrulla— pero tenéis que abrirnos las puertas: necesitamos saber si el hombre que buscamos se oculta en la casa donde ibais a entrar. ¡Y si tiene armas y pólvora!

—¡Ay, caballeros! Es que estoy sola: todo el servicio se ha ido esta mañana con mi señor y mi señora, y como pensaba que iba a pasar miedo, me dirigía a dormir en casa de una conocida, aquí cerca, cuando me habéis visto salir. Había olvidado algo y volvía a por ello, entonces os he visto y he sentido miedo, así que me he vuelto sobre mis pasos corriendo.

—Parece creíble, pero aún con todo tenemos que registrar la casa.

La muchacha se ve obligada a abrir. Me ordenan autoritariamente que me aleje y me tengo que marchar.

Pero no me voy muy lejos; a pesar del peligro, me escondo en la sombra y me pongo a la escucha. Oigo gritar a la chica y, en el mismo instante, entreveo a otra patrulla. «¡Caballeros! —grito—. Una patrulla ha entrado en esa casa; pienso que son farsantes y los gritos de la joven doncella a la que han obligado a abrirles la puerta confirman mis sospechas». El jefe de patrulla se acerca a la puerta y pretende entrar. Pero un hombre armado con un fusil que han apostado en la entrada opone resistencia, lo que incrementa las sospechas. Se deciden a forzar la puerta. El centinela dispara al aire y huye. Oímos un gran estrépito dentro de la casa, como de personas precipitándose para escapar por el jardín. Disparan sobre ellos y estos dejan atrás su botín. Se trataba de una falsa patrulla de ladrones, todos miembros del servicio de las casas vecinas que, sabedores de la ausencia de los señores de la doncella, se habían disfrazado de patrulleros para robar. Habían utilizado a un desconocido para hablar con la muchacha. Pero una vez que se habían visto dueños de la casa, creyéndose libres de cualquier peligro, se fijaron en la belleza de Joséphine y quisieron satisfacerse; pero ella gritó. Instruidos de la amenaza por el disparo de su centinela, huyeron. Se devuelve a la casa todo lo sustraído. La auténtica patrulla se comporta como es de recibo entre honestos ciudadanos: cierran bien las puertas y la muchacha se va a dormir con su amiga.

Este suceso no es sino uno más entre los numerosos acaecidos durante esta terrible noche, que precedió a un día no menos terrible, un día

destinado a formar parte para siempre de los fastos franceses. […]

CUARTA NOCHE

14 DE JULIO DE 1789

Me levanto tarde, termino los *Tableaux de la vie* y los envío a New-Wied. Salgo hacia las tres y media con la cabeza aún embotada y me dirijo, como si anduviera ebrio, hacia el puente de Notre-Dame. El día abierto y despejado empieza a despertarme, respiro libremente cuando veo delante de mí una tumultuosa muchedumbre. En principio no me sorprende, avanzo hacia ella y… ¡pavoroso espectáculo!, veo dos cabezas plantadas en sendas picas.

Horrorizado, me informo… «Son —me explica un carnicero— las cabezas de Flesselles y de De Launay». Me estremezco. Contemplo un nubarrón cargado de desgracias elevándose sobre la infortunada capital de los franceses. Pero la información es en parte incierta: la cabeza de Flesselles, desfigurada por un pistoletazo que acaba de poner término a su vida, está en realidad flotando por el Sena. ¡Las cabezas que estoy viendo ultrajadas son de De Launay y de su lugarteniente!

Sigo andando. Mil voces se hacen eco del Acontecimiento: «¡Han tomado la Bastilla!». No me creo nada y me dirijo hacia allí para observar el asedio. En mitad de la plaza de la Grève me topo con un cuerpo descabezado, tendido en mitad del riachuelo y rodeado por cinco o seis indiferentes curiosos. Pregunto: se trata del gobernador de la Bastilla[11]…

¡Qué situación! ¡He aquí al hombre que antaño contemplaba impasible la desesperación de los desdichados, enterrados vivos bajo su vigilancia, por orden de los execrables ministros! Continúo andando, sin preguntar nada más: mi alma está desbordada de sensaciones; no podría, entre tantas turbulentas emociones, escuchar más detalles.

Tras pasar por los soportales del Ayuntamiento, vuelvo a encontrarme con los caníbales; uno de ellos, lo he visto con mis propios ojos, portaba en

la punta de lo que desde entonces se ha bautizado con un horrible nombre: *taillecime*[12], las vísceras sanguinolentas de una víctima del furor, ¡y ese aterrador pendón no parecía asustar a nadie!

Más adelante veo pasar en camillas a los asaltantes caídos durante el ataque: cinco en total, incluyendo a dos heridos. Detrás van los inválidos y los guardas suizos prisioneros. Bocas lindas y juveniles, ¡aún me estremezco al recordarlo!, gritan al paso de los desdichados: «¡A la horca! ¡A la horca!». Pero lo que más me conmociona es contemplar a un soldado suizo alto y fornido, cuya cabeza han cubierto con un «tocado» de carnicero, maltratado por un bribonzuelo que se cuelga de él mientras camina. El infame jabato, que estoy tentado de abofetear, añade a las atroces injurias bastonazos en los tobillos y en las piernas. Pero ésta no va a ser, sin embargo, una de las víctimas: fueron los dos desgraciados inválidos quienes acabaron colgando de sendas farolas.

Me dirijo a ver el asedio de la Bastilla y cuando llego todo ha acabado ya: la plaza está tomada, unos insensatos se dedican a tirar documentos, tan valiosos para la historia, desde lo alto de las torres a la fosa… Planea sobre la ciudad un genio destructor. Contemplo la temida Bastilla, que tres años antes, al pasar cada noche por la calle Neuve-Saintgilles, no osaba ni siquiera mirar; ¡contemplo su caída, junto a la de su último gobernador!

¡Oh!, ¡cuántas reflexiones se agolpan en mí! Me siento sofocado, apenas puedo aclarar mis pensamientos… Inicio el regreso; ¡la alegría de ver caer ese horrible espantajo se mezcla con el espanto que me llena! De regreso a la plaza de la Grève, me informo sobre lo que le ha ocurrido a De Launay: sobre las causas del furor desatado contra él; sobre la muerte del virtuoso Delolme, a pesar de ser defendido por un ex-prisionero; sobre cómo De Launay, indeciso, ha sido víctima del valor de su lugarteniente, que quería defenderse. Cómo, en su indecisión, dejó pasar a la gente antes de alzar el puente levadizo. Cómo fue en realidad por orden de otros que se disparó sobre el pueblo. Cómo fue aprehendido por un granadero; cómo, conducido a la plaza de la Grève para ser exhibido a la ciudad, recibió un bastonazo propinado por un rapaz sobre su calva cabeza que le hizo saltar las lágrimas y exclamar: «¡Perdido estoy!». Cómo a este golpe, señal de partida, le siguieron mil más; cómo le cortaron la cabeza frente a las

primeras casas sobre pilares, por el lado del puerto, y cómo fue exhibida sobre una pica. Cómo lo registraron y llevaron sus cartas al Ayuntamiento: cómo éstas acusaban al infortunado Flesselles, al cual ocultaron la muerte del gobernador. Cómo le obligaron a bajar y cómo un hombre grueso y fuerte, al grito de traidor, le voló la sesera de un pistoletazo. ¡Cómo colgaron en farolas a los dos artilleros inválidos, tras haberlos decapitado también!

Me estremezco: «¡Oh, Lambesq! —pienso— ¡Vuestra imprudente conducta ha llenado el alma del pueblo de las más siniestras sospechas, y sois vos quien acabáis de asesinar a estos cinco desgraciados!».

El resto de la noche la dedico a vagabundear. Al pasar ante la plaza Dauphine, escucho un tambor: un hombre bien vestido anuncia públicamente que en el jardín de Luxembourg hay túneles que conducen a la colina de Montrouge. Esto me tranquiliza pues me doy cuenta de que se trata de una falsa alarma y de que si hubiera auténticas emergencias no se inventarían ésta.

Me dirijo al Palais-Royal. Todos los comercios están cerrados; las cabezas, como la de Medusa, parecen haberlo petrificado todo. Los grupos que se reúnen en el jardín ya no hablan, como en los días anteriores, de mociones de ley sino de matar, colgar y decapitar. Se me pone la piel de gallina.

De repente, aparece un hombre: «¡Caballeros! ¡Corremos un gran peligro! No hay más que ocho hombres apostados en el lugar más importante: en la entrada del Pont Royal… ¡Y harían falta ochocientos para guardar el cañón! ¡Que todos los buenos ciudadanos demuestren su celo! Que unos vayan a avisar al distrito de Saint-Roch mientras otros van al puesto a anunciar la llegada de refuerzos». Voy pues al Pont Royal.

En efecto, tan sólo veo ocho hombres. Atravieso el puente y regreso por el muelle de Quatre-Nations. Me preguntan «¿Quién vive?», como en las ciudades en guerra. Las falsas alarmas tienen a todo el mundo a la que salta. Sigo andando. Por aquí están quitando los adoquines para detener a la caballería, por allá están amontonando sillas de iglesia, a pesar de los gritos de las *loueuses de chaises*[13]. Hay patrullas en todas las avenidas y piquetes que interrogan a todos los paseantes.

Dejando mi morada atrás, voy hasta la isla de Saint-Louis, por la cual nunca me canso de pasear. Me interrogan en medio de la calle Saint-Louis. Cuento lo que he visto y que un jinete acaba de pasar al galope gritando «¡A las armas!». Un hombre vestido de negro me señala y me interpela, yo doy mi nombre y me alejo.

En la entrada del puente de la Tournelle, según regreso a casa, un centinela, tipejo mal encarado, me detiene con sorna y me obliga a entrar en la garita. ¡Mi vida no hubiera valido dos céntimos si el miserable que hay detrás del pillo del centinela hubiera osado mostrarse!

No hay duda de que alguien me ha denunciado, pues el centinela no me conoce personalmente, el hombrecillo vestido de negro, que me ha señalado, tan sólo lo ha hecho debido a mi vestimenta roja, y en la garita encuentro a otro hombre también vestido de rojo que han detenido confundiéndolo conmigo. El insolente centinela, que parece un chulo de barrio, de la isla, me trata con singular desfachatez y quiere registrarme, pero no inmediatamente sino tras salir un momento. Sin duda ha ido a consultar al delator, que puede verme desde fuera… Reclamo hablar con el oficial al mando y me señalan al sargento, que no me presta demasiada atención. Me impaciento. Liberan al hombre vestido de rojo que habían detenido en mi lugar. Un niño dice algo al sargento, que sale. A su regreso, se comporta de manera totalmente distinta.

—Habéis liberado al primer detenido —le dice al centinela—, pues bien, yo libero al segundo.

El centinela me agarra del cuello de la camisa diciendo:

—¡Tengo referencias! ¡Tengo referencias! Es éste el que es espía del rey.

—¡A fe mía! —exclamo—, soy el espía del vicio, no del rey; nunca he tenido el honor de estar directamente relacionado con el jefe de la nación… Y además —añado con firmeza— ¡el oficial me libera, centinela! —lo empujo—, ¡obedece a tu oficial!

Y logro desasirme. Repito: mi cabeza no hubiera valido dos céntimos si me llegan a conducir al Ayuntamiento. El monstruoso acosador no para de gritar a mi lado, pretendiendo colgarme de una farola. Ese día no hay muchos miramientos.

Pero ¿quién ha intercedido ante el sargento de forma tan favorable para mí? Una joven muchacha… Mientras me detenían, una linda morena, que se había fijado en mis paseos cotidianos por la isla y que a menudo me observaba, desde su ventana, tomando notas, escuchó al delator aconsejando mi detención. En seguida, la joven descendió con su cocinera para asegurarse de que se trataba de mí y me observó desde fuera, por la ventana baja de la garita, mientras yo estaba intentando explicarme. «¡Ah! —dijo—, ¡es ese pobre "anotador", que los niños llaman *Griffon*, desde que un malvado hombrecillo negro lo ha señalado! Es un buen hombre. Me he complacido varias veces siguiéndolo para leer lo que escribe. ¡Son cosas muy inocentes, te lo aseguro!». Llamó a un niño y lo envió a la garita para que preguntara por el sargento. Éste salió y la linda morena le habló de mí. Eso ha sido lo que lo ha puesto a mi favor.

Al retirarme, me encuentro con ella. A pesar de la timidez propia de su sexo, de la hora y de la fecha, me aborda:

—¡Dejadme conduciros a vuestra casa! —me pide—. Tenéis un enemigo cruel cuya delación he escuchado… Dadme vuestro brazo: estáis bajo mi protección.

Sorprendido y confuso, le rindo mi agradecimiento. El centinela ha vuelto a su puesto. Ese hombre está bajo el mando del padre de la muchacha.

—¿Quién sois? —me pregunta.

—Soy el autor del *Paysan perverti*[14].

—¿Vos?… ¡Ah, si mi padre estuviera en casa os abrazaría! Venga, Madelon, conduzcámoslo a su hogar. Ya me interesaba por vos aún sin conoceros. Y tú, ¡miserable! —le dice al centinela—, ¡ten mucho cuidado!

Y nos vamos.

—Os presentaré a mi padre, cuando volváis por aquí a tomar notas.

—¡Nunca más volveré, damisela! Siempre he querido mucho a mi isla; ¡pero hela ahora profanada! ¡Nunca más volveré! ¡Ay, lamentablemente, ya estaba profanada antes! Un miserable hizo detener aquí a mi hija, por desgracia, su mujer… ¡No puedo perdonárselo a mi querida isla! Sin embargo, la amo con tanta ternura que no he podido abandonarla. Pero a partir de hoy, renuncio a ella. Antes, sus niños ya me insultaban, pero yo se

lo perdonaba, ¡porque los niños no eran crueles! Ahora que ya lo son, están dispuestos a profanar la isla colgándome en una de sus sagradas farolas, que tan a menudo me han iluminado en el silencio y la soledad de la noche.

Me giro y beso la última piedra del puente de la Tournelle.

—¡Ay!, ¡mi isla!, ¡mi querida isla, donde tantas deliciosas lágrimas he vertido! ¡Adiós te digo, adiós, hasta nunca! ¡Todos los franceses serán libres salvo yo! ¡Heme aquí, desterrado de mi isla! ¡Ya no tengo libertad para pasearme por ella!, ¡el último placer de mi vida destruido para siempre!

Me detengo. La muchacha está enternecida:

—¡Regresaréis por nosotros! —me dice.

—¡No, no!, ¡el miserable que ha arrastrado a mi familia por el fango me haría colgar ante vuestros ojos!… ¡Nunca volveré!

Y nunca más he vuelto. El 14 de julio de 1789 es la fecha de mi última visita a la isla. «¡Oh, 14 de julio de 1751!, ¡tú me viste llegar a esta ciudad por primera vez, como me represento a mí mismo en la primera estampa de *Paysan-Paysanne*! ¡Tú me arrancaste del campo para siempre!, ¡y ahora tú me destierras de mi isla!».

Avanzamos callados. Llegados a mi casa, la muchacha conoció a Marion, mi querida hija, y la amó; la quiere todavía ¡y se seguirán queriendo hasta su último suspiro! […]

QUINTA NOCHE

17 DE JULIO[15] *DE 1789*

En medio del estado de alerta permanente, se produce un día de alborozo y alegría. ¡Oh, rey!, ¡cabeza de la nación! ¡Rindiéndote honores, la nación se rinde honores a sí misma! ¡El amor de tu pueblo es la más poderosa señal de la confraternidad general! ¡Bendito seas, buen rey! ¡La posteridad siempre hablará de ti!, ¡eres más inmortal que diez reyes juntos!

Durante la tarde del 16 todos repiten:

—¡El rey viene a París! ¡Viene a demostrarnos que no le reprocha a la capital la toma de la Bastilla!

—¡Pues que venga…! —exclaman los más exaltados— Pero no vendrá…

—¡Vendrá! —repiten suavemente los buenos ciudadanos.

Esto ocurría en el jardín de la Chimère, cuya cabeza es la de una hermosa prostituta, cuyos ojos lanzan llamaradas, cuya lengua es de serpiente, cuya boca destila tanto veneno como palabras heroicas, cuyas manos son de Harpía, cuyo vacío corazón tan sólo se anima con pensamientos lascivos, cuyo espacio bajo la cintura es fuente de mil males vergonzosos, con muslos de cabra, piernas de ciervo y pezuñas de cerdo.

—¡Vendrá! Sabemos que su corazón es bondadoso.

—¿Vendrá, vendrá? —grita una voz cascada— Claro, ¡y por eso d’Artois huye!, ¡y hace huir a sus hijos! ¡Y por eso los Polignac se evaden!

—¡Temen los disturbios! ¡Habéis puesto precio a sus cabezas! ¡No se puede reprochar a nadie que intente huir de una muerte cruel!

Esto es lo que se habla en el jardín de la Chimère.

Mientras tanto, Luis se prepara para entrar en la capital. Todo es ajetreo en Versalles. La reina se estremece. Los príncipes huyen. Tan sólo Luis se arma de firmeza. Llega la mañana del 17; el rey parte.

Dos hombres honestos, Bailli, el virtuoso Bailli, y el joven héroe La Fayette, han aceptado cargar sobre sus hombros el gobierno municipal; el uno la parte civil y el otro la parte militar. El segundo vuela ante el monarca, el primero prepara al pueblo para recibirlo. Bailli lleva las llaves de la ciudad; todos los buenos ciudadanos llevan las llaves de sus corazones.

Luis se acerca. A lo largo de la ruta, los cañones aparecen rodeados de bolas y de metrallas.

¡Oh, La Fayette! ¡Bendito seas!, ¡pues no has tomado el mando sino para servir a tu patria!, no has tomado el mando sino para arrebatárselo a los intrigantes, a los perversos, a los traidores… ¡Bendito seas, héroe de los dos mundos[16]! ¡Y tú, Bailli! ¡Bendito seas, pues has puesto humanidad, ciencia, modestia y sabiduría donde antes tan sólo había opresión, ignorancia e impudicia, que otrora reinaban en la comandancia de policía!

¡Todos hemos ganado con ello! ¡Pero tú has perdido el reposo, el dulce trato con las Musas! ¡Tu espíritu se deseca! Mas… ¡qué digo!, ¡inviertes un largo aprendizaje de filosofía a favor de tu patria!, ¡y por fin pones en práctica lo que llevas años meditando! ¡Bendito seas!

No puedo evitar semejantes efusiones de mi corazón.

No repetiré todo lo que Bailli dijo al rey; le transmitió los sentimientos de amor de su pueblo, ya que ese es el sentimiento general. Luis responde con un lance de sensibilidad: «¡Siempre amaré a mi pueblo!».

A la llegada del monarca, se acallan los gritos de «¡Viva el rey!»; pero a la salida de la Comuna, los corazones desbordan todas las barreras: «¡Viva el rey!» brota al unísono de todas las gargantas. El clamor se propaga de boca en boca, por toda la ciudad, y los que se han quedado en los barrios más lejanos lo repiten, las mujeres y los enfermos abren las ventanas y responden a los de las calles: «¡Viva el rey!».

Por el centro de la ciudad, muchos relatan lo que se ha dicho en la Corte; todo ha quedado registrado en la Historia. Yo, espectador nocturno, voy más lejos en busca de hechos ignorados; he visto, he oído lo que acabo de contar; he visto, he oído lo que me queda por contar.

Pero hacía falta que la sangre salpicara tan bello día, casi equidistante de dos horrorosas escenas. Una mujer encinta muere por la descarga inconsiderada de un fusil. Pero, en esta ocasión, el pueblo de la capital recupera su humanidad; queda vivamente emocionado y jura castigar al primero que dispare… ¡A punto has estado de ser víctima de dicho juramento, joven Garneri, cuyo nombre se ha hecho célebre al pie de cien panfletos! Este librero, al volver a casa a comer, suelta el fusil. En seguida la muchedumbre se amontona y, recuperando su ferocidad, ¡quiere colgarlo! Afortunadamente, está rodeado de amigos que suman su fuerza física a la fuerza de la razón. Salió salvo: su amable y tierna hermana, cuyos encantos tan sólo son comparables a su virtud, volvió a ver a un hermano.

La presencia del rey, parecida a la del sol bienhechor, parece haber disipado los espesos nubarrones que cubren nuestro horizonte: la tormenta sólo truena a lo lejos; yo mismo respiro con más libertad y me atrevo a atravesar mi isla. Busco con la mirada al desvergonzado centinela. Mi oscuro delator se escondía en las ruinas de la Bastilla, de donde iba a acabar

siendo expulsado. Pero ignoraba yo que dos nubarrones no menos terribles se estaban formando, uno en Viri el otro en Compiègne, ¡y que ambos habían de juntarse y reventar sobre la capital!

Atravesando la isla, veo a la amable morena que me había salvado la vida. Me señala a su padre pero yo ya estoy en el puente. Me hacen gestos, pero no me paro hasta llegar a la cima del puente, punto que me parece divisorio entre el territorio de la isla y el distrito de Saint-Nicolas-du-Chardonnet. Los espero ahí, padre e hija acuden e intentan llevarme a su casa, pero me resisto, jurando no regresar nunca a mi isla.

«Cuando me insultaron por primera vez —les digo—, por instigación del hombre negro, escribí a lo magistrado: "¡Guardaos! ¡He aquí un inicio de sublevación, de insubordinación, que puede tener consecuencias! ¡No lo paséis por alto!". El apático C*** no se dignó a prestar atención a mi demanda; así que fui insultado a diario, pero no temía por mi vida. Hoy en día, que el grito de un niño o el capricho de una verdulera pueden conducirte a la horca, ¡me guardaré bien de brindar a mis compatriotas la oportunidad de cometer un crimen! ¡Huiré de este amado lugar! ¡Mi duelo consistirá en privarme de él! ¡Pero los honestos habitantes de la isla me serán aún más queridos!». Y me alejo.

La llegada del rey es para mí como un bálsamo que me reactiva la sangre; los temores que sentía por mi querido París, que se ha convertido en mi patria, se han disipado. Estoy tentado de dar una vuelta por mi isla, cuando un acontecimiento imprevisto me impide romper mi juramento.

Saliendo de mi casa, veo a seis hombres armados que avanzan por las sombras de casa en casa. Llegados a la calle de Rats, dicen: «Aquí es…». Y preguntan a una frutera por un abogado. «¡Hace tiempo que ya no mora en este barrio! Creo que ahora se aloja en la calle del Jardinet, cerca de los Cordeliers». Los hombres armados se alejan y yo los sigo.

Siempre he intentado conocer el corazón humano, pero no se puede entrar en su interior; el corazón tan sólo puede conocerse por sus acciones. Esto es lo que me lleva a estudiarlas, aunque por naturaleza yo no sea muy curioso. ¿Y por qué soy poco curioso? Pues bien: los hombres vanos, con pocas ideas y pocos pensamientos; las mujeres, sobre todo las que, carentes de temperamento, son muy pasivas, son los seres más curiosos: porque las

actuaciones de los demás suponen para ellos un espectáculo tanto más sorprendente cuanto menos comprenden sus motivaciones. Por oposición, los hombres que piensan mucho, con mucha vida interior y vivas pasiones, son poco curiosos: a menudo en su interior se desarrolla un drama más interesante que las pasiones del prójimo. De ahí que me tenga que forzar a ser curioso, como otros se fuerzan a no serlo; de ahí que jamás realice artimañas ni malicias a nadie, porque no necesito nada de eso para divertirme, para no aburrirme; yo nunca me aburro.

Sigo a los seis hombres. Van a la plaza Sorbonne y consiguen gente. Después se dirigen a la calle Hautefeuille y reclutan a más. Entonces van a la calle del Jardinet. El abogado está en casa pero, asustado al ver llegar a treinta o cuarenta hombres, intenta escapar por la ventana. Se cae y se rompe la cabeza. Lo llevan a un cirujano y de ahí a la prisión. ¿Qué ha hecho? ¡Pues un panfleto donde dice verdades y se ríe, donde exhorta a los parisinos a no asustar a sus compatriotas, a no destruir su comercio, a no hundirse en la miseria!

Se me quitan las ganas de violar mi juramento y de ir a visitar mi isla. Así que me voy a encerrarme en mi casa.

¡Pueblos! ¡Parisinos, normandos, bretones, picardos, champañeses, alsacianos, borgoñones, comteses, delfineses, provenzales, auverneses, languedocianos, berrichones, lemosines, saintongeses, poitevinos, briassones, beaucerones, etc.!, ¡oh, franceses! ¿Quiénes están provocando el desorden entre vosotros? ¿Quiénes arman a los bandidos que se oponen a la Asamblea Nacional? ¿Quiénes fomentan los disturbios, encarecen las mercancías, hacen desaparecer el dinero? No se trata de esos exaltados aristócratas que se exhiben con arrogancia y lanzan arengas desde las tribunas. Se trata de los nobles, que os han adulado y os han dado palmaditas; se trata de los curas, esos Busiris[17] con sotana que os bendicen con la mano y os maldicen con el corazón; se trata de esa caterva de nobles *enragés*, cada uno de los cuales hace por su lado todo el mal que puede; pero se trata sobre todo de vuestros hermanos, que las dos clases extintas han acaparado con sus comidas y con sus carantoñas. «¡Caballero! ¿Os dirigís a la Asamblea Nacional? ¡Pasad, pasad a mi carroza! ¡Iremos juntos!». ¡Oh, miembros de la Asamblea, desconfiad de esas pérfidas

ofertas! ¡No comáis, no andéis con los enemigos natos del pueblo! ¡Y vosotros, distritos, no oprimáis la libertad individual! ¡No detengáis más que a los bandidos y a los desertores! Respetad al escritor, escriba lo que escriba: si es antisocial, el desprecio público se ocupará de él. ¡Que la prensa sea libre! Que la actividad de impresor pueda ser ejercida por todo el mundo, bastando con hacer una declaración en el distrito, el cual la llevará al comité de policía que registrará el juramento del nuevo impresor. Si éste publica una obra incendiaria, se verá obligado a identificar al autor y a pagar una multa de cien libras en beneficio de la ciudad, salvo que haya incluido al final del panfleto una nota explicativa de todo lo que de reprensible tenga la obra, en cuyo caso el impresor no tendrá que pagar multa alguna pero no podrá reimprimir el panfleto bajo amenaza de multa de mil escudos. ¡Para que haya libertad de prensa, tiene que haber un Estado libre! ¡Pues si no, los treinta y seis impresores privilegiados se convierten en los mayores tiranos del pensamiento, mucho más crueles que todos los censores juntos! ¡Oh, Lebrun!, ¡oh, Marchand!, ¡oh, Albaret!, ¡oh, Mairobert!, ¡oh, vizconde Toustain!, ¡nunca impedisteis el pensamiento, ni en los años de mayor despotismo, cuando tan sólo exigíais un paliativo en el caso de los planteamientos más extremos! ¡Mientras que cada uno de los treinta y seis, por miedo, por arrogancia, por aristocracia de Estado, será cien veces más opresor que Dhemeri, Adnet, Lourdet, Prétot, Sartine y Marolles! […]

SEXTA NOCHE

22 DE JULIO DE 1789

Todos los espíritus comienzan a serenarse desde la visita del monarca a París. Ese rey adorado, tan digno de su posición, ha venido a decir a su pueblo que no considera que nada de lo hecho vaya en su contra sino en contra de los abusos, con los cuales Luis no hace causa común.

Sin embargo, llega un rumor: «el intendente de París ha sido arrestado en Compiègne y se ha encontrado dinero en su portafolios…». ¿Qué dinero? Nadie lo ha visto. Doscientos cincuenta hombres de la guardia de París han partido para ir a buscar al desdichado.

El rumor que corre ha resultado fatal para su suegro, que ya estaba en el punto de mira del odio debido a su fortuna, su constante prosperidad y tal vez cierta dureza en sus actuaciones… Foulon (desafortunado apellido, que debería haber cambiado al entrar en el mundo de las altas finanzas[18]) había tomado la precaución de hacer creer que estaba muerto. En realidad, estaba escondido en un lugar a algunas leguas de París. Pero unos sordos rumores le hacen estremecerse. El 21 por la noche, estando asomado a una ventana baja, escucha a tres campesinos comentando entre ellos: «Es él… Dijo que si teníamos hambre, no teníamos más que comer hierba… Hay que llevarlo a París con la boca llena de paja…». El desdichado se asusta. En mitad de la noche sale solo, sin hacer ruido, sin equipaje, a sus setenta y cuatro años, en busca de asilo en Viri, en casa de Monsieur de Sartine.

Pero lo están vigilando y lo siguen. A mitad de ruta, los campesinos lo arrestan, lo atan y lo ponen en la parte trasera de una carreta (¡su pretérita fortuna endurece los corazones a cualquier asomo de piedad!); ¡le ponen una mordaza de paja, le forran la camisa con cardos y se lo llevan así a París! ¡Ay, desafortunado anciano! ¡Cruel expiación por tu bonanza! ¡Tuvo la ambición de suceder al adorado Necker; se apellidaba Foulon, lo que aumentaba su desgracia! Una vez llegado a París, lo llevan a la Comuna. Los electores se estremecen. En estos tiempos turbulentos, un acusado siempre es culpable. Foulon pasa seis horas en la Comuna; sus únicos crímenes son haber gozado de una prosperidad constante, su ambición de ser ministro y sus inmensas riquezas… que no van a salvarlo. Habla, es escuchado; ¡y aquel que la víspera anterior aún era envidiado, no es ahora sino el último de los miserables! El terror suscitado por los rugidos de los iracundos contra él ahoga cualquier atisbo de compasión.

Sin embargo, es retenido a la espera de que vuelva la calma para conducirlo a prisión. Pero, de repente, las pasiones se inflaman: las fieras que han traído a Foulon exigen ver a su víctima. Se accede a exhibirlo; acuden para reconocerlo con sus propios ojos. El desgraciado anciano se

sube a uno de los cofres que han traído con él, para dejarse ver… ¡Lo que sigue parecería increíble, si no me lo hubiera contado un testigo ocular! Un hombrecillo achaparrado avanza, aparta a los guardias, prende a Foulon y lo arroja en medio del gentío que ha entrado a verlo. Es arrastrado, golpeado y llevado hasta una fatídica farola; lo atan por el cuello y un hombre lo alza mientras otros tiran de la cuerda. El anciano, medio muerto, cuelga hasta que se asfixia… La cuerda se rompe. Lo decapitan, arrastran su cuerpo por los charcos y plantan su cabeza en una pica, que es llevada al Palais-Royal, donde reina el exceso y el horror y recibe el peor de los tratos.

¡Oh, franceses! ¡Oh, conciudadanos de París! ¡Qué monstruo nos animaba con tan oscuro espíritu! ¡Ay!, ¡por vosotros mismos nunca cometeríais semejantes atrocidades, dignas de los caníbales! ¡Es un monstruo el que os animaba, pues incluso los campesinos mismos, a pesar de su rudeza, también son seres compasivos! ¡Un monstruo había emponzoñado sus ulcerados corazones!

Pero no se trataba sino del preludio de esta horrible noche: también traían al desafortunado Bertier… Empero, ¡que nadie se imagine que me compadezco de los tiranos, de los opresores! ¡Oh, nada más lejos de mis sentimientos! ¡Mas me compadezco de los hombres, pues nada humano me es ajeno! ¡Os pinto estos horribles cuadros, estimados conciudadanos, para poneros en guardia ante el futuro y preveniros contra malignas motivaciones! Ante todo, seamos humanos, y después, seamos lo que queramos…

Se halla Bertier en Versalles cuando intervienen su portafolios (del cual no se ha vuelto a hablar); un familiar corre a advertirle y el intendente de París se retira a Soissons. Una vez ahí, le llega la noticia de que lo requieren en Compiègne para autorizar la marcha de un convoy de trigo. Podía haber enviado su firma, pero prefiere acudir en persona. Según llega, resulta que el subdelegado se ha mudado y habita una hermosa casa que acaba de construirse. El intendente se ve pues obligado a preguntar su dirección y sus aires lo traicionan, a pesar de llevar una peluca redonda, un frac gris y hebillas de simple hierro. Le indican donde se halla la casa, acude ahí y comen.

Pero el paisano al que ha preguntado le dice a otro:

—Acabo de hablar con un hombre que creo que es el intendente. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Pues entremos a ver, con algún pretexto.

Van y preguntan por el subdelegado. Vistas las circunstancias, conviene ser complaciente, así que éste sale a hablar y, en cuanto abre la puerta, reconocen al intendente. Los hombres dicen cualquier cosa y se van.

—¡Es él! —exclama el segundo.

—Si es él, hay que arrestarlo.

Así comenzó la desgracia de Bertier.

Cerca vive un carpintero, propietario de una casa. Le informan de todo y se muestra ardiente partidario de entrar en el plan. Reúnen a veinte hombres más y rodean la casa. Un criado del subdelegado le advierte de que se prepara un tumulto. «¡Vienen a por vos! —anuncia, lleno de espanto, el subdelegado a Bertier—. Intentemos sacaros por la puerta trasera, que da al jardín». El intendente se dirige hacia allí; abren cautelosamente la puerta: no se ve ni un alma. Pero los paisanos, que se olían la jugada, están emboscados. Abordan al intendente y, con ese aire burlón que saben poner los campesinos cuando las tienen todas consigo, le dicen:

—¡Pero si es el intendente! Vaya, vaya… ¡vos por aquí! ¿A dónde se dirige vuesa merced?

—Ya me iba.

—¡Cómo!, ¿tan pronto? ¡Pues no!, ¡me parece que os vais a quedar con nosotros!

Y lo prenden, lo ponen bajo guardia de veinte hombres, sin contar los que rodeaban la casa y escriben a París.

La Comuna, compuesta por los electores, envía a doscientos cincuenta soldados para traer al intendente a París.

Mientras tanto, se difunde el rumor del peligro inminente que amenaza su vida y su hijo mayor acorre a Versalles; pide a los diputados que salven la vida de su padre. Pero ¿qué pueden hacer en ese momento? ¡Dispersos como se hallan, porque están arreglando la sala, carecen de un lugar de asamblea!

Bertier llega el mismo día de la muerte de su suegro. Son las ocho y media. Los agentes del canibalismo rompen las planchas de la silla de su carroza, arrancando la parte superior de la misma… ¿Quiénes son los que hacen tales cosas?, ¿excelentes ciudadanos, tal vez? ¡No y no!, los excelentes ciudadanos se lamentan, intimidados, espantados; pero los furibundos aristócratas se regocijan, más que apenarse, ante todos estos excesos, que esperan poder hacer recaer sobre el pueblo.

A lo largo de la calle Saint-Martin, jóvenes y lindas muchachas gritan desde las ventanas: «¡A colgarlo! ¡A colgarlo! ¡A la horca!». ¡Insensatas! Pues en ese horrible momento, ¡un harapiento desdichado presenta a Bertier la cabeza de su suegro ensartada en una pica! Y una de esas mismas mujeres que acababa de gritar «¡A la horca!» se desmaya, otra tiene un aborto y una tercera muere del horror… He de decir, en honor de la humanidad, que la presentación de la cabeza de Foulon a su yerno ha provocado más de diez muertes.

Y, a pesar de todo, ¡el infortunado ni la ve! Abrumado como está, aunque no sospeche el final que le espera, avanza con la cabeza gacha y los ojos cerrados.

Llega a la Comuna. A partir de ahora, soy testigo ocular de los hechos. Lo interrogan. Afirma no ser culpable de nada, que tan sólo ha ejecutado órdenes. Lo interrumpen. Señala que lleva cuatro noches sin dormir y ruega que se postergue todo al día siguiente. Le anuncian que va a ser llevado a la prisión de l’Abbaye. Siete minutos después, sale de la Comuna. Está a mitad de la escalinata cuando, oyendo gritos furibundos, dice: «¡Qué singular es este pueblo, con todos esos gritos! —y añade, dirigiéndose a un granadero—: ¡Me asustan!, amigo mío, ¡no me abandonéis!». El granadero se lo promete. ¿Es puro sarcasmo?

Un grupo de una treintena de hombres llega hasta la escalinata, se abalanza sobre la guardia, la aparta, prende a Bertier, lo arrastra y lo golpea. Un pihuelo quinceañero, sentado a caballo en la barra de una farola, lo está esperando. Veo cómo sacuden la cuerda. Puedo alegar, en este punto, que los gritos amenazadores procedían tan sólo de cinco o seis personas; que alrededor de treinta andrajosos golfillos los repetían pero más por travesura que por odio. Me han contado, pero yo no lo he visto, que fue un *Croix de*

Saint-Louis[19] el primero en poner la mano sobre el intendente. Tal vez un lazo puesto en escarapela en la pechera sea origen de una confusión…

Llevado hasta la fatídica horca, Bertier, enfrentado a la muerte, exclama: «¡Traidores!». Se defiende, se pelea con sus verdugos. Éstos le ponen el nudo corredizo y lo alzan. Él intenta sujetar el peso de cuerpo tirando con una mano. Un soldado se acerca para cortarle la mano, pero corta la cuerda. La víctima cae y se lanza sobre uno de los verdugos, desgarrándole la cara. Lo vuelven a colgar pero, al romperse la cuerda por segunda vez, lo masacran directamente al pie de la horca, lo destripan y decapitan.

Me detengo en todos los detalles, aunque no pude verlos, aun estando presente. Mientras colgaban a Bertier, le cortaban la cabeza y agitaban la cuerda, yo aún lo creía en la Comuna. De repente, veo su cabeza deformada… ¡Huyo espantado!

¡Oh, grandes señores! ¡Oh, todos vosotros, que no siendo más que hombres os creísteis dioses! ¡Meditad el pavoroso final de Bertier, Foulon, Flesselles, de Launay y de los demás infelices que perecieron en la Bastilla y temblad! ¡*Erudimini, quijudicatis terram*[20]! ¡Y vosotros, oh, conciudadanos, considerad con horror esos bárbaros actos ni siquiera justificables por su utilidad! Tan sólo la necesidad podría justificar algo así; pero ¿eran realmente necesarios? Es lo que no me atrevo a decidir…

Acorro al Palais-Royal, arrastrado por mi acompañante. Parece como si un adivino se nos hubiera adelantado, pues ahí ya conocen todos los detalles de la muerte de Bertier y anuncian la llegada de su cabeza. Nos alejamos, para no volver a verla, y tomamos la calle Dauphine, para evitar los temibles muelles, de camino hacia la Plaza de la Grève. En el cruce Bussi, mi acompañante me deja y tomo, para mayor seguridad, la calle Saint-André. Avanzo con la cabeza baja, sumido en mis pensamientos, cuando, en frente de la calle l'Éperon, me encuentro en medio del grupo de los veinticuatro pilludos que ya había visto en la Grève; avanzan en V tirando de una cuerda atada a los pies de un cuerpo… descabezado. Gritan: «¡Abran paso al intendente de París!». Retrocedo estremecido, para no pisar el ensangrentado cadáver. Tan sólo he visto su espalda. Se asegura que tenía el pecho abierto y que le habían sacado el corazón. Tres mujeres han muerto

de sobrecogimiento y horror en la calle Saint-André. En cuanto a mí, no puedo quitarme de la cabeza el cadáver, que me he visto obligado a mirar para evitar pisarlo. Veo sus manos inertes… su extrema palidez… Llegado a mi casa, me encuentro mal y mis hijos se ven obligados a velarme.

¡Ay, qué lejos estoy de aprobar el tono de todos esos insensatos que, al día siguiente, se regocijan relatando la muerte de Bertier! Todavía estoy intentando superar la horrible impresión. Me considero un excelente patriota, pero yo me digo: «¡Si han sido víctimas necesarias para el bien público, habría que consagrarlos, no envilecerlos!».

[•••]

Existe otra versión diferente de la historia de Monsieur Bertier, que acabo de transcribir conforme a los relatos públicos. Hablo en nombre de un testigo de confianza.

El intendente de París había tomado trigo a cuenta del Gobierno y lo había distribuido en provincias, entre los buenos subdelegados y otros administradores. Para poder rendir cuentas, tenía que ir a recoger los diferentes bonos. Hallándose en Soissons, en casa de su hija Madame de Blossac, recordó que tenía que ir a Compiègne a cobrar un bono de cuarenta y cinco mil libras. Insistió en acudir, a pesar de las escenas y de los ruegos de su yerno y de su hija, la cual llegó a abrazarse a sus rodillas. Partió pues acompañado por un criado de confianza. Llegado a Compiègne, comió en casa del subdelegado y quiso ir al castillo, para ver a un tal sieur Thierry, ayuda de cámara del Rey. La esposa del subdelegado lo tomó del brazo y ambos fueron al castillo. Pero Thierry se había marchado esa misma mañana. Regresaba el intendente con la dama, cuando fue reconocido por un vigilante, el cual le preguntó si acaso no era él el intendente.

—¡Sí! ¿Qué ocurre?

—Quedáis detenido.

—¿Con qué derecho?

—Quedáis detenido.

La discusión congregó a mucha gente. Arrestado, el intendente fue conducido a la casa más cercana, de un carpintero. Permaneció ahí vigilado mientras se comunicaba con París. Pasó dos días y dos noches entre sufrimientos, vejaciones y un insomnio total. No le dejaron ni vendarse una

herida, enviaron a un cirujano. Mientras tanto, su portafolios se había quedado en una silla, y sus captores no pensaron en ello hasta tres horas después. Acorrieron a la casa, pero el inteligente criado ya había desaparecido con él y regresaba a Soissons campo a través. Logró llegar sin ser detenido. Ahí abrieron el portafolios y un testigo ocular asegura que no había más que cierta suma en oro y cuarenta y cinco mil libras en bonos, que el intendente acababa de recoger cuando fue arrestado.

El resto se ajusta a la primera versión.

SÉPTIMA NOCHE

5 Y 6 DE OCTUBRE DE 1789

Paso por alto todos los hechos secundarios: La Salle acorriendo a la Comuna cuando, de camino, escucha el rumor de que van a colgarlo, por lo que vuelve sobre sus pasos; las querellas de Soulairs; la aventura de La Reinie; no voy a hablar de las masacres de Saint-Germain y de Poissy; ni del alcalde Saint-Denis y menos aún del de Troyes, esos desdichados ya tendrán en su día historiadores que lo cuenten; paso por alto los disturbios del Franco Condado, de Alsacia, del Mans, más atroces aún; cierro los ojos ante el horrendo crimen cometido en Caens, ¡donde se vio a una hiena con rostro de mujer exhibiendo como un trofeo la virilidad del joven Belsunce[21]! Tan sólo puedo ocuparme, desgraciadamente, de París, de esta querida ciudad, obra de arte y maravilla universal, tan superior a Londres y a las demás capitales como Luis XVI es superior a Luis XIII y a Carlos IX o La Fayette y Bailli son superiores a M***, M***, M***, V***, L**-T***, d'E***, etc. ¡Todos los días de mi vida bendeciré a Luis XVI!, ¡todos los días de mi vida bendeciré a Bailli y a La Fayette!

Recordemos las turbulentas mociones del Palais-Royal, donde Sainthuruge desempeñaba un papel secundario, creyéndose protagonista. ¡Pero la excitación ahí suscitada no ha sido flor de un día! Ha fermentado,

latente como ascuas bajo las cenizas, hasta alcanzar los primeros días de octubre.

El día 4 comienza la erupción, al principio como un ruido sordo. El 5 estalla de repente, como los fuegos del Vesubio o del Etna, con un estruendo espantoso. En esta ocasión, han sido las mujeres quienes se han sublevado. Con la carestía del pan como pretexto, el verdadero motivo es el deseo de que el Rey venga a París a reunirse con la Asamblea Nacional, como plantea la moción Sainthuruge. Es cierto que es la única manera de evitar la hambruna y de reactivar el comercio en París… No critico esa propuesta: ha logrado ventajas de las que yo mismo me estoy beneficiando. ¿Puede uno criticar cuando resulta beneficiado?

Desde primera hora de la mañana, las mujeres de la Halle se reúnen para dirigirse hacia Versalles. Por sí solas, esas señoras no son nunca de temer: son bondadosas y buenas ciudadanas. Pero hay dos elementos extraños confundidos entre ellas: hombres disfrazados, con instrucciones precisas, y viles mujerzuelas, desechos de los abusos de la civilización, quienes, tras haber sido prostituidas durante su juventud, se han convertido en viejas ruines y pendencieras. Han sido estas últimas las responsables de todas las fechorías.

Con esta mezcolanza, las señoras de la Halle recorren las calles, parando a todas las personas de su sexo y disfrutando maliciosamente (nos referimos a los elementos extraños) de rebozar en el barro a toda mujer o muchacha delicada que se cruzan. Arrastran así por el fango a marquesas, condesas y, entre otras, a una baronesa que pareció deleitarse un algo en su papel…

Pero antes de seguir nuestro relato, reproduzcamos otros hechos publicados por el *Courrier national*:

«Ayer, en el *Œil-de-Bœuf*[22], tres mujeres de la reina, que habían comprado lazos blancos, se dedicaron a decorar con los mismos los sombreros de nuestros execrables enemigos, o de hombres tan débiles como para dejarse seducir por las palabras de estas peligrosas sirenas. Para hacer el honor de ser armado caballero por esas hembras de aristócratas, había que arrodillarse y, en esta posición, recibir humildemente la escarapela blanca como la única digna de llevarse pues rechazarla suponía, según las

frescas muchachas, insultar y traicionar al Rey. Esta absurda audacia ha de inspirar más lástima que furia a las gentes sensatas. Sin embargo, como tales gentilezas pueden tener una influencia muy peligrosa en la triste coyuntura en la que nos hallamos, debería enviarse a estas nobles palaciegas a repartir escarapelas en la Salpêtrière[23]».

Carta de un buen ciudadano de Versalles en relación al asunto de las escarapelas negras

»A pesar de las retractaciones del *Courrier de Versailles à Paris*, es seguro que la escarapela de la libertad ha sido pisoteada; lo que anunciamos ayer al respecto se ha confirmado totalmente: hemos de mantenernos en guardia, pues estamos rodeados de enemigos; si no los abatimos, estamos perdidos. La siguiente carta instruye a nuestros lectores, de la manera más sucinta posible, de todos los detalles de la escandalosa escena que ha sido germen de los presentes disturbios.

Versalles, hoy, 4 de octubre de 1789.

»Caballeros: Mucho se habla en París de la indecente conducta del regimiento de Flandes, pero nadie mejor que yo puede instruiros sobre la escandalosa orgía que la originó. Yo he sido testigo de ella. Es importante conocer todos los detalles para asegurar la salvación de nuestra libertad… Este pasado jueves, como todo el mundo sabe, se celebraba un gran convite en honor de los Dragones, de soldados del regimiento de Flandes, y de los Guardias de Corps, en la Sala de la Ópera de Versalles. El rey y la reina, sin duda aconsejados por enemigos tan imprudentes como estúpidos, ¡hicieron acto de presencia en el banquete justo cuando las cabezas estaban recalentadas por los buenos guisos y los buenos licores! Muchos franceses, poco dados a la exaltación, se dejarían sin embargo cortar en pedacitos en honor a su soberano cuando éste aparece; así que estos militares ebrios hilaban una locura tras otra, un dislate tras otro, y esto es lo que ocurrió. El Delfín se fue paseando de mano en mano y esta criatura, encantadora por su

ingenua amabilidad, inspiraba un amor tan entusiasta que rozaba la extravagancia. La reina, atenta, tal vez en demasía, a los arrebatos que suscitaban su augusto marido y su hijo, se quitó una cruz de oro que llevaba colgada al cuello y se la regaló, no se sabe muy bien por qué, a un granadero. El rey brindó con ellos; aclamaron: "¡Viva el rey! ¡Viva la reina!", guardándose bien de acompañarlo de: "¡Viva la libertad! ¡Viva la santa libertad!". Tras lo cual, se honró a los defensores de nuestros derechos, a nuestros salvadores, a Menou, Target, Chapelier, Rabaud, Thouret, Biauzat, Barnave, etc., con los epítetos más ofensivos.

»Cantaron el romance de Ricardo Corazón de León:

> "¡Oh, Ricardo!, ¡Oh, mi rey!
> ¡El universo te abandona!"

»De repente, ante estas palabras, presos de un arrebato insensato, que la efervescencia de la ebriedad difícilmente basta para excusar, todos, en culpable coro, exclamaron: "¡Tan sólo reconocemos a nuestro rey!, ¡tan sólo reconocemos a nuestro rey! ¡No pertenecemos a la Nación[24]! ¡Tan sólo le pertenecemos a él!". Y entonces arrancaron de sus sombreros *la escarapela nacional*, ese símbolo de la unión, de la fraternidad, de la libertad, ¡y esos sacrílegos la pisotearon! Desde entonces, excesos culpables semejantes, que han de estremecernos, no cesan de repetirse; todos los días se insulta ignominiosamente a los verdaderos ciudadanos que, tanto en Versalles como en París, caminan henchidos de glorioso orgullo bajo el estandarte de la patria y se sienten honrados de llevar los símbolos nacionales. ¡Henos aquí colmados de humillación y desdicha mientras la espada de la venganza y de la justicia no caiga sobre la cabeza de nuestros traidores enemigos!

»Os ruego, caballeros, que incluyáis esta carta en vuestra hoja: que toda Francia, que toda Europa, sepa cómo somos tratados; cómo son seducidos unos soldados que parecían defender los intereses de la nación.

»Tengan el honor de recibir mis saludos, etc.

Marcha de los ciudadanos de Versalles

«Los rumores difundidos por la tarde del domingo sobre las injurias hechas a la Nación han fermentado durante la noche en todas las cabezas. El descontento general, agravado por la carencia excesivamente prolongada de los alimentos más básicos, ha estallado esta mañana en todos los barrios de la capital. Las mujeres de la Halle, reunidas en un solo cuerpo, han contagiado rápidamente a los valientes y a los obreros, han invadido las calles, comenzando por la de Ferronnerie, arrastrando consigo a todas las mujeres e incluso entrando en las casas para aumentar su número. Se han dirigido después a la Comuna y han saqueado los almacenes de armas y de municiones. Entonces, esas nuevas amazonas, pertrechadas de cañones, se han puesto en marcha hacia Versalles. Los hombres no han tardado en seguirlas y esta tarde, a las cinco, se podía ver pasar un ejército entero de guardias nacionales, soldados o no, con voluntarios de todas las edades y de todos los rangos, avanzando a grandes zancadas por el camino hacia Versalles, a ritmo de tambor, con los pendones al viento y piezas de artillería… Al mando de esas tropas iba el joven y generoso guerrero, tan estimado por la libertad francesa.

»¿En qué desembocará todo este formidable despliegue y que hará ese patriótico ejército? Posiblemente, nada. Por lo menos, eso esperamos, eso deseamos. La aristocracia que, aprovechando la tranquilidad reinante, ha pretendido alzar su odiosa testa, regresará al tenebroso antro donde se ocultaba; y esta segunda lección dada en común acuerdo por los auténticos amigos de la patria, su presteza en reprimir las audaces iniciativas de nuestros enemigos, tal vez los intimide lo suficiente como para no volver a osar acariciar la idea de subyugarnos.

»A las cuatro y media, las mujeres de la Halle llegaban a Versalles. El rey estaba de caza; un emisario fue a advertirle del peligro. Su Majestad regresó sin que las mujeres lo vieran. Fueron recibidas distinguidamente por la guardia burguesa, por nuestros amigos los Dragones y por los soldados de Flandes, reconvertidos de nuevo en ciudadanos. El valor y el orden de estas heroínas de la libertad superan a cualquier loa. Queda pues escrito, en el libro de las grandes hazañas de este imperio, que la arrogante altivez va a ser derribada para siempre.

»Los Guardias de Corps, espantados por estas damas, han huido como valientes: se han escabullido por diferentes caminos sin decir “esta boca es mía”. Tan sólo uno de ellos ha sido lo suficientemente torpe como para pasearse por una avenida de París llena de gente, hasta que un disparo lo ha tumbado.

»Ayer domingo, 4 del corriente mes, los soldados del regimiento de Flandes se han reunido con una parte de los burgueses; han bebido juntos “a la salud del rey y de la nación”; han maldecido a los Guardias de Corps y se han paseado gritando: “¡Viva la nación! ¡Al diablo con los Guardias de Corps! Hemos bebido vino con ellos, pero… ¿nosotros, como ellos? ¡Nunca! ¡Y si nos ordenan marchar contra los burgueses, no obedeceremos!”».

Retomo el relato interrumpido.

Una parte de las mujeres armadas se pone de camino desde el mediodía e incluso antes. Entre ellas se mezclan hombres disfrazados; la mayor parte de las burguesas intentan zafarse. Se llama a los hombres a las armas. El pueblo presiona a Monsieur La Fayette para que también parta. Pero los bandidos, que siempre sacan provecho de todos los motines, han puesto a la fuga a los representantes municipales y el comandante necesita las órdenes de la municipalidad para que su actuación sea legal. Sin embargo, el joven militar arde en deseos de partir. Sabe bien cuán necesaria es su presencia para garantizar la seguridad del monarca y de la Asamblea Nacional.

Mientras se llevan a cabo los trámites necesarios, se puede ver a las mujeres desfilando. Hay una joven, bastante linda, montada a horcajadas sobre un cañón arrastrado por dos caballos, que parece la generala de su sexo. «¡Venga! ¡Que nadie se escabulla! —repite sin cesar— ¡Vosotras, avanzad pues! ¡Avanzad, sin pensarlo!», dice a las que se paran… Y exhibe parte de sus encantos, y sin ningún pudor. Aseguran incluso que, cuando alguien se quedó admirado ante cierta postura, exclamó: «¡Esto será para el granadero que cumpla mejor con su deber!».

A las cuatro y media el comandante en jefe parte, seguido por la milicia nacional. Es muy numerosa, pues por lo menos la mitad carece de mandos. Los elementos parecen desencadenarse contra los parisinos. Una lluvia

helada los moja hasta los huesos. Una parte de la tropa de soldados, agotada por las fatigas del día anterior y por las correrías nocturnas, se va quedando de camino; otros, tentados por la expectativa de placeres fáciles, lanzan piropos de amor a las amazonas. Pero la mayoría de éstas, más interesadas por llegar a Versalles que por los deleites, obligan a los pretendientes a volver a las filas.

Las primeras mujeres llegan a la verja del palacio a las cinco. Mezclados con éstas se hallan los hombres disfrazados, las furcias y las rateras: a estas dos últimas especies tan sólo les interesa el pillaje. Intentan obligar al Guardia de Corps apostado de centinela a que abra la verja. Pero él se niega: la puerta no se abre a tumultuosos ni a exaltados, y aún menos a exaltadas… ¡Nada más lejos de mis simpatías que la aristocracia!, pero bendigo la visita del monarca a la Asamblea Nacional en París; aún diría más: no desapruebo la valentía de las damas honestas de la Halle, pero los Guardias de Corps hubieran cometido traición contra el rey y contra la nación de haber abierto de golpe la verja a hombres disfrazados, a mujeres sin moral ni freno, aún enardecidas por los antiguos espías de la policía, por esos seres viles entre los viles porque los comisarios, rodeados de miserables como estaban, no querían molestarse en elegir algo mejor. Al poco, las incendiarias palabras de los espías disfrazados y de las alcahuetas demuestran hasta qué punto los Guardias de Corps están actuando correctamente. Sin embargo, el primero de ellos en plantar cara es asesinado de un disparo; el cumplimiento de su deber le ha costado la vida… ¡Se atribuye a la guardia burguesa de Versalles el origen del disparo contra los guardias del rey! ¡No, no!, fue un pillo quien lo hizo; un granuja de la capital, que no iba armado por casualidad, fue el primero en disparar su fusil… Todos los esfuerzos de un voluntario de la Bastilla por evitar el disparo no pudieron salvarlo; tuvo que apartarse para no recibir él mismo el tiro; no se respetaba ni el uniforme nacional…

Se puede afirmar, empero, que los Guardias de Corps han actuado mal: en el banquete del jueves anterior se dieron circunstancias no ya imprudentes, sino criminales, si lo que se cuenta es cierto… La tonadilla que se cantó, *¡Oh, Ricardo!, ¡Oh, mi rey!*, constituyó un acto indecente de una falsa compasión dirigida a engañar al rey sobre la disposición de su

pueblo. Si es cierto que unas damas se dedicaron a distribuir escarapelas negras, merecen una severa punición. Si es cierto (no alcanzo a creerlo) que pisotearon la escarapela nacional, es un crimen merecedor de la muerte. Pero no puedo creerlo, a menos que la ebriedad… ¡Ay!, ¡hay que evitar a toda costa las borracheras y los grandes festines en época de disturbios civiles! Los grandes festines siempre tienen consecuencias funestas.

Y vosotros, Guardias de Corps, ¿acaso estáis libres de toda culpa? ¡Ay!, ¡el vergonzoso asunto Beauvais ha influido más de lo que pensáis en la muerte de aquellos de vosotros que han sido masacrados! ¡Nunca, oh, Guardias de Corps!, ¡oh, todos vosotros, conciudadanos míos!, ¡nunca el crimen queda sin castigo! Cuando el burgués Beauvais fue asesinado en el patio de butacas del teatro de la Comédie por un brutal representante de vuestra guardia, la ley permaneció muda; a falta de leyes, vosotros mismos deberíais haber castigado solemnemente a los culpables. Todo el reino os hubiera aplaudido y en Versalles os hubieran recibido con los brazos abiertos. Recordad, os lo ruego, que el tendero Beauvais fue asesinado por los vuestros. Considerad que su mujer estaba dando a luz y que lo habían alejado de su casa para ahorrarle los dolores del parto. Imaginaos ahora el momento en el que a la parturienta le llevan a su marido agonizando… ¡Apuñalar a un ciudadano, en un momento de tranquilidad, en la casa de las diversiones y del placer! Es un crimen ignominioso que merece la degradación humillante de todo el cuerpo que no ha hecho nada por repararlo… Pero el 5 de octubre habéis cumplido con vuestro deber.

Hasta que no llega La Fayette, el crimen, la insolencia y el bandidaje campan a sus anchas a las puertas del palacio. Reina la confusión. La violencia se desborda y los Guardias de Corps, muy a su pesar, se ven obligados a efectuar algunos disparos, para defender su vida. Pero por fin, a las nueve, llega La Fayette. El héroe se horroriza ante tamaño desorden e intenta calmar los ánimos. Pero ¿a quién hablar? Las armas de los honestos ciudadanos que le siguen tienen más efecto que sus discursos. Vuela hacia el monarca, a transmitirle la fidelidad de los parisinos, a instruirle sobre su adhesión; basta este anuncio para que el mejor de los hombres, el mejor de los reyes, haga un gesto de condescendencia.

La reina estaba asustada por los gritos, no de ciudadanos, sino de una vil turba de insensatos y de mujeres despreciables que asaltaba las puertas de los apartamentos. Pero las palabras del héroe de ambos mundos la tranquilizan y regresa a su cama; un momento de sosiego le permiten alcanzar el sueño.

Pero ¿cómo esperar reposo de una muchedumbre impaciente e irritada, que tan sólo se calma tras saciar sus pasiones? Las mujeres dan instrucciones para mantener el orden, a pesar de lo cual, hacia las tres y media se desata un nuevo acceso de ira. Se escucha un agudo griterío. Es en ocasiones como ésta cuando se puede constatar lo que se ha publicado ya tantas veces, a saber: que la molicie extingue la bravura. Los oficiales, educados en el lujo y en la buena vida, sienten flojear su valentía; cansados por la falta de sueño, pero más aún por los gritos, ¡se echan a temblar! Los caballeros forjados de hierro del siglo de Francisco I ya no existen; los militares de ahora no son más que blandas mujercitas, menos valientes aún que las mujeres. ¡Así es como el noble, el opulento, paga por fin por todas las injurias y opresiones a las que somete al pobre, al que ha desvalijado! ¡Ya no puede prescindir de los servicios del pueblo que ha envilecido! ¡Llega la hora de la insurrección y el opulento, así como el delicado cura, se ven reducidos a temblar ante el populacho, curtido en mil trabajos! ¡Estos oficiales, tan vanagloriados en nuestras insulsas comedias, donde vuelan de los placeres a la gloria, en cuanto carecen de cañones —que no dirigen ellos — o de soldados, a cuya cabeza avanzan a caballo —pues sus piernas ya no pueden con ellos—, no llegan, exhaustos como se hallan de placeres, con sus rameras colgando del brazo, sino a la vergüenza de la derrota!

He dicho que temblaban. Me lo ha contado un teniente-coronel. El rey se levanta; La Fayette está a su lado. Luis XVI no siente miedo; escucha a su corazón, que le dice que un buen padre tan sólo recibe respeto de sus hijos. Pero en ese instante, cuando está conversando con el general, se oyen unos gritos: «¡Salvad a la reina!».

¿Contaré la horrible verdad?, ¿o me la callaré? Pero ¿por qué callarla, si he comenzado librando de toda culpa a la Nación? ¿Por qué callarla, si he señalado a los infames, ese desecho popular, receptáculo de toda la bajeza y de todo el disparate humano?

¡Antonieta! ¡Mujer destinada por la naturaleza, más que por la cuna, a ser reina adorada!, ¡vos, obra de arte de vuestro sexo, a quien tan sólo se puede reprochar vuestro exceso de encantos! ¡Oh, reina!, ¡sabed que en los tiempos severos, cuando imprimir el menor desliz licencioso era rigurosamente castigado, salían sin embargo a la luz textos sacrílegos contra vos, publicados por los espías de la policía, los únicos con la suficiente audacia y con los suficientes medios para actuar sin temor! ¡Sabed, oh, ministros, que, acto seguido, esos infames sacrificaban a obreros ignorantes y sumaban las recompensas por su captura, por su sangre, a las ganancias producto de la venta de estas obras! ¡Sabed que ha sido de esta manera y no de otra que el más culpable de ellos tiene ahora rentas de cuarenta mil libras! ¡Oh, reina!, ¡favoreced con todo vuestro poder la libertad de prensa, la libertad para ser impresor, y esos abyectos libelos escasearán, y se podrá descubrir fácilmente a sus autores y a sus distribuidores, que serán censurados por la ley!… Pero volvamos.

Los espías disfrazados de mujeres, esos mercenarios que viven de los crímenes más atroces y más bajos, se hallan, en el nuevo régimen, reducidos al desconcierto más absoluto; secundados por sus ciegos instrumentos, sus furcias, creen poder derribar al Estado intentando el más pavoroso de los crímenes. La reina, que esos sacrílegos osan amenazar, se despierta espantada; salta de la cama y sale corriendo, medio desnuda, en busca del refugio más seguro: los brazos del rey. En efecto, en esos momentos terribles, el seno del rey es el refugio más sagrado, el único en todo el reino. Llama a la puerta. No la oyen. Su espanto aumenta. Finalmente, los ruidos procedentes de fuera hacen pensar al rey que la reina puede estar asustada; se dirige a su dormitorio y es la ternura marital la que va a salvar a Antonieta. Apenas entreabre la puerta, cuando la soberana, con el delfín en sus brazos, se precipita en los de su augusto esposo lanzando un grito que hiela la sangre de hombres acostumbrados a no temerle a nada. ¡Qué escena! Pero ¿quiénes la han provocado?

Los bandidos y las mujerzuelas deshonestas disfrazadas de verduleras se esfuerzan por derribar las puertas del apartamento de la reina. Los Guardias de Corps intentan contenerlos. Pero, debido al odio público que suscitan, por un error acreditado, por haber disparado a mujeres, están a punto de ser

desbordados. De repente, los granaderos de las Guardias Francesas, que sienten encenderse en su corazón su amor por el rey y por todo lo que lo rodea, indignados por los horrísonos gritos de las mujerzuelas, se lanzan y se suman a los Guardias de Corps, se abrazan a ellos y les dicen: «¡Defendemos la misma causa!». ¡Este detalle queda para la eternidad! Estos valerosos granaderos merecen por ello la mayor estima tanto de la familia real como de toda Francia. En tamaña circunstancia, cada uno de ellos vale por cien… Rechazan a los chacales, cuyos terribles juramentos delatan sus intenciones. ¡Así ha sido cómo el disparatado crimen se ha traicionado a sí mismo!

Con la reina ya segura, a la llegada del día La Fayette toma las disposiciones para acompañar al rey a París. El monarca, cuyos deseos son claros (ya que siente que la capital está necesitada de su presencia), acucia la partida. A pesar de lo cual, no llega a la Comuna hasta bien entrada la tarde. Y afirmo, porque lo he visto, que todo el mundo quedó emocionado por las maneras de los guardias del rey, que mezclados con el pueblo, exhibiendo la escarapela nacional en sus sombreros, gritaban: «¡Viva el rey! ¡Viva la Nación!». Se trata en efecto del mismo grito: el rey es el jefe y la nación el cuerpo, y no son sino uno. En verdad, durante la celebración de los Estados Generales, el rey deja que sea la nación quien haga las leyes que él ha de ejecutar; se reconoce como representante, así que cede su sitio a los representados; pero lo retoma en cuanto la ley está hecha, pues se necesita un único jefe para ejecutarla…

La reina ofrece un espectáculo aún más emocionante: muestra al delfín, sobre sus rodillas; lo muestra al pueblo, del cual él es la esperanza. Se asegura que ese niño ya ha hablado varias veces, pero carezco de certidumbre al respecto.

A las ocho y media, el rey ha vuelto de la Comuna a las Tuileries.

Que otros se encarguen de contar los detalles inútiles, en cuanto a mí, tan sólo he querido relatar cosas apropiadas para producir algún bien. He disculpado a la nación, he intentado iluminar a los particulares, que se imaginan que los parisinos han violentado al rey, a la Asamblea Nacional; pero la verdad es que la visita del rey y de la Asamblea Nacional a París han sido necesarios para el buen progreso de los acontecimientos y para el

bien de todo el reino. París es la reina de las ciudades, al igual que el rey es el jefe de los hombres. No habrá prosperidad, no habrá gloria nacional, sin la unión de los franceses en torno al rey, sin la unión de las ciudades en torno a París. Se pinta a la capital como a un caníbal. ¡Grosero error! París aporta delicias, es la amante del reino. Si hace feliz al reino, no hay dinero que pueda pagar tal cosa. De hecho, París devuelve todo lo que se le da. ¡Amante pródigo! ¡No lamentes tus regalos! Si no hay nada más coqueto que tu amante, tampoco hay nada más amable, ¡e incluso su coquetería te resulta ventajosa! […]

Noticias: Los aviñoneses no quieren ser franceses. *Nota*: se trata más bien de los curas aviñoneses, desde el decreto sobre los bienes del clero[25].

El asunto de Toulon ha sido uno de los más escandalosos de la Revolución. Cuando se preguntó a un campesino qué habría que hacer con el oficial que exhibió una escarapela negra, éste respondió:

—Latigazos, una marca y nueve años a galeras.

—¿Y a Monsieur de Rioms[26]?

—Un mes de seminario en los pasillos de la Asamblea Nacional.

—Pero eso no es un castigo…

—¡No! Ese bravo general no merece ser destruido sino instruido.

Baño de sangre en Luxemburgo los primeros días de este mes (se dice). Los patriotas brabanzones acaban pues de ampararse en la ciudad (parece que no es así).

Castillo de Cressol, en Borgoña, denunciado como aristócrata. Tan sólo se han hallado tres fusiles descargados. El crimen de su propietario consiste en haber demandado socorro a los municipios de Beaune y de Arnai-le-Duc contra los que están asolando sus bosques[27].

20 de diciembre: Loable conducta de Luis XVI ante el presidente de la Asamblea Nacional (habría que repetir esto día a día).

Discurso pronunciado por el rey en la Asamblea Nacional, el 4 de febrero de 1790

«Caballeros. Las graves circunstancias en las que se halla sumida Francia me obligan a presentarme ante vosotros. La progresiva relajación de todos los lazos de orden y de subordinación, la suspensión o inacción de la justicia, los descontentos derivados de las privaciones, los desafortunados odios inevitablemente provocados por los amplios disensos, la crítica situación de las finanzas y las incertidumbres que planean sobre el tesoro público, en fin, la agitación generalizada de los espíritus, todo parece coincidir para alimentar la inquietud de los verdaderos amigos de la prosperidad y de la felicidad del Reino.

»¡Un destino grandioso se presenta ante vuestros ojos! Pero hay que alcanzarlo sin incrementar la turbación y evitando nuevas convulsiones. He de admitir que albergaba la esperanza de poder conduciros hasta él de una manera más suave y tranquila, según concebía la idea de convocaros y de reunir, para mayor gozo público, las luces y las voluntades de los representantes de la nación; pero mi felicidad y mi gloria siguen estrechamente abrazados al éxito de vuestra labor.

»Labor que yo he salvaguardado, mediante una continua vigilancia, de la funesta influencia que podrían haber ejercido sobre ella las desdichadas circunstancias en las que os hallabais. Los horrores de la hambruna que amenazaba a Francia el año pasado han quedado disipados gracias a múltiples cuidados y colosales aprovisionamientos. El desorden que debía de haber derivado del antiguo estado financiero, de la falta de crédito, de la escasez de moneda y del gradual deterioro de los ingresos, ese desorden, o por lo menos sus estallidos y sus excesos, han sido por el momento evitados. He suavizado en todas partes, y principalmente en la capital, las peligrosas consecuencias de la falta de trabajo; y, no obstante el debilitamiento de todos los medios de autoridad, he logrado mantener el Reino en calma; no desde luego, ¡faltaría más!, en la calma que yo hubiera deseado, pero en un estado de tranquilidad suficiente para disfrutar de las dichas de una libertad razonable y ordenada. Finalmente, a pesar de nuestra bien conocida situación interna y de las tempestades políticas que agitan a

otras naciones, he logrado conservar la paz exterior y he mantenido con todas las potencias de Europa relaciones de respeto y de amistad que pueden hacer dicha paz duradera.

»Tras haberos así preservado de grandes contrariedades que podían haber obstaculizado vuestros cuidados y esfuerzos, creo que ha llegado el momento de que, en nombre del interés del Estado, me asocie, de forma aún más patente y manifiesta, a la ejecución y logro de todo lo que habéis concertado, por el bien de Francia. No se me ocurre mejor ocasión que esta, en la que presentáis a mi aceptación unos decretos destinados a establecer en el Reino una nueva organización, llamada a tener una influencia tan importante y tan propicia en la dicha de mis súbditos y en la prosperidad de este imperio.

»Bien sabéis, caballeros, que hace ya más de una década, en un tiempo en el que la voz de la nación aún no se había expresado en las asambleas provinciales, yo ya comencé a sustituir la antigua administración, consagrada por añejas tradiciones. Como la experiencia me demostró que no andaba descaminado sobre la utilidad de las nuevas disposiciones, pretendí que todas las provincias de mi Reino disfrutaran del mismo favor. Y, para asegurar a las nuevas administraciones la confianza general, quise que los miembros que las componían fueran nombrados libremente por todos los ciudadanos. Vosotros habéis mejorado estas disposiciones de diversas maneras, la más esencial siendo, sin duda, la nueva subdivisión igualitaria y sabiamente motivada que, al debilitar las antiguas separaciones entre provincias y al establecer un sistema de equilibrio general y completo, reúne mejor en un mismo espíritu y en un interés común todas las partes del Reino…

»Pero al mismo tiempo, sin embargo, todo lo que recuerde a la nación la antigüedad y la continuidad de los servicios de una honorable raza constituye una distinción indestructible y forma parte del deber de reconocimiento; así que todos aquellos que, en todas las clases de la sociedad, aspiran a servir eficazmente a su patria, y todos aquellos que ya han tenido el honor de hacerlo, alientan un interés común por el respeto a esa transmisión de títulos y recuerdos, que es la herencia más hermosa que se puede dejar a los hijos.

»El respeto debido a los ministros de la religión tampoco puede desaparecer, y cuando su consideración quede esencialmente unida a las santas verdades que constituyen la salvaguarda del orden y de la moral, todos los ciudadanos honestos e ilustrados sentirán un parejo interés por mantenerla y defenderla.

»Sin duda, los que han tenido que abandonar sus privilegios pecuniarios, los que ya no van volver a formar, como antaño, un orden político de Estado, se hallan sometidos a un sacrificio cuya importancia me es bien conocida; pero, estoy profundamente persuadido de ello, tendrán la generosidad suficiente como para aceptar una indemnización en forma de las ventajas públicas que esperamos deriven del establecimiento de las asambleas nacionales.

»Yo también podría contabilizar importantes perjuicios si, pese a hallarme inmerso en los grandes intereses de Estado, me detuviera a realizar cálculos personales. Pero disfruto de una compensación que me es suficiente, una compensación plena y total, que consiste en el incremento de la felicidad de la nación; y este sentimiento que quería expresar aquí procede del fondo de mi corazón.

»Así pues, mantendré y defenderé la libertad constitucional, cuyos principios han quedado consagrados por la voluntad general, que es también la mía. Y haré todavía más, en concierto con la reina, que comparte punto a punto estos mis sentimientos, pues prepararé tempranamente el espíritu y el corazón de mi hijo para el nuevo orden de cosas producto de las circunstancias. Lo habituaré, desde su tierna infancia, a ser feliz con la felicidad de los franceses y a buscar siempre, pese a las lisonjas de los aduladores, en la sabia Constitución la preservación contra los peligros de la inexperiencia, ¡y a que una justa libertad sume valor al amor y a la fidelidad que la nación hace gala hacia sus reyes desde hace tantos siglos de forma tan conmovedora!

»No oso poner en duda que, según avancéis en vuestra labor, os ocuparéis seguramente, con sabiduría y candor, de fortalecer el poder ejecutivo, condición sin la cual no acertaría a existir orden duradero alguno en el interior ni consideración alguna en el exterior. No puede subsistir en vosotros ninguna desconfianza razonable, por lo que es vuestro deber, como

ciudadanos y como fieles representantes de la nación, asegurar, por el bien del Estado y de las libertades públicas, esa estabilidad que tan sólo puede derivar de una autoridad activa y tutelar. Seguramente ya tengáis presente que, sin tal estabilidad, todas las partes de nuestro sistema constitucional quedarían a la par sin lazo y sin correspondencia. Cuando os preocupáis por la libertad, que tanto amáis, como yo la amo, sin duda no pasáis por alto que el desorden en la administración conduce a la confusión de poderes y degenera a menudo, mediante ciegas violencias, en la más peligrosa y la más alarmante de las tiranías.

»Así que no por mí, caballeros, que mi persona no tiene importancia frente a las leyes y a las instituciones llamadas a regular el destino del imperio, sino por el propio bienestar de nuestra patria, por su prosperidad, por su poder, os invito a liberaros de toda impresión momentánea que pudiera distraeros de considerar el conjunto de lo que exige un reino de la grandeza de Francia, tanto debido a su vasta extensión, como a su inmensa población y a sus ineludibles obligaciones hacia el exterior.

»Tampoco omitiréis el atender a las exigencias inherentes a los usos, a la idiosincrasia y a las costumbres de una nación demasiado famosa en Europa por la naturaleza de su espíritu y de su genio como para que pueda resultarnos indiferente la continuidad o alteración de sus sentimientos de dulzura, confianza y bondad que tanto renombre la han aportado, etcétera».

Uno de los colaboradores de esta gaceta[28] nos dijo, comentándola: «¡Caballeros, ninguna crítica a los diputados! Su persona es sagrada…». «¿Cómo? —respondió otro colaborador— ¿Así que no se podrá decir que el abate Monsieur Mauri y el consejero Monsieur Duval d’Epremesnil tan sólo suben a tribuna para atacar al bien público, sostener tesis equívocas, restarle poder a la nación, oponerse a las reformas más útiles, mentir incluso, calumniando a Monsieur Bailli y Monsieur La Fayette? ¿Cómo? ¿No se podrá decir, pues, que el abate Beauvais dirigía al Arzobispo de París y al abate Monsieur Mauri? ¿Ni que el vizconde de Mirabeau…? ¿Ni que el conde de Virieu (que tan sólo merece una alabanza: el haber dimitido de la presidencia)…? Al abate Monsieur de Montesquieu sí que le rindo honores, a pesar de apoyar al abate Monsieur Mauri, ¡pero qué diferencia! Si no está

permitido decir todo esto, ¡volvemos a estar ante una insoportable aristocracia, digna de Venecia! Y no sólo renunciaría a escribir, sino incluso a ser francés, y mañana mismo partiría a Brabante… ¡Pero claro que está permitido escribir eso y, si hiciera falta, respondería de ello ante la augusta Asamblea Nacional!».

La ciudad de Cernai, en Alsacia, acaba de cubrirse de una gloria inmortal. Tras ser informada del sacrílego manifiesto de la cámara eclesiástica de Colmar, por el cual dicha cámara apostasía de su nacionalidad francesa y se une a los príncipes del Imperio, comunicándoles sus reclamaciones contra los mandatos de la Asamblea Nacional en relación a los bienes del clero, el ayuntamiento de Cernai ha declarado traidores a la patria a todos aquellos que han firmado dicho manifiesto y ha prohibido a los ciudadanos cualquier clase de comunicación con ellos. […]

Continuación de los acontecimientos posteriores a la octava noche

Juicio al barón de Benzeval, que ha sido puesto en libertad; por acusación no probada.

Condena a muerte a los hermanos Agasse; por falsificación de billetes comerciales. (El distrito ha salvaguardado a su honesta familia del deshonor ofreciéndola nombramientos en la guardia nacional).

Juicio, condena y ejecución del supuesto marqués de Favras, intrigante y conspirador: ha muerto con la cabeza bien alta, pero hubiera hablado si le hubieran prometido revisar su proceso.

Descubrimiento del insensato complot del conde de Maillebois, que ha huido a Breda.

El 13 de abril por la noche, el abate Monsieur Mauri, tras excitar las peores efervescencias en algunas cabezas, es perseguido a la salida de la Asamblea Nacional. La guardia nacional lo protege contra la ira del pueblo.

Monsieur Mirabeau, el benjamín, y Monsieur Cazalès[29] también son abucheados y defendidos por la guardia, si bien el primero desenvaina la espada. Se dice que una mujer le gritó: «¡Diputado! ¡Vuestra posición tal vez os eleve por encima de un particular, pero seguís sometido a la nación, y ésta os reprueba; así que sed más humilde y arrepentíos!».

El día siguiente está llamado a ser siempre recordado, debido al decreto definitivo que quita al clero sus escandalosas propiedades, elemento de apostasía pues todo religioso rico se opone diametralmente al código evangélico.

El rey da un conmovedor discurso a Madame Royale, su hija, según le da su bendición antes de la primera comunión.

El 18 se decretan los *Assignats*[30].

Monsieur Virieu dimite de la presidencia de la Asamblea Nacional, tras haber ocupado el correspondiente asiento durante media sesión. […]

Segunda Parte

Veinte Noches de París

No me puedo apiadar de un rey: que los reyes se apiaden de los reyes; yo no tengo nada en común con esas personas; no son mi prójimo.

Drame de la Vie, p. 1332.

ADVERTENCIA

Les Nuits de Paris es una obra que debe tener continuación, mientras esta gran cuidad siga existiendo. En tanto yo viva, seguiré redactándola, dando cuenta de todos los sucesos nocturnos, y diurnos, que se produzcan. Esta vasta obra ha comenzado demasiado tarde; los acontecimientos interesantes y públicos del pasado pueden detallarse más con las aportaciones de personas conocedoras del antiguo gobierno. En cuanto a los acontecimientos actuales, yo me responsabilizo de investigar meticulosamente las causas; y si de momento no las hallo, pues: «el tiempo presente es el arca del Señor», me encargaré de relatarlas en volúmenes posteriores. Esto es una nota dirigida a mi sucesor, cuando yo ya no esté presente.

Advierto a mis lectores que no me someto a escrúpulos puritanos: narro los hechos tal y como son. Hay a quien les parecen obscenos: pero no soy yo quien comete las obscenidades, sino sus protagonistas. Por lo demás, llegado a viejo, ya me he convencido del vacío que se esconde detrás de los escrúpulos de las mujeres, e incluso de los hombres; la tan loada castidad no me parece sino cosa ociosa y carente de sentido; no creo que la moral se atenga a discursos tímidos ni que se sienta herida por el relato de las acciones libres. Tengo aún muchas otras opiniones que me sorprenderían a mí mismo. A este respecto, consúltese mi relato titulado *Les Bulles de savon*, impreso en *Le Paysan et la paysanne pervertis*, tomo II, VIIª parte, p. 420 y siguientes.

Ya he mencionado que siempre escribo mis relatos en primera persona, para mantener una unidad de estilo, pero he de advertir que, en verdad, algunos hechos no he sido yo quien los ha observado. Pero ¿qué importa esto? Si los testigos han sido personas tanto me valen, en todos los aspectos, como la propia verdad.

Otra advertencia obligada es que los hechos son narrados a medida que acontecen, y por lo tanto, siguiendo la opinión dominante. Pienso que debo respetar este barniz, pues es tan histórico como la narración misma. Pero, al final de esta parte, el lector hallará mi profesión de fe política. Hay algunos acontecimientos públicos cuyo desenlace creía que se iba a haber producido a lo largo de estas noches, pero se ha demorado demasiado; espero que los hechos se multipliquen lo suficiente para que en breve pueda publicar una nueva parte. A 28 de octubre de 1793.

PRIMERA NOCHE

13 Y 14 DE JULIO DE 1790

FEDERACIÓN[31]

¡Oh, búho, retoma tu vuelo entre tinieblas! ¡Lanza de nuevo tus terribles gritos mientras recorres las solitarias calles de esta vasta cuidad, para espantar a criminales y perversos!

El 13 de julio, retomo mi ruta por la calle Saint-Honoré, proponiéndome volver a cruzar el puente para llegar al Campo de la Federación. Camino pensativo, sin abrigo; llegado a la Barrière des Sergents, veo al centinela ante la puerta y, detrás de mí, a un hombre que me escupe en la espalda. ¡Me sorprendo! Me giro con viveza. Enfrente de la tienda del antiguo confitero Travers, me asaltan tres, cuatro o cinco jóvenes, entre los cuales creo distinguir a un grabador. Me rodean, me empujan, diciéndose en voz baja: «¡Está marcado!…». Uno palpa el bolsillo del reloj, otro los bolsos del traje y otro los del chaleco; todo esto en un abrir y cerrar de ojos. «¡Eh, señores ladrones!, ¡no llevo nada, nada!», les digo. Tras convencerse de ello, me dejan. Una vendedora de periódicos, apoyada en la verja de una tienda de ropa interior, les grita: «¡Eh, respetad por los menos sus hábitos!». Me toma por un abate, pues llevo puesto un viejo traje negro con bordados.

—¿No veis que se trata de ladrones? —le digo.

—¿Esos? ¡Son caballeros!

—Os ruego que me quitéis un escupitajo que tengo en la espalda; ¡es su marca!

Me lo quita y continúo mi ruta hacia el Palais-Royal, donde observo que se está robando descaradamente. Me expongo pues nada llevo que se pueda robar. Nunca llevo nada conmigo desde que, en una ocasión, vestido con este mismo traje negro, me atacaron en la calle de Vieilles-Étuves, seis hombres que me marcaron y empujaron. Me di cuenta a tiempo y les hice frente, examinándolos de arriba abajo abiertamente. Pero les daba igual. Uno de ellos me siguió hasta que tomé una avenida, donde me puse a correr hasta llegar al lado del centinela de la columna Médicis, en la Nouvelle Halle.

A las diez y media salgo del jardín del Palais-Royal y a las once llego al Campo de Marte; examinando el trabajo llevado a cabo por los ciudadanos, el altar de la patria me recuerda a los buenos tiempos de la Grecia clásica. Sin ser devoto, creo en un Ser-principio-de-todo, único ser real, puesto que todo viene de él, puesto que se llama a sí mismo con el nombre más expresivo y filosófico: «Soy el que soy». Me postro; mi alma se lanza hacia él y le rezo por toda mi Nación: «¡Fuente de toda vida! ¡Observa la unión de tus hijos! ¡Dispón, oh sí, dispón que el sol, al seguir su recorrido, no ilumine en todo el globo nada más grandioso que el nombre de Francia!». Me levanto dispuesto a regresar. Algunas linternas difuminan una luz vacilante que revela mi presencia. Un centinela me para. «Deja, déjale pasar —le dice su compañero, que hasta ahora no había visto—; acaba de dedicar a toda la nación los rezos que otrora Horacio dedicó a Roma». Así que me dejan libre.

Había pasado por el lado de las Tuileries; así que decido regresar por el lado de los Inválidos. Camino sumido en cavilaciones, en conjeturas sobre los acontecimientos futuros; con esperanza a veces, estremeciéndome otras. Rememoro la historia de los tiempos pasados: veo la marcha de los gobiernos, que nunca se detiene, ya tienda hacia el despotismo o bien hacia la libertad. Me pregunto entonces si los hombres están destinados a hacer el bien o el mal. Hace tiempo que he respondido a esa pregunta, como se puede comprobar en mi relato *Les Bulles de savon*, impreso en la edición

reunida *Le Paysan et la paysanne pervertis*. Aquí me hallo, perdiéndome en todas estas especulaciones morales y políticas, sabiendo, o más bien, estando seguro de que los grandes movimientos siempre producen grandes males a las almas débiles que componen la masa del género humano.

La muchacha violada

Afligido por todos estos pensamientos, veo de repente a un hombre y a dos mujeres arrastrándose. Les ofrezco mi socorro, que aceptan. Al principio permanecen en silencio, pero cuando empezamos a callejear el hombre me dice: «Creo que aquí ya puedo hablaros. Sois persona honesta, lo sé, os reconozco por vuestra chaqueta azul. Con el permiso de estas damas os voy a contar algo horrible». La mayor de las dos hace un gesto de confesión y el hombre comienza su relato.

Pasaba, hoy mismo, a las diez de la noche, delante de las Tuileries, hacia el Campo de la Federación. Me hallaba a mitad del gran muro de la calzada, cuando oigo unos lamentos como de mujer, tras unos grandes bloques de piedra, alzados para ser tallados. Aunque asustado, me acerco y descubro… a una mujer de unos cuarenta años sujetando en sus brazos a una muchacha de catorce o quince, desvanecida o muerta. Un poco más tranquilo, les digo algo. «¡Ay! ¡Si tenéis algo de humanidad, venid a socorrernos! Esta es mi hija: está inánime pero su corazón aún late. ¡Dos hombres… dos monstruos acaban de… violarla! Colocando sendos puñales en nuestros senos nos han impedido gritar. Una vez que se han saciado con una niña desmayada desde el principio del asalto, nos han dejado y se han ido por el lado del Pont Royal». A pesar de mis miedos y del agotamiento, ayudé a la madre a llevar a la muchacha, que recobró el sentido, y les pregunté dónde habitaban.

—Calle de Beaune —me respondió la madre.

—Os voy a llevar a vuestra casa.

—¡Ay!, ¡pero no sigamos su camino! ¡Podríamos volver a encontrarnos con ellos!

Así que tuvimos que cruzar el puente [por aquel entonces, aún llamado «Luis XVI», hoy en día «de la Revolución»]. Llegamos, no sin esfuerzo, hasta la otra orilla del río y empezamos a subir hacia el suburbio de Saint-Germain, cuando nos topamos con tres hombres, ya no dos. Se dijeron en voz baja:

—¡Ahí está!

—¡Ahora es mi turno! —dijo el tercero que no había aparecido hasta ahora.

—¡No, no! —replicó uno de los otros dos—, ¡está con su padre! Cuando una muchacha tan sólo está entre mujeres, ¡lo que sea! Pero cuando hay un hombre, sea quien sea, siento un respeto natural por mi semejante.

Sin embargo, el que quería ser tan criminal como sus dos camaradas, se acercó.

—¡Furcia —dijo—, dame a tu hija, u os doy una paliza a los tres: a ese viejo pordiosero, a tu hija y a ti!

Y me tumbó de un violento puñetazo. La madre y la hija se lanzaron a sus rodillas. Violó a la muchacha; al levantarse, pegó una patada a la madre y a mí algunos bastonazos. Los otros le impidieron que me pegara hasta dejarme inconsciente, diciéndole que podía aparecer alguien. Y se marcharon.

Me estremezco de horror. Les digo a las damas y al hombre que no voy a separarme de ellos hasta que lleguemos a su hogar. Caminamos en silencio y, llegados a la calle Seine, cerca de la calle Buci, oímos unos pasos precipitados detrás de nosotros. La muchacha se lanza hacia mí y la escondo bajo mi chaquetón. Giramos por la esquina de la calle Buci cuando somos abordados: se trata de los tres hombres, dispuestos a abalanzarse sobre nosotros. Pero en ese momento veo una patrulla, silenciosamente agazapada bajo los tejadillos. Grito: «¡A mí, ciudadanos!». La patrulla acude y los tres hombres pretenden huir. Poniendo nuestra vida en juego, nos interponemos en su camino, la madre, el anciano y yo. A punto están de ensartar a la madre con una hoja oculta en un bastón, pero un guardia logra apresar el brazo asesino. ¡Están atrapados! ¡Ah, qué vergüenza la suya cuando reconocen en mí al Espectador Nocturno! Los llevan a la garita,

donde dicen sus nombres y sus domicilios, y después son conducidos a la ciudad. La madre interpone una queja y el anciano y yo testificamos. Pero el anciano es el único testigo directo.

Los tres malhechores, pasantes de procuraduría, más nobles que los aristócratas, resultaron ser amigos de los jueces y fueron absueltos siguiendo la máxima jurídica: *Testis unus, testis nullus* (testigo único, testigo nulo).

Pero no han quedado impunes. La muchacha tenía un hermano, entonces empleado en un despacho, bien informado de todo lo que hacía falta saber. Acechó a los tres pasantes y, uno tras otro, los apuñaló. Dos de estos asesinatos han causado cierto revuelo, pero no había sospechas de quién podía ser el verdadero autor. El tercer asesinato tuvo lugar en la prisión; el hermano dispuso todo bien para ser uno de los juristas de la cárcel donde había logrado encerrar al último de los pasantes.

Yo ya no estoy en edad de desafiar a la fatiga. Tras ayudar a la hija y a la madre con mis cuidados y mi testimonio, vuelvo en busca de reposo. Hasta que unos tambores me despiertan. Me levanto enseguida para ir a ver la ceremonia de la Federación. Paseándome por todo el Campo de Marte, veo llegar los diferentes cuerpos, la Asamblea Nacional y, finalmente, el rey. Este fue el último gran día de su vida.

Parece crecido; parece satisfecho. Y creo que, en efecto, lo está. Pero, los que lo rodean no lo están tanto. Le veo jurar la Constitución. ¿Fue una hermosa acción o un crimen? Los acontecimientos han demostrado que para él sólo era una alternativa. No podemos callar la verdad; hay principios inmortales, que no se pueden eludir. Un rey que jura ante su nación debe mantener su palabra…

No ha habido nunca ceremonia tan grande y tan majestuosa: toda Francia reunida, muestra, por última vez, los antiguos pendones de los cien pueblos diversos que, desde hace tiempo, no forman sino uno. Yo estoy emocionado, conmovido. Me pareció que el infortunado Luis también lo estaba; creí ver lágrimas en sus ojos. ¿Eran de emoción?

Esta gran jornada, la más bella de la Revolución, termina de forma festiva. La Fayette estaba entonces en su momento de mayor gloria… Pero todo esto se ha esfumado como un sueño.

SEGUNDA NOCHE

CONTINUACIÓN DE LA MUCHACHA VIOLADA

La tarde del 14 acudo a casa de la madre de la muchacha. Ambas están en cama. Lo que más le duele a la joven es el sufrimiento de su madre. Si mi amigo Préval aún viviera, lo hubiera traído conmigo. Así que aconsejo a la madre que haga llamar al doctor Mittié al día siguiente mismo; y añado en voz baja que he escuchado algunas palabras de los tres desalmados que daban a entender que su salud no es pura. También le comento que, por lo que he podido comprender, son enemigos mortales de su hijo. Así que la madre envía a alguien a avisar al doctor, que acude inmediatamente. Le doy los detalles precisos y comienza el tratamiento ordinario, que, de esta manera, se convierte en una acción *preventiva*, más que *curativa*. Esta sabia precaución ha preservado a la muchacha de los efectos de una enfermedad que no dio sino algunos leves síntomas, pues no tuvo tiempo de corromper la sangre. He vuelto a verla desde entonces, y está rebosante de salud. Se ha casado a comienzos de 1793 con un hombre de buena posición.

Abandono la casa y me dirijo al café Robert, antes Manouri. Está todo el mundo borracho. Un hombre que ha cenado demasiado está montando un escándalo: se pelea con todos los que alaban a La Fayette, y una especie de cuáquero, imbécil y maestro de escuela, que se empeña en contrariarlo, a punto está de recibir un sablazo. Logramos sacar al maestro de ahí y entonces me pongo a examinar al hombre, pues creo reconocerlo: es uno de los tres violadores.

—¿Cómo? —le digo en voz baja— ¿ya en la calle? ¿Os habéis escapado, pues?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Escapado de dónde?

Nos están escuchando. Un hermoso joven me interrumpe, pues me ha oído.

—¿Quién es ese hombre?

—¡Silencio! —grita el bruto—. Tengo que hablar con vos…

Pero yo no lo escucho y me retiro a un rincón con el joven, al que, sin embargo, no le cuento nada. Busco con la mirada al escandaloso personaje,

pero se ha esfumado. Le cuento entonces toda la aventura al muchacho, expresándole mi sorpresa de que uno de los culpables ya se halle libre. «Se trata de un aristócrata recalcitrante: sus compañeros de partido, disfrazados de patriotas, ocupan todos los puestos y han temido la indiscreción de esos tres miserables, por lo que tan sólo les han retenido unas pocas horas en la prisión…». He sabido después que el joven que me contaba esto es el hermano de la muchacha violada, y que así, a través de mí, fue como supo quiénes eran los autores del crimen. En el tribunal se habían negado a darle los nombres de los tres culpables.

TERCERA NOCHE

27 Y 28 DE FEBRERO DE 1791[32]

LOS CABALLEROS DEL PUÑAL

Luis XVI, atormentado por los antiguos nobles, por su mujer, su hermana y sus tías, y tal vez también por su pesar de ver disminuir su autoridad absoluta, soñaba con abandonar París y lanzarse a los brazos de las potencias extranjeras a fin de regresar victorioso, con la ayuda de sus armas. ¿Cómo es posible que este desdichado no se diera cuenta de que esta decisión era la peor que podía tomar? Enrique[33] luchó por sí mismo, alzando a la mitad del reino contra la otra, y una vez que venció, para asegurar la paz se vio obligado a hacer concesiones a la parte vencida. ¿Qué esperaba pues Luis XVI si hubiera regresado victorioso? ¿Ceder a los vencidos todo lo que le quitaba la Asamblea Nacional y acabar como Enrique? ¡Pero su situación era mucho peor! Regresaría rodeado de extranjeros, que lo tratarían como a un esclavo; que se convertirían en sus señores; que lo envilecerían tanto como a la Nación. ¡Pobre esclavo coronado! ¡Se sumiría en la degradación hasta el fin de sus envenenados días! ¡Es preferible morir!

¡Ay, Artois! ¡Ay, Stanislas-Xavier! Insensatos cortesanos aconsejados por traidores imbéciles y furiosos, ¿acaso creíais que ibais a poder reinar sobre un pueblo envilecido y asfixiado de impuestos? No; os convertiríais vosotros también en esclavos de los prusianos y de los austríacos; ¡cebados de ultrajes y de desprecio, veríais cómo las arcas del Estado van a engrosar los tesoros extranjeros y a sufragar sus excesos y disipaciones!

Condé es el más culpable de todos, pues es el que tiene más experiencia. Bouillé es un loco furioso; Calonne, un pillo felón; todo el resto, Broglio, La Fayette, Luckner, etc., no son más que imbéciles. Pero ya se ha lanzado el golpe, y ni un dios podría evitar que ocurra lo que tiene que ocurrir. ¡Y la ciega nobleza! Esa tropa de afeminados que pretende recuperar unos privilegios que tan sólo se mantenían por la inercia de la costumbre, ¿cómo no se da cuenta que pendían ya tan sólo de un hilo? Un hilo cortado por un golpe y que no hay poder humano que lo pueda remediar. ¡Ay, nobles! El mal ya está hecho; tan sólo teníais que permanecer tranquilos, o bien exponeros a perecer para impedir el golpe liberador. Pero ya se ha lanzado, estáis perdidos y los extranjeros no harán sino multiplicar el mal. Vuestra huida ha servido a la Revolución doblemente: ¡vuestra ausencia le ha restado enemigos y vuestros bienes vendidos la ha subsidiado! Y de habéroslas tenido que ver con otros que vuestras costumbres no hubieran corrompido tanto, haría ya dos años que vuestra perdición se habría consumado.

¡Nobles: la desgracia es enorme para todos, pero sobre todo para vosotros! Ya que vuestros presuntos amigos, si llegan a entrar en Francia, os sacrificarán para ganarse al pueblo subyugado. No os necesitan, pero sí necesitan al labrador, al viticultor, al zapatero, al albañil, a los esforzados trabajadores de todos los oficios, y os sacrificarán a ellos. Y vosotros, los nobles que os habéis quedado, picapleitos, financieros, grandes comerciantes, impresores privilegiados, ¿acaso creéis que Leopoldo y Guillermo, y los ingleses, los españoles y los piamonteses, van a conquistar Francia para vosotros? Apeláis a ellos ardientemente, pero a los primeros que saqueen será a vosotros y no se dignarán siquiera a oír vuestros lamentos. ¡Observad si no cómo tratan a los emigrados desde el 21 de enero de 1793[34]! ¿Y esos emigrados no se van a convertir acaso en vuestros más

crueles enemigos? Si no estuvierais tan ciegos, os daríais cuenta de que vuestra antigua consideración se basaba en el viejo orden de cosas, en la costumbre, pero que el hilo ya está roto y que, en un estado de guerra y de necesidad, cuando se nos asedia por todos los frentes, ya no sois sino bocas inútiles. ¡Ay!, ¡Luis XVI os ha condenado! Ha llevado a aristócratas y a demócratas a la perdición. Tan sólo tenía una forma de salvarse, y a nosotros con él, y consistía en aferrarse firmemente a la Constitución, como un náufrago a un madero… ¿Y vos, María-Antonieta?, ¿de cuántos reproches sois merecedora? Como suele ocurrir cuando las mujeres se meten en política, ¡lo habéis estropeado todo! Pero ya sois bastante desgraciada, no cabe apesadumbraros aún más…

Luis, seducido por los duques que lo rodean, y por sus hermanos, uno mediante cartas y el otro rondándole todo el día, presta oídos a los proyectos de huida. No viene a su cabeza el ilustrativo ejemplo de Jacobo II[35]. La noche del 27 de febrero, rodeado de sus cortesanos, es decir, de histéricas imprudentes, armados con puñales que en sus temblorosas manos se convierten en corcho, Luis lo tiene todo preparado para huir. La Fayette consiente: unos disturbios torpemente provocados en el suburbio de Saint-Antoine es la excusa para su ausencia; esperan así despistar a las Tuileries. ¡Insensatos! ¡Ignoran que un millón de ojos abiertos lo ven todo! Los coches están listos. Mientras, Bailli mira hacia otro lado e intenta convencer al pueblo para que deje vía libre al rey. Pero nada puede deslumbrar a un coloso con un millón de ojos; nada se le escapa, ni siquiera los puñales ocultos. Cuando se encoleriza, maltrata a los nobles, se complace humillándolos, para compensar el trato recibido otrora. Pero esa noche, no es cruel. Finalmente, Luis anula su proyecto de huida. Manda él mismo desarmar a aquellos que se dicen sus amigos, pero que, en su ceguera, tan sólo piensan estúpidamente en sí mismos. «¡Ah!, ¡cobardes!», exclama La Fayette, al ver su conducta. #

Yo he sido testigo de parte de todo esto. Observaba, atónito. Afortunadamente, algunos guardias nacionales me conocen, pues mi posición de observador me convierte en sospechoso. ¡Ay, nada más lejos de mis intenciones! Yo nunca me he dedicado e intrigar ni a conspirar: convencido como estoy que los hombres no pueden hacer ni el bien ni el

mal, dejo de que las cosas ocurran tal cual; tan sólo tiendo la mano al desdichado, cuando puedo.

La dama que prostituye a otra por su hija

El miedo a resultar comprometido me hace salir del palacio. Y como hace tiempo que no me paseo por su jardín, me meto en él. En la pequeña avenida cercana al césped, bajo la terraza del río, caminando tan pausadamente que nadie me puede oír, entreveo a tres personas que hablan cerca de un emparrado. Retengo la respiración para escuchar y me coloco tras una de las estatuas del estanque octogonal.

Un hombre dice:

—¿Cómo? Madame, ¿pretendéis negar que Breteuil[36] ha gozado de Augusta? ¡De la hija de un hombre como yo! ¡Mi mayor enemigo personal! ¡Tengo el corazón destrozado!

—No, señor duque. El mayordomo no os ha podido instruir de algo que él mismo ignora…

—¡Ah!, ¡veamos, madame! ¡Y que vuestra justificación sea tan clara como la luz del día! Aquí estamos seguros: la Corte seguramente se traslade. No he querido dejarme ver por el palacio, debido a Villequier, al que no soporto, pero que, sin embargo, nos es muy útil a todos en estos momentos.

—Caballero, vayamos a mi casa: tengo ahí pruebas para vos.

—Explicaos antes.

—Sea pues, pero es tiempo perdido. Breteuil, sin haber ni siquiera visto a vuestra hija, quería poseerla a cualquier precio. Así que corrompió a una doncella. Esta recurrió a diversas astucias para librársela. Pero todas fracasaban, pues ninguna propuesta lograba tentar a Augusta. Sin embargo, amaba mucho a esa mujer, por eso no me comentó nada. Mas yo veía algo de intrigante en la doncella y algo de apenado en vuestra hija, así que me puse a la escucha y lo descubrí todo. ¡Cuán poderoso es Breteuil! Lo que acababa de hacer al cardenal me intimidaba.

»Así que tomé una resolución: cité a la doncella, adopté un tono de voz terrible y la desdichada se lanzó asustada a mis pies. Le dije que tenía dos alternativas: servirme traicionando a Breteuil o ser apuñalada. Prometió servirme. Le pregunté si Breteuil había llegado a ver alguna vez a mi hija. “Jamás. Tan sólo sabe que es bonita y quiere poseerla, porque es vuestra hija…”. “En tal caso, puedes ganar lo que te haya prometido y ponerte de mi parte sin peligro alguno”. “¡Ay, madame! ¡El interés me cegaba, pero podéis ver que me entrego a vos!”.

»Dejé así las cosas con ella, pero ese mismo día acudí a una inclusa. Escogí a una huérfana y di mi nombre y mi garantía por escrito. Conocía a la muchacha que me llevaba y sabía que nuestro enemigo nunca la había visto. Tenía la edad de nuestra hija. La vestí y le enseñé modales durante algunos días. En fin, una noche, cuando todo estaba listo, la entregué enmascarada a la doncella, ordenándola que la hiciera llegar al emisario del ministro. La doncella me miraba extrañada y me preguntó: “Madame, ¿acaso va a apuñalarlo?”. “No, no; va a ceder a todos sus deseos. Entrégala e insiste en que te la devuelvan a la hora exacta. Me la traes de inmediato, sin mirarla. ¡Ni un paso en falso!, pues vas a ser vigilada…”. La doncella obedeció. Le devolvieron a mi supuesta hija a las cuatro de la mañana y me la trajo sin mirarla. Y, lo que más le sorprendió, es que recibió la recompensa prometida con las instrucciones de volver a llevarla en ocho días.

»Yo había alejado a mi hija de esa mujer, ya no moraba en mi casa. De esta manera, Breteuil poseyó a la falsa Augusta durante tres meses… Por fin aconteció su caída. Yo ya no lo temía, y quería disfrutar de mi venganza, que era harto sencilla. Tras su destitución, que él llamaba dimisión, le di de nuevo a la falsa Augusta. La huérfana tenía instrucciones de entregarle, de mi parte, un paquete sellado al despedirse, y de huir mientras lo leía. Pero la huérfana, temiendo ser retenida, pues lo estaba pasando muy mal, depositó el paquete en la chimenea, sin ser vista, y según el coche la trajo de vuelta con la doncella, le indicó al conductor donde había dejado el paquete.

»Breteuil, advertido, tomó el paquete y desplegó innumerables hojas en blanco. Por fin, en la última hoja pudo leer las siguientes palabras:

“¡*Monstruo! ¡Crees haber deshonrado a la hija del duque de* ***, *tu enemigo!; ¿cómo te puedes haber creído algo tan inverosímil? Has poseído a una huérfana, sacada de una casa de acogida. ¡Avergüénzate y gime!”*.

»Una hora después del regreso de la huérfana, recibí la siguiente respuesta:

“*No me creo ni una de tus palabras, dictadas por la ira. Es tu hija, mis espías me lo han asegurado. Pero has de saber que las dos últimas veces no he sido yo quien ha gozado de ella, sino el mayordomo del verdugo de* ***”.

»Respondía sin haber verificado nada. Tras pensarlo dos veces, investigó de qué pensión podía haber tomado yo a una huérfana y lo descubrió con facilidad. ¡Juzgad cuál debió de ser su furia y su desesperación cuando halló a la muchacha, reconociéndola como la que le habían entregado, sin sospechar siquiera que se trataba de una hija natural de él, cuya pensión había ido pagando indirectamente a través de una ex-doncella! La muchacha era fruto de su encuentro con una gran dama, que había dado a luz clandestinamente con el doctor Préval. Nunca había ido a visitarla para no comprometer su secreto, pero tenía intención de ir a verla antes de casarla. Su furor fue tal que intentó que me apuñalaran; pero yo ya había tomado mis precauciones. Finalmente, se ha visto obligado a huir. Así que podéis estar seguro de que vuestra hija no ha sufrido ninguna injuria y que permanece pura como el día de su alumbramiento».

—Ya me aseguraré de ello —respondió el hombre—. Vayamos a vuestra casa. ¡Ahora resulta que en vez de albergar reproches hacia vos he de estaros agradecido!

Se alejan y yo salgo de las Tuileries por la terraza del río, gracias a un andamio que hay en el muro. Llego a casa a la una de la madrugada.

CUARTA NOCHE

17 Y 18 DE ABRIL DE 1791

Dos meses después, me entero, en el café Robert-Manouri, que el rey pretende ir el día siguiente a Saint-Cloud. Un jacobino, de esos que llaman *enragés*, se halla presente: «¡No hay que permitirle ese viaje! —exclama— ¡Es una trampa! ¡Y La Fayette, así como Bailli, forman parte del complot!». Y se entretiene largo tiempo declamando. Unos aprueban sus comentarios, otros los rechazan, confiando aún totalmente en el rey.

Pero, con todo el secreto con el que se lleve la operación, una mujer, cocinera de la reina (que volverá a aparecer en nuestros relatos), lo ha escuchado todo. Pero no acude a avisar a Bailli ni a La Fayette: va derecha a los jacobinos, que rondan por ahí cerca. Pregunta por alguien que conoce y le cuenta lo que ha escuchado en los mismos términos pronunciados. El jacobino contacta con algunos pocos compañeros, pero suficientes para sublevar los suburbios de Saint-Antoine y Saint-Marcel, sin olvidar la sección[37] de las Tuileries.

Acudo a los alrededores de sus jardines, pero no puedo entrar, así que doy la vuelta al palacio. Voy mirando a través de las puertas de los patios que dan al Carroussel, cuando, de repente, veo aproximarse a la que hay pegada a la galería del Louvre, a dos mujeres recién salidas de las escalerillas del pasaje. Me mantengo discretamente apartado. Les abren la puerta y vuelven a marcharse. El guardia suizo, o su sustituto, busca con la mirada, me ve y me entrega un voluminoso paquete diciéndome: «No las sigáis muy de cerca. Vuestro compañero partirá dentro de medio cuarto de hora». Tomo el paquete y camino a cuarenta pasos de las dos mujeres, que andan bien rápido y sin hablar. La de mayor edad parece tener veintidós años, es muy amable y está muy bien hecha; la segunda apenas debe de tener dieciséis años. Llegan al puesto de coches más allá del Pont-Royal, donde las está esperando un vehículo. Se giran hacia mí y les entrego el paquete.

—¿Cómo? —dice la mayor— ¿Dónde está pues mi…?

Y se calla.

—El segundo paquete llegará en unos minutos —le digo.

—¿Quién sois vos?

—Un desconocido, pero no he creído propio negarme a traeros el paquete.

—¡Ay! ¡Dios santo!

—¡No temáis nada, Mesdames! Dos personas de vuestra edad y con vuestro aspecto no pueden albergar malos designios.

La mayor me ofrece dinero, por las molestias, sin duda, pero yo me retiro. El segundo mensajero llega sin aliento con el otro paquete, que lanza a los pies de las mujeres, sorprendido de ver el primero. Habla con ellas en un tono de voz demasiado bajo como para que entienda su discurso, salvo las últimas palabras: «Tengo que conocerlo». Y se lanza a correr hacia el Pont-Royal, pero yo ya me he escondido junto a la puerta trasera del puesto de coches. Permanezco ahí hasta su regreso. Las damas se suben entonces a un carrito y parten atravesando el puente. No veo ninguna patrulla. Regreso por el muelle de Voltaire hasta el de la Vallée, a medianoche… Volveremos a encontrarnos con las dos muchachas.

Al día siguiente, excitado por lo que he escuchado y visto la noche anterior, acudo a las Tuileries. La Fayette adopta la medida de dejar pasar a todo el mundo. Hay gran algarabía, como voces de mucha gente hablando a la vez. Sin embargo, me fijo que nutridos grupos de personas sabedoras de lo que se avecina se concentran alrededor de la carroza real y a lo largo de toda la calzada, bajo los muros de las Tuileries. Comienzo a conjeturar que Luis finalmente no va a irse. En esos momentos aún confiaba, como muchos otros, en La Fayette, que creía partidario de la Revolución. Pero Luis aparece e incluso sube a la carroza. Inmediatamente, los grupos concentrados lanzan terribles gritos. El comandante general y el alcalde exhortan al pueblo a dejar partir al rey, pero es como hablar con un muro.

—¡Sí, venga ya! —responde una mujer—. Ya nos la han jugado una vez, no va a volver a ocurrir. Todo está preparado: sus tías ya se han largado, en virtud de un decreto de la Asamblea que deja libres de irse a los que deberían quedarse. ¡Tenemos nuestras razones! ¿Dónde están ahora las tías? Rezando el rosario en Roma. ¿No podían hacerlo igual de bien en París? Las habían detenido en Moret, pero nuestra Guardia Nacional fue atacada a sablazos por los soldados del ejército, que no son más que unos

perros vendidos que estarían encantados de masacrar al pueblo si no fuera porque la Corte no se atreve.

—A fe mía —replica un hombre— que es él quien les impide atreverse a tal cosa, a todos esos cortesanos granujas. Es el mejor que todos ellos, así que mejor que se quede y que todos los demás se vayan, si así lo quieren. ¡Venga, venga, desenganchemos la carroza!

La multitud grita: «¡Desenganchemos la carroza! ¡Desenganchemos la carroza!». La Fayette está al mando. Es amenazado. Está furioso, tanto como puede estarlo un rubio, pero disimula y se contiene. «¡Ah! ¡Has dejado que se vayan las tías! —le grita un hombre— ¡Pero no lograrás que el rey de vaya!». «¡No!, ¡no!», gritan las mujeres. Una muchedumbre de voces discordantes repite: «¡No!, ¡no!», en todos los tonos posibles. Se monta una barahúnda que aturde tanto como asusta. La tropa, por su parte, no parece dispuesta a obedecer a su estado mayor, que va de fila en fila sondeándola. Los oficiales transmiten la información a La Fayette que, tras escucharlos, va a hablar con el puesto de la puerta. Entonces, los gritos contra las tías fugitivas se multiplican y resultan grandemente maldecidas, lo que parece asustar más que todo lo anterior.

Así termina esta segunda tentativa. Luis se ve obligado a descender de la carroza y a regresar a sus apartamentos. Es entonces cuando pronuncia estas hermosas palabras: «Si ha de costar una sola gota de sangre, entonces prefiero no partir».

¡Los jacobinos le han evitado, esta mañana, una gran imprudencia! ¡Feliz desafortunado, si sus actuaciones secretas hubieran resultado siempre traicionadas con tanta exactitud! Pues está claro que tan sólo pretendía ir a Saint-Cloud para escaparse; sus falsos amigos lo están conduciendo a la perdición y, sin saberlo, a la propia. Sí, esto algo que ya está en marcha: los grandes, los nobles, los aristócratas de toda ralea están perdidos para siempre, no sólo en Francia sino en toda Europa; si no es ahora, en el mil setecientos, será en el mil ochocientos. El terremoto ha comenzado y va a iniciarse un nuevo orden de cosas, aunque los franceses sean aniquilados. Yo, el Búho Espectador ya no estaré aquí; pero, sea quien sea quien me sustituya, ¡haced justicia a todo lo que la previsión natural de las cosas me ha enseñado!

Así pasó la jornada del 28 de abril; Luis se enfadó mucho con los parisinos, así que resolvió, con mayor firmeza que nunca, abandonarlos. […]

QUINTA NOCHE

20 Y 21 DE JUNIO DE 1791

¡Ya llegó esa época terrible que va a preparar la del 21 de enero de 1793! Reinaba en la capital un profundo ambiente de control, desplegado por La Fayette, cuyo único plan, en ese momento, consistía en dejarse llevar por la inercia de las cosas.

A las nueve me hallo en el café Robert-Manouri. El jacobino, que desde entonces hemos rebautizado como el Maratista[38], llega a las diez y media con aspecto sombrío y pensativo. Pide una limonada y se pone a declamar contra La Fayette con un ardor que su refresco no logra templar. Le comento a Fabre, otro jacobino, pero más sosegado:

—¡Hoy pasa algo! ¡Nuestro *enragé* está bien furioso!

—No; yo vengo como él de una reunión de los jacobinos y todo está tranquilo.

Pero algo me dice que no es así. Salgo del café y me dirijo hacia las Tuileries, pero me detengo a la altura de los *Nouveaux Cerdeaux*[39]. Oigo como un movimiento sordo; veo a gente andando aislada pero a corta distancia unos de otros; también siento en mi interior un vaivén tumultuoso, como si la agitación de los que huyen me electrizara… ¿Acaso la parte física del hombre a veces sustituye a la moral?

Turbado por mil ideas confusas, escucho de repente un ruido procedente de la parte trasera de una gran barraca del *cerdeau*. Me acerco discretamente para examinar su origen y veo a un hombre con el uniforme de guardia suizo. Me entra miedo, pues, como dice el proverbio, son gente que no atiende a razones, y además, puede estar ebrio. Así que me alejo unos pasos para agazaparme tras otra barraca. Me mantengo ahí a la espera

durante un cuarto de hora, lo que sin duda hace que me pierda lo más importante. Por fin, el suizo sale de detrás de la barraca, donde hay un montón de paja, con una mujer alta y bien hecha, que lleva los ojos vendados. «Queda aquí —le dice con dureza, aunque en voz muy baja— hasta cuando yo estaré mucho lejos… ¡Y ten bien de cuidado!». Se dirige hacia el portillo, pero yo no lo sigo, pues albergo la esperanza de poder hablar con la mujer.

Y, en efecto, en cuanto el suizo llega al portillo, la abordo.

—Madame —le digo—, lo he visto todo. ¿Puedo serviros de alguna manera?

—Sí, pues me parecéis persona honesta. Ofrecedme vuestro brazo y portad este paquete que mi criado ha dejado caer al recibir un sablazo del suizo que acaba de marchar.

—Pero ¿os ha violentado?

—No os ocultaré lo que vos mismo habéis visto. Puso su bayoneta contra mi pecho, y yo cedí… ¡Andemos!

Me hace pasar por el mismo portillo por donde acaba de huir el suizo y, llegados a mitad de la plaza del Carrousel, un gran coche, que avanza poco a poco, se nos cruza delante. El criado de la dama desciende del mismo, se acerca a nosotros y toma el paquete. La dama me da las gracias y me ruega que me aleje, pues hay peligro. Sigo su consejo y cuando, un instante después, me giro para verla marchar, ya ha desaparecido. Supongo que ha subido al coche, pues no hay otro sitio donde ocultarse. ¿Quién es?, ¿de quién es el coche? Una palabra de más puede ser un grave error, hay que cuidar lo que uno dice. Tan sólo señalo que en ningún momento se ha quitado el vendaje de los ojos.

Regreso directamente a casa, enojado por no haberla incitado a aportar luz al asunto. Escucho un estrépito por el puente Saint-Michel, así que decido desandar algo del camino hecho para tomar la calle Gilles-Lecoeur, que me parece totalmente tranquila. En la esquina con la calle Hirondelle hay una mujer de vida alegre, madama de una casa, a la puerta de la misma. Me llama y yo le pregunto qué hace ahí a estas horas de la noche en una calle por la que no pasa nadie.

—¿De dónde vienes? —me pregunta ella.

—De las Tuileries, de la plaza del Carrousel.

—¿Eres uno de ellos?

—¿De quiénes?

—¡Venga! Ahora ya puedes hablar, pues ya debe de haberse hecho.

—Acabo de acompañar a una dama…

—¡Ah! ¡Eres de ellos! Estoy esperando a un suizo, que también lo es, el cual, para no tener que regresar al cuartel, va a venir a dormir aquí. Pero no conoce mi casa, tan sólo la calle. ¿A quién va a preguntar, a estas horas?

En ese momento oímos unos pasos procedentes del lado de los muelles. Doblo inmediatamente por la calle Hirondelle, pero me quedo escondido en el recodo que forma la antigua escuela gratuita de dibujo. Alguien llega: es el suizo, el mismo que he visto salir de detrás de la barraca. Sube a casa de la mujer y yo regreso rápidamente a su puerta. Hablan en voz alta. La mujer, que ha oído mis pasos, me lanza una mirada desde una ventana sin cruz que ilumina las escaleras. Hace pasar al suizo y regresa a mí. «Ya está instalado en la habitación con una chica, pero quizá tú estés igual de desamparado. ¿Quieres albergarte aquí?». Consiento y me hace el honor de cederme una cama en su aposento que, afortunadamente, no es la suya. Nos acostamos en silencio y en seguida me quedo profundamente dormido. Hacia las cuatro o las cinco, el ruido que hace el suizo al levantarse me despierta, pues su cuarto tan sólo está separado del nuestro por un fino tabique. Está hablando con la madama.

—Yo no he probado de tu chica nada: ¡yo ya he cenado otra ayer por noche que vale bien mucho más!

—¿Ya está todo hecho?

—¿Qué quieres tú decir?… ¡Si tú sabes lo que tú pareces que sabes, yo te corto a ti tu cabeza! ¿Tú sabes?

—¡No, no! —respondió la madama asustada.

—¡Tú haces bien de haber olvidado!

Y, a poco, el suizo parte. Me doy la vuelta, sin estar aún instruido de los acontecimientos. Tan sólo siento que se trata de cosa importante.

Huida del rey

La primera persona en dar la voz de alarma es la misma cocinera de la que ya he hablado anteriormente. A las seis de la madrugada, es decir, justo cuando yo salgo de la casa de la madama, la cocinera acude a su sección a declarar.

«A las once me encerraron discretamente en mi cuarto, usando la llave que yo había dejado en la puerta. Escuché entonces muchas idas y venidas durante hora y media. Reabrieron mi puerta sin que yo lo oyera, pues no me di cuenta hasta que volví a intentar salir. Me vestí en un abrir y cerrar de ojos y asomé la nariz fuera. Acudí al primer centinela que vi preguntando si había ocurrido algo. No sabía nada. Pero, al bajar a la galería, había mucha agitación. Incluso oí a alguien decir en voz baja: "Parece que el rey se ha marchado… ¿Pero dónde? Seguramente a Saint-Cloud". Instruida por esas escasas palabras, comprendí entonces porqué me habían encerrado; comprendí que el plan de fuga estaba perfectamente premeditado. Vengo a indicaros la hora: debió de ocurrir entre medianoche y la una, a juzgar por todo el ajetreo que escuché. Debieron de salir por los patios que dan al pasaje de las Tuileries hasta la calle Échelle, mientras otros coches circulaban por la plaza del Carrousel, para distraer la atención».

La mujer conjetura con gran acierto.

A mi vuelta a casa yo me pongo a trabajar, así que no me entero del asunto hasta mi primera salida, al mediodía. Y de cierto que no lo hubiera sabido hasta la tarde, de no ser por el alborotado cacareo de las lavanderas de mi calle; algunas palabras me llegan claramente: «S'ha largao esta mesma noche: el señorito y la señorita. El rey, la reina, madame Elisabeth y el delfín».

¡Ha ocurrido un acontecimiento de talla! Me visto y salgo. La mala noticia se confirma. Al otro lado del Pont Neuf y de la Vallée me topo con el astrónomo Lalande, pálido, deshecho. Concluyo que no es aristócrata. La consternación es general. Voy a las Tuileries, al Palais-Royal, vuelvo por la calle Saint-Honoré… Por todas partes destrozan los escudos de armas reales, incluso en las placas de los notarios.

Es pues verdaderamente este día cuando la monarquía ha sido aniquilada en Francia. ¡Siguen tres días de disturbios y agitación! Sin embargo, el 22 llega la noticia del arresto de Luis y de su familia en

Varennes. El centinela de Sainte-Menehould gritó al cochero: «¡Para, o disparo al coche!». Y Luis respondió: «En tal caso, parad». Lo encerraron en la habitación de un cabaré. Fue su primer calabozo.

SEXTA NOCHE

23 Y 24 DE JUNIO DE 1791

Durante los días 21,22, 23 y 24 tan sólo se pensaba en una cosa: en el regreso de Luis a París. ¡Pero qué regreso! Dos comisarios de la Convención, Barnave y Pétion, habían ido a Varennes a por él y eran ellos los que lo traían.

La tarde del 23 París ya lo está esperando, así que acudo, como todo el mundo, delante de la plaza de las Tuileries. Nos dicen entonces que no va a llegar esta tarde, y todo el mundo se dispersa. Sumido en mis reflexiones, camino por el lado de los Campos Elíseos, sin darme cuenta de que me estoy desviando. Paso ante la plaza donde estuvo el efímero Coliseo, fugaz obra del último y del peor de los Phelypeaux, ¡que tanto mal hizo! Canturreo repetidamente las palabras de un salmo: *Transivi, et no erat*. «He vuelto a pasar y ya no estaba». Más lejos paso por la plaza donde estuvo situado el jardín usurpado de la Pompadour. «¡Oh! ¡Cuántas glorias que ya no existen! —exclamo—. Todas las demás también desaparecerán». Llego hasta la verja de Chaillot y ahí, replegándome sobre mí mismo, me viene el recuerdo de una fiesta deliciosa que hice aquí con tres actrices y con mi amigo Boudard. Y recuerdo una cena más deliciosa aún con mi amigo Renaud y con la hermosa Deschamps, la heroína del penúltimo relato del XXIIº volumen de *Contemporaines*[40]. Me acuerdo entonces de *Zéfire*, obra de arte de la sensibilidad, y de *Virginie*.

En un momento dado, siento que me estoy perdiendo y decido volver: dan las diez. Voy siguiendo los jardines, la ruta más solitaria. Superada la calle de Marigny, modero mi ritmo. Veo a un hombre y a una mujer

sentados en un jardín, en el parapeto interior del foso, que los separa de mí. Ando hacia ellos sin ruido y, a la altura de los setos, me oculto a su vista.

—¡Qué terrible revolución! —dice el hombre— ¿Hasta dónde llegará? ¡Emigrar es abandonar la plaza al enemigo! Sin embargo, ¡si no emigro, me deshonro! Ya me han enviado una rueca[41]… He respondido que soy necesario aquí; aunque, finalmente, pensaba marcharme mañana, pero ahora que han traído al rey de vuelta, ¿quién sabe lo que va a pasar? De hecho, ¿cómo salir?

—Es que teníais que haber emigrado ya, Monsieur —respondió la dama —; no se regatea con el deber. ¿Qué hacéis pues aquí, con un rey endeble, más enemigo de vos que los propios demócratas?… ¡En fin, espero que perezca, puesto que lo han atrapado! ¡Pensad, Monsieur, cuán ventajoso resultaría para nosotros, y para todas las personas decentes, que rodara la cabeza del débil Luis! ¡Imaginad a toda Europa sublevada!, ¡a todos los reyes coaligados! A todos los soldados, incluso a los mercenarios, prestos a servirnos en nuestra venganza, como perros azuzados contra otros perros… Nuestra única esperanza de salvación reside en la muerte de Luis XVI. Mientras exista, mientras conserve una apariencia de autoridad, de libertad y de buen trato, perdidos nos hallamos, y las potencias no actuarán sino débilmente.

—¡Ah, Madame, qué poco las conocéis!

—Conozco a las potencias extranjeras mejor que vos, que esperáis su socorro para que os restituyan vuestros derechos. En realidad, se regocijan secretamente contemplando el lamentable estado de un imperio otrora poderoso y envidiado; acechan el momento más favorable para abalanzarse sobre nosotros y arrasarlo todo, nobles y campesinos.

—Desengañaos, Madame. Nuestra situación es terrible y si atendiera a la razón en vez de dejarme llevar por el odio, pasaría a engrosar las tropas revolucionarias.

En este punto la dama se incorpora con viveza y se va. El hombre la llama. Sólo logro escuchar estas palabras: «¡No, no! ¡No quiero volver a veros jamás!». Él la sigue y yo le grito: «¡Poco importa el motivo, pero haceos patriota!». Y me alejo con precipitación.

A cien pasos de ahí, cerca de la calle Faubourg-Saint-Honoré, me topo con tres mujeres, dos de las cuales parecen cargar con la más joven de ellas. Según paso, me llaman: «¡Buen hombre, ayudadnos!». «¡No, no, es demasiado viejo!», comenta la que están llevando en brazos. Sin duda, se trata de bribonas. Me estoy alejando cuando un impecable caballero pasa cerca de mí. Me giro para ver si las tres mujeres intentan atacarlo, cosa que no tardan en hacer. El hombre se detiene y yo me aparto. Entonces, la más joven empieza a quejarse: «Caballero, apiadaos de mí: vengo de Passy, con mi madre y con mi tía; en mitad de los Campos Elíseos unos golfos nos han atacado, y han intentado… han intentado… Yo me he defendido… y me han dado tal paliza… ¡que no me tengo en pie! Si moráis por aquí, ¿no podríais albergarnos? Pues nos alojamos en el suburbio de Saint-Marceau». El hombre consiente y entra con las tres mujeres en una puerta cochera cercana. Inmediatamente, llamo a la puerta, acude el propio caballero y le digo en voz baja: «¡Guardaos de vuestras peligrosas invitadas! Os prevengo que son unas picaras: os conviene mantenerlas vigiladas». Me voy y llego a casa a la una, sin toparme con ninguna patrulla.

Regreso de Luis

Al día siguiente, todo son rumores. Todos los jóvenes y hombres menores de cuarenta años están en armas. El fugitivo no va a llegar hasta la tarde. Me dirijo hacia la morada del caballero de la noche anterior. Pero antes de llegar, asisto al regreso de Luis, que ya es para mí un rey destronado. La Guardia Nacional forma, desde los bulevares hasta el palacio de las Tuileries, una doble fila, con las armas en reposo. Reina un profundo silencio, tan sólo roto por algunos insultos ahogados. Regresa, precedido de mil chismorreos falsos; se difunde el rumor de que sus cocheros son nobles encadenados, cuando no lo son. Así, Luis regresa a su casa, con la humillación de una jugada errada como único castigo. Pues no se le impone ninguna sanción, como dictaba la lógica natural de los hechos. La Asamblea Constituyente, fiel a los principios que decretan que Francia es una monarquía, excusa al monarca y cree ganárselo garantizándole toda

la consideración que aún resulte posible. A partir de ese momento, Lameth, Barnave y los suyos cambian de principios[42].

Mirabeau, el gran Mirabeau ya no está entre nosotros, desde principios de abril. ¿Qué hubiera hecho de haber estado presente? Basándonos en lo que se ha aireado tras su defunción, todo parece indicar que hubiera contribuido, con todo su poder, al restablecimiento de la monarquía y que hubiera acudido, para ello, a las potencias extranjeras; que hubiera paralizado la movilización interna, por lo que no habría guerra. ¿Pero hacia dónde hubiéramos derivado? Resulta fácil adivinarlo, con todo lo que sabemos ya sobre el carácter despótico y despiadado, cercano a la barbarie, del gran Mirabeau. Hoy en día sería nuestro cardenal Richelieu, y Luis XVI, como Luis XIII, no sería sino su Primer Esclavo. Lameth, Barnave y algunos otros pasarían a su servicio, en las nuevas circunstancias. La Fayette sería nombrado generalísimo, o quizá condestable. Pero Mirabeau se convertiría en el amo del palacio, y, sin el equilibrio que actualmente reina en Europa, en Pepino el Breve. El Orleáns, a todas luces, estaría perdido; Mirabeau no repararía en delicadezas para deshacerse de él. He tenido la oportunidad de conocer las interioridades de Mirabeau en vida, a través de uno de sus secretarios, muchacho de muchos méritos que él trataba como a un galeote.

Tras asistir a la entrada de Luis, regreso al suburbio Saint-Honoré atravesando la plaza ecuestre, hasta la casa del hombre que la noche anterior había albergado a las tres mujeres. El portero me recibe mal, pero finalmente acaba lanzando un silbido. Un criado acude a buscarme al pie de las escaleras y me lleva hasta su amo, que hace gala de gran severidad: «¿De qué conocíais a las tres mujeres de anoche?», me pregunta. Le cuento lo que me dijeron y lo que escuché después, y cómo, viendo que lo abordaban a él, creí mi deber advertirle.

—¿Nunca las habíais visto antes?

—Nunca, que yo sepa al menos.

—Pues sabed que se trata de damas respetables a las que, aparentemente, no os habéis dignado a socorrer. Pues, ¿quién sois vos?

—¿Y quién sois vos mismo para interrogar con tamaña insolencia al *Paysan perverti*?

—¡Ah, lo conozco!… Bueno, parece que no desempeñáis ningún papel en todo esto. Porque si fuerais uno de los secuaces de la Revolución, yo mismo os…

Dejando la frase sin acabar, me conduce en persona hasta unas escaleras ocultas. He de admitir que en ese momento me creo perdido. Pero hay que avanzar. Bajo hasta un jardín y el hombre me conduce hasta su final, abre una puerta que atraviesa el foso hasta los Campos Elíseos, recuperando así la libertad. A la luz del día reconozco al hombre como aquel cuya conversación con una dama escuché ayer según regresaba de mi caminata nocturna por la verja de Chaillot. Posteriormente, recabé información al respecto y supe que las tres mujeres estaban en realidad disfrazadas, que venían a esperar el retorno de la Corte y que dijeron lo que dijeron para que yo no sospechara nada.

SÉPTIMA NOCHE

16 Y 17 DE JULIO DE 1791

[…] Ley marcial

Desde la huida e intercepción de Luis, una fermentación sorda agita los espíritus. Los jacobinos y sus jefes quieren la República; pero carecen de medios para lograr que se declare[43]. A través del Club de los cordeleros promueven una petición que ha de ser firmada en el Campo de Marte, en el altar de la patria, el domingo 17 de julio. ¡Pobres ingenuos! Parecen ignorar que todas esas ceremonias de altar están bien para pueblos nuevos, aún aniñados por las supersticiones… Tanto La Fayette y Bailli por un lado, como Lameth y Barnave por otro, desean minar y asustar a los promotores de esta iniciativa; tal vez incluso pretendan terminar con sus jefes. Así que premeditan la publicación y ejecución de la Ley marcial.

Pero Lameth y compañía, enemigos de La Fayette, no quieren que éste y su blanco caballo se lleven toda la gloria de la jornada. Para evitarlo,

parece ser que deciden sacrificar a dos miserables. Con la ayuda de sus agentes, adoctrinan a dos insensatos que, el domingo por la mañana, deben ir a esconderse bajo el altar de la patria. El asunto parece absurdo. Ambos hombres son tan imprudentes que se ponen a hablar en voz alta. Hubieran sido cien veces descubiertos por cualquier ciudadano, y lo peor que les podría haber ocurrido hubiera sido ser expulsados de su puesto. Pero no, los que los han colocado ahí quieren que perezcan de forma escandalosa. Así que envían a sus secuaces. Éstos excitan los ánimos del pueblo, o por lo menos de los peores elementos del pueblo, antes incluso de que hayan visto a los dos hombres. Los presentan como profanadores del altar de la patria. La gente se arremolina y los rodea. Son observados y escuchados, pues no intentan esconderse demasiado. Los sacan fuera del altar y se los llevan para colgarlos en el Gros-Caillou… ¡Tremendo alboroto y confusión!

Los partidarios de La Fayette, que no saben hacer otra cosa más que ir detrás del mal, pero nunca prevenirlo, se frotan las manos ante el suceso: «¡Tanto mejor para nuestra Ley marcial!». Lameth, Barnave y compañía, que creen que mediante esta treta van a evitar la realización de la petición en el altar de la patria, no se dan cuenta que se las tienen que ver con unos tozudos muy ciegos. Así que, lejos de evitar el triunfo del blanco caballo y de su jinete, logran asegurarlo.

Por la tarde, el Club de los jacobinos sale a la calle. El pueblo, que pensaba que la fiesta había sido suspendida, acude apaciblemente a curiosear por un lugar donde ha habido disturbios; donde, en una sola semana, se ha dado la ceremonia de renovación de la Federación y se ha colgado tumultuosamente a dos hombres. Los miembros del Club llegan, pero sin provocar disturbio alguno, y se instalan en el altar, como un escribano en su despacho. Sus partidarios suben a firmar, pues el pueblo no participa en el acto.

En ese momento aparecen unas autoridades municipales pusilánimes, marionetas de un blanco caballo que quiere exhibirse, seguidas de una Guardia Nacional devota de La Fayette, o de su caballo. Se anuncia una proclamación que nadie escucha. Nadie se mueve. Una cincuentena de aprendices de barbero, que acaban de darse un garbeo por los cabarés del Gros-Caillou, oyen decir que los guardias han llegado para impedir que se

firme una petición que desconocen. Así que se ponen a lanzar piedras a unos guardias que les resultan antipáticos y huyen. Algunos borrachos imitan su ejemplo, tanto de ataque como de huida. La guardia dispara y mata… a mujeres y a niños… a algunos ciudadanos apacibles que no saben hacia dónde huir y que tan sólo se han acercado hasta el lugar por tomar un poco el aire.

¿Cómo La Fayette, Bailli y las autoridades municipales no se han dado cuenta que las víctimas iban a ser personas inocentes?… ¡Ay, La Fayette!, ¡cuán culpable eres! Y tú, Bailli, ¡cuán débil eres! ¡Ay, autoridades municipales!, ¡no sois sino marionetas! He sido testigo de todos esos entuertos provocados por las intrigas y por los intereses de partido y siento una gran indignación. Pero no la dirijo, como hace el pueblo, hacia la Guardia Nacional. El pueblo parece un perro, que muerde el palo en vez de la mano que lo dirige.

Tras el ridículo y cruel suceso, y según regreso, tengo la fortuna de salvar la vida a un joven guardia, enfrente de la tienda de ropa interior del Palais-Royal. Se halla rodeado por un grupo de vendedoras de manzanas y de pescaderas, que lo están asfixiando. Un golfo de dieciséis años está a punto de asestarle una cuchillada, con el arma que le ha dejado una casquera. Pero logro retener su brazo y hacerme con el cuchillo, con el cual aparto a las mujeres y el joven guardia consigue huir sin mayor mal que ser llamado pipiolo. En cuanto a mí, mi viejo sombrero y mis botas claveteadas me preservan. En el primer respiradero que encuentro tiro el cuchillo de la casquera, la cual ya habla de sajarme el hígado, y me deslizo entre un grupo de recién llegados, con los cuales me confundo hasta que logro lanzarme al jardín del Palais l'Égalité.

Una vez dentro de un jardín que frecuento a menudo en mi labor de observador, busco los abusos que estoy acostumbrado a encontrarme ahí. En casi todas las arcadas, tipos muy mal encarados me invitan a sumarme a una compañía selecta (de jugadores). Un poco más allá, veo a una mujerzuela llevando a una muchacha apenas formada, pero encantadora, cuya flor y salud va a inmolar al vicio. Un instante después observo algo aún más horroroso: niños, de ambos sexos, en la edad de la inocencia más tierna, vestidos de forma provocativa, en manos de alcahuetas que profanan

su infancia y siegan su vida, de igual manera que la gula del hombre llena de terneros las carnicerías.

Me gustaría profundizar en este último abuso, que he abordado tan sólo de forma superficial en *Les Filles du Palais-Royal*, impreso por Guillot, el falsificador de *assignats* de Passy, decapitado el 27 de agosto de 1792, y vendido hoy en día por Louis, librero en la calle Saint-Séverin; pero, de momento, reenvío al lector a esta obra, que incluye una infinidad de detalles interesantes, aportados por la alsaciana carilarga, mujer de espíritu, que antes de ser alcahueta era amante de un obispo… Algunas muchachas, como ya comento en la obra citada, llevan a infantes con el único propósito de hacerse pasar por honestas madres de familia, cumpliendo así las ilusiones de viejos solteros hastiados. Pero otras prostituyen a estas tiernas víctimas entregándolas a Tiberios[44] modernos que tienen ese depravado gusto: niñas o niños, les es igual, sus excesos tan sólo piden que sean de corta edad. Sus inocentes preguntas los divierten, así como la impudicia que esta misma inocencia aporta a los tocamientos obscenos. Cuando sus sucias pasiones llegan al extremo de su excitación, utilizan sus bocas, en vez de los otros orificios aún prohibidos por la naturaleza. Empero a veces los fuerzan, lo que, en el caso de las niñas, a menudo provoca la muerte. En tal caso se paga por el infante, como se paga por un animal reventado por el agotamiento, un precio pactado con antelación con los padres y con la alcahueta, que al llevarse un porcentaje, le interesa sacrificar a los niños. ¿Y quiénes son las víctimas? A veces, simplemente, los hijos de una frutera, anfitriona de la alcahueta; o niños robados en su más tierna infancia; o niños encontrados o comprados a las personas más pobres de los arrabales: son vendidos a la mujerzuela que hace con ellos lo que quiere, sin verse obligada a rendir cuentas.

Este tráfico infernal ya existía antes de la construcción del nuevo Palais-Royal; constituía el grueso de los ingresos del ex-inspector de mujeres y tal vez aportara también no poco al teniente de policía. Era demasiado odioso para ser denunciado, sacado a la luz y castigado. Pero Mairobert, el censor que se mató en 1779 en los baños de Poitevin, lo conocía y fue el primero que me hizo sospechar de su existencia. Si no, nunca se me hubiera ocurrido investigarlo.

Así que cuando veo a un niño y a una niña llevados por una mujer alta bastante hermosa, los abordo. La mujer me pregunta si quiero subir; consiento. Llegados al entresuelo bajo las arcadas, me pregunta cuál de los dos infantes quiero… Y sin esperar mi respuesta, me detalla sus talentos lúbricos. Mientras habla, los desdichados se hacen tocamientos obscenos delante de mí, simulando jugar juntos. ¡El espectáculo me subleva, pero me doy cuenta hasta qué punto el proceder de la infame corruptora debe de excitar a los libertinos! Pues los niños exhiben sucesivamente todas las partes de sus cuerpos desnudos. Hay algo aún más repulsivo: que se ve claramente que los dos infantes no están jugando, tienen gesto aburrido, cansado, apenado. Cuando la mujer acaba de detallarme la carta, repite su pregunta. Le respondo que ya he visto bastante, que voy a pagarle. Le ruego, sin embargo, que me dé algunos detalles sobre su situación, que cuando le explique mis razones, quedará satisfecha.

«¡Bueno, bueno! Te he reconocido —me dice—. ¡Te he visto en casa de Saintbrieux! Eres buen chico, más tonto que malo: guardabas el zapato de una dama, que adorabas como una reliquia. Eres escritor, pero no haces tus libros, pues algunos me han divertido. Venga, pues he comprado estos dos niños a una… No, no quiero decírtelo, ¡aunque en la actualidad ya no corro ningún riesgo! Ves a esas cuatro mujeres que también llevan infantes, y hay otras que no están a la vista, pues bien: hay una que acapara a todos los niños encontrados que se exponen aquí. Tiene a una mujer que se dedica a eso. Los cría entre cabras, y lo hace tan bien que nunca pierde a ninguno. Cuando alcanzan la edad, es la que nos los vende a nosotras. ¡Es una mujer muy útil! Entrega a menudo unas arras a mujeres que están ocultando su embarazo a sus maridos y que acuden a su casa a dar a luz. Eso no es todo: evita que muchachas de familias de nombre, así como chicas del servicio, doncellas y cocineras, destruyan su fruto; lo retiene en su vientre y favorece el parto. Hay otras que compran hijos a pobres que no pueden alimentarlos, escogiendo los más lindos. Si entre los retenidos en los vientres de sus madres los hay que salen deformes, son llevados a la inclusa; pero tan tarde que suelen perecer todos. ¡A veces hay quien recorre, o hace recorrer provincias para conseguir infantes magníficos! Hay que ganarse a la nodriza para que venda al niño y haga creer al cura que está enfermo; ésta

desaparece, se entierran harapos y el cura certifica la partida de defunción. También aquí se realiza a veces ese pequeño comercio con sirvientas o gobernantas, pero no es muy común debido al riesgo. El niño enferma, parece languidecer durante algunos días y morir. Se entierran trapos. ¿Que qué se hace con esos niños?».

Entonces la desdichada me detalla horrores de los que ya he aportado un vistazo.

«Nos damos por satisfechas —añade— si, en su ímpetu, un cliente no nos rompe o no nos estropea a un lindo infante. Si un libertino le pega la sífilis, tampoco es tan grave: tenemos a gente para tratar esto. Cuando un niño nos sale un poco delicado, ocultamos los síntomas visibles para que nos dure seis meses o un año, durante los cuales le damos buen uso…».

No quiero, o no puedo, seguir escuchando: me encuentro mal, me siento desfallecer. Salgo, y como la mujer me tiende la mano, le doy, ya en las escaleras, un cupón de tres libras. Y me retiro, enfermo.

OCTAVA NOCHE

26 Y 27 DE SEPTIEMBRE DE 1791

Se está revisando la Constitución, a favor del rey, el cual reaparece en su trono con una nueva aureola de gloria. María-Antonieta saborea una alegría momentánea. Sin embargo, su corazón ulcerado no se contenta. Sus privilegios se los debe a gente que desprecia; a Lameth, al que aborrece, a Barnave, en cuyas rodillas regresó Madame Royale de Varennes, y a La Fayette, hacia el que siente una repulsión parecida a la que provocan los olores dulzones.

«¡Ah! —le decía a un ex-duque que le estaba comentando el aparente favor de esos hombres—, ¿acaso pensáis que pueda darse jamás acercamiento sincero o afecto hacia nuestros más mortales enemigos? ¡No, no, duque! ¡No nos son favorables y nunca nos lo serán!». Y su mirada perdida en el cielo, la retina húmeda, confirmaron su discurso.

Lo que es seguro es que si Luis XVI hubiera sido prudente, se hubiera conformado con las enormes ventajas que le concedió la revisión insidiosa y pérfida, aunque tal vez sabia, de nuestra Constitución. Pues tenía por objetivo el evitar la guerra. Luis debía utilizar con prudencia y sabiduría su poder de veto, sobre todo en el caso de decretos queridos por el pueblo. Desgraciadamente, unos consejeros insensatos, de ánimo exaltado y maligno, lo condujeron a la perdición a través de María-Antonieta, que era muy dueña de pensar lo que quisiera.

Pero, insisto, ¿cómo es posible que la estupidez cegara hasta tal punto, con sus torpes manos, a la alta nobleza? ¿No podía dejarse llevar por el gobierno de los cráneos privilegiados del tercer estado? —pues, en realidad, éste es quien gobierna desde hace tiempo—. El mayordomo, seducido por los espurios intereses de sus conocidos, influencia al ministro, quien acaba haciendo lo que place al tercer estado, por mediación de criados y amantes. El servicio es quien gobierna los asuntos públicos, manejados por agiotistas e intrigantes, influidos, a su vez, por los comerciantes y sastres que los visten. Así es como todo el cuerpo de comerciantes, sastres, peluqueros, libreros y, sobre todo, antiguos impresores; en fin, cualquiera que venda a los ricos y sólo a los ricos, compone la nueva aristocracia, si no de título sí de facto. Y si no fuera por la nula confianza que inspiran el inmoral d'Artois, el inconsecuente Monsieur, el ladino Calonne, el exaltado Bouillé, el inconsciente Broglio, el rey de Prusia, el Emperador y todos los extranjeros, ya hubiéramos visto a todas esas personas lanzarse a la cabeza de la contra-revolución. Pero esa masa reflexiva no se apasiona como la nobleza: razona y tan sólo dobla la apuesta cuando está segura de ganar. «¿Qué nos depararía con los extranjeros…?» se pregunta, y observa su conducta atroz, incivilizada, y opta por permanecer junto a una Revolución que detesta.

Estas son las verdades útiles que hay que decir, no las de Marat, cuya única política es «a la española», que consiste en tomar el atajo de exterminar, en vez de iluminar, como hicieron con los indios de América. Y, con todo, los españoles tenían más excusa: eran pueblos duros de reformar, tal vez nunca lo hubieran logrado, y de haber valorado sus razones, el copista Thomas Raynal hubiera visto que no intentaron lo imposible[45].

Marat debería saber que nuestros aristócratas de pacotilla y nuestros tenderos no son peruanos ni mejicanos; son gente que no sólo no hay que matar, pues son necesarios, sino que incluso hay que cuidar, pues refuerzan nuestras finanzas mediante su industria y nuestros ejércitos mediante buenos soldados.

Una vez revisada la Constitución, con la Asamblea Constituyente dispuesta a disolverse y la segunda legislatura ya nombrada, se produce como una especie de alto en la maquinaria política. Es el momento elegido por la estupidez aristocrática para poner en marcha un medio seguro de sacar a Luis del país. Todo está dispuesto. Lo atosigan un poco para forzar su indecisión. Se ha elegido cuidadosamente a ciertos miembros de la Guardia Nacional, se han confiado los puestos clave a nobles, ni siquiera la reina es informada de todo esto; va a partir sin previo aviso, con su familia, en otro coche. Pero no pueden evitar hacer partícipe de todo a un mayordomo real; éste no sabe muy bien qué pensar, así que envía a un emisario de confianza a advertir a La Fayette. El comandante acude inmediatamente y desbarata el complot. Ya no es favorable a que el rey se vaya. El propio Luis, en el colmo de la indecisión, se niega en ese momento a prestarse al operativo, e incluso reprende duramente a sus autores… Se comenta que Calonne y Bouillé están implicados en el asunto, y que el rechazo del rey les ha sentado como un jarro de agua fría.

En este caso, no he sido testigo ocular de lo relatado. Estaba ocupado en otros asuntos. […]

Velada en las Tuileries

Me dirijo a las Tuileries por el Pont Royal. Los instrumentos de hierro que me sirven para grabar en las piedras de la isla, alguna vez los utilizo para escalar hasta el jardín, cuando éste está cerrado. Elijo el lado de la terraza, donde no hay centinela, y paso sin obstáculo alguno. Hay gente. Me deslizo sin ser visto hasta la zona arbolada. Ahí es donde hay más gente, dividida en diferentes grupos, sentada en sillas en los sitios más cubiertos. No me atrevo a pararme ni a acercarme demasiado. Finalmente, logro

situarme detrás de un gran árbol bastante cercano al grupo más numeroso y en el cual se habla más alto; el tema de conversación son asuntos de Estado:

—Es peligroso —comenta un hombre— llamar a los extranjeros a Francia: ¡notad con qué alborozo han acogido la primera invitación!

—Pero, señor duque —replica agriamente una mujer—, y si no, ¿qué será de nosotros?

—¡Hay que arriesgarse, hay que sacrificarlo todo —dice otra mujer más joven— para restablecer nuestros derechos!

—¡Prudencia, prudencia! —recomienda otro hombre—. Su Majestad ya ha recuperado mucho terreno; ya llegará también nuestro turno…

Un hombre grueso se levanta para venir a orinar en el árbol bajo el cual estoy oculto. Afortunadamente para mí, una mujer le dice: «No os alejéis tanto». A lo que él responde, girándose: «¿No queréis perderme de vista?». Momento que aprovecho para alejarme discretamente, mientras ella le lanza una réplica que no viene al caso reproducir.

Se trata sin duda del grupo más interesante, pero resulta demasiado peligroso quedarse ahí. Así que me alejo hacia rincones más solitarios. Encuentro a una mujer alta, joven y hermosa que camina tiernamente cogida al brazo de un hombre, el cual enlaza su cintura.

—Debería estar ahí —comenta ella—, pues se habla de asuntos importantes; pero vos me hacéis olvidar el universo entero… Y sin embargo, ¡qué tiempos para el amor! ¿Estaremos en la víspera de una despedida…?, ¿o de una guerra sangrienta, tal vez…?

—¡Uno sabe cuándo sale de casa, amada mía —responde el hombre—, pero no cuándo va a regresar! Pero si partís, iré con vos… hasta el fin del mundo. ¡Pero sin vos, jamás!

Y la abraza. Ambos se sientan en una silla, que cruje; la dama se enfada y deciden sentarse en el césped, que resulta más sólido. Su conducta es muy natural, y lo que yo ando buscando no son los hechos ordinarios…

Me paro a meditar: está claro que algo se está tramando y tengo suficiente información para saber dónde instruirme. ¡A pesar de lo cual no me di cuenta de todo hasta bastante más tarde! Llegué a comprender que eran las mujeres las que empujaban a los hombres a emigrar, y que eran las que peor soportaban la Revolución.

NOVENA NOCHE

19 Y 20 DE JUNIO DE 1792

Ha pasado bastante tiempo sin acontecimientos de relieve[46]. Dos decretos presentados por la Legislatura han sido vetados por Luis, excitando violentas pasiones desde el mes de noviembre. Se trata de los decretos contra los curas refractarios y contra los emigrados[47]. Mientras, Duport-du-Tertre, el felón, elevado de su polvorienta condición a la eminente función de Ministro de Justicia, prevaricaba y engañaba a todo el mundo… Y ha sido finalmente castigado.

El 19 de junio por la tarde, salgo hacia las nueve y tomo una ruta que no he seguido desde el 26 de septiembre anterior. Paso por las calles Saint-André-des-Arcs y Mazarine, y veo frecuentes y numerosas patrullas, cuyo fin ignoro. Al poco me instruyo de que los suburbios Saint-Antoine y Saint-Marceau van a hacer al día siguiente una petición a la Asamblea, e incluso al rey, en el sentido de retirar ambos vetos. «Pedir no es violentar», pienso, y me tranquilizo. […]

Entro en el café Robert-Manouri, donde me dan más detalles de la petición en armas del día siguiente.

—¡En armas! —exclama un hombre— ¡Pero si está prohibido por decreto hacer peticiones en armas!

—Es para que sea más eficaz —responde un insensato.

—Va en contra de toda ley y buen gobierno —le replico— sustituir las razones por violencia, y el respeto al gobierno por la insurrección continua.

Me acusan de Feuillant. Salgo y me dirijo a las Tuileries. Todo parece tranquilo. Entro como lo hice en el otoño precedente, pero no hallo a la misma gente. Algunos hombres vestidos de negro se pasean solos o por parejas. No logro captar ninguna conversación, así que me pongo también a pasear. […]

No recuerdo si he comentado cómo salí del jardín durante la noche del 25 al 26 de septiembre. Lo hice gracias a una pértiga, que encontré por la

terraza; la coloqué fuera y me deslicé por ella. Pero esta vez es diferente: al no hallar pértiga alguna, busco otro medio para salir y avanzo hacia la puerta del palacio, enfrente de la gran avenida. Entonces sale una mujer que, al verme, me toma de la mano y me dice: «¡Bien, bien! ¡Muy bien! ¡Ni el propio diablo os reconocería!». Me conduce a través de los pórticos y me deja en el patio. No sé si debo esperarla, pero decido hacerlo. Al poco tiempo vuelve y me pone en las manos a un recién nacido. «¡Partid! ¡Rápido! ¡Que no llore!». Voy a preguntar «¿A dónde?», cuando un hombre también cubierto con un abrigo se me acerca, toma al niño y desaparece. Me alejo rápidamente, presintiendo peligro. Constato, sin embargo, que el hombre ha aparecido por el patio del Manège y que la mujer observa mi marcha sin decir ni una palabra… Regreso por la calle de l'Échelle.

Pretendido asalto a las Tuileries

Al día siguiente me despierta la inquietud que me suscita la petición en armas de los suburbios. Dejo mis ocupaciones habituales (como me veo obligado a hacer tan a menudo desde la Revolución) y acudo a las Tuileries. La numerosa comitiva, en la cual se han infiltrado numerosos bandidos disfrazados, porta a modo de trofeo unos viejos pantalones desgarrados y arrastra un cañón tras de sí. Me pregunto de repente si pretenden plantar un asedio. Como, en ciertas circunstancias, tengo el hábito de pensar en voz alta, un hombre me responde: «No, sólo es para quitarle a Su Majestad las ganas de cerrarnos las puertas y de alzar sus puentes levadizos…».

Pero entran sin hallar obstáculos, así que la comitiva pide audiencia a la Legislatura, la cual no permite que hombres armados penetren en su seno, tan sólo admite una representación desarmada. Ésta asegura que viene en son de paz para dar a conocer al monarca los verdaderos deseos del pueblo con respecto a sus dos vetos. «Si, tras conocer nuestra petición, no la suscribe —añaden—, el turno de palabra pasará a los demás departamentos».

No se aprueba ni se desaprueba a la comitiva en armas; sin duda, la Legislatura teme comprometer a la autoridad soberana… En fin, cuando

llega la hora de hablar con el rey, una muchedumbre indisciplinada sube a sus apartamentos. Algunos mayordomos malintencionados y bandidos disfrazados derriban una puerta a hachazos. Luis aparece, sin inmutarse, imperturbable. Pregunta qué se quiere de él. Un orador toma la palabra para pedir la suspensión de ambos vetos. En este momento se verifica el dicho: *Vox populi, vox Dei*. Luis ya puede, sin comprometerse, levantar la suspensión de los dos decretos, pues ambos, desgraciadamente, son justos; tal vez no se ajusten a derecho, pero sí a las circunstancias. Ha pasado menos de un año desde que ha sucedido esto que estoy relatando, y los acontecimientos posteriores lo han probado claramente.

Luis promete examinar los decretos y satisfacer las demandas. He sido testigo ocular de todo esto, aunque no pude escuchar bien todo lo que se decía. Posteriormente, se ha publicado que se insultó al rey, que fue ridiculizado. Lo que ocurrió en realidad es que personas zafias, aún sin ninguna intención de insultar, se tomaron grandes confianzas con el monarca y lo invitaron a ponerse el gorro rojo, conocido como el gorro jacobino. Aún más (aunque en esto veo más cordialidad que otra cosa): le rogaron que se tomara un vino con ellos. A lo que él respondió alegremente, entre risas. Me parece admirable por su parte. De ninguna manera se faltó al respeto del jefe del poder ejecutivo; no se profirió injuria alguna contra su familia y todo el mundo se retiró a las seis, tras pasar cerca de tres horas en sus apartamentos.

No apruebo las formas adoptadas por esta comitiva; me parecen ilegales y nada razonables, se mire como se mire. Pero, en cierto modo, suponen un ejercicio de las relaciones legítimas entre el pueblo y el monarca. Admiro la sabiduría de la que hizo gala la Asamblea Constituyente, que, como un buen médico, no quiso aplicar curas prematuras. Sus sucesores no han resultado tan prudentes. El tiempo pronto nos dirá quién anda más acertado. En cuanto a mí, siempre indulgente con todos los hombres, pues yo mismo demando indulgencia, tanto me cuesta censurar como presto me hallo siempre a alabar.

Pero volvamos a los hechos. ¡Así fue la escena que luego se presentó por toda Europa como el mayor escándalo jamás acontecido!… Al leer todas las gacetas aristocráticas haciéndose eco del mismo, no podía ni

creérmelo: han sido Royou, Durosoy, Fontenay y demás nobles los que, posteriormente, crearon dicho escándalo, provocando con ello terribles catástrofes; pues yo no soy de ésos que se acostumbran a los horrores, ni siquiera a los necesarios… Es cierto que, en ese momento, regresé a casa casi satisfecho, pero ¡cuál hubiera sido mi desolación si hubiera sospechado los efectos de esta jornada!

Nunca he mantenido relaciones con la Corte, con magistrados ni con aquellos que gobiernan de una u otra manera: mi único voto constante ha consistido en vivir laboriosamente y aislado. Si observo a los demás, es para conocer el corazón humano y para recolectar los incontables acontecimientos que difundo en mis obras. Siempre me han horrorizado los espías, aun siendo necesarios, como el verdugo, que también lo es. Nunca he tenido relación alguna con esos seres abyectos, y siempre he preferido ignorar lo que ocurre antes que tener que transmitírselo a ellos[48]. Durante quince años, he dado trabajo a trece padres de familia, entre grabadores, dibujantes, impresores y encuadernadores, sin tener en cuenta a los libreros. He ganado dinero con mis obras incluso en Rusia; han sido traducidas en Inglaterra y en Alemania; estos son mis méritos ante mis contemporáneos y ante la posteridad. Nunca he mendigado, como D'***, pues he sido valientemente pobre, arruinado por quiebras y por las convulsiones provocadas por la Revolución en el mundo literario. Estoy enfermo y sigo trabajando. No me dedico a las gacetas, pues creo que todo lo que tenía que aportar ya ha sido dicho. Ahora me dedico a cultivar la antigua literatura. Sigo observando y la muerte, cuya cercanía noto, no me asusta. Todo lo que me sucede: la pobreza, las desgracias, las penas familiares tienen una ventaja: ayudan a morir.

DÉCIMA NOCHE

9 Y 10 DE AGOSTO DE 1792

Hemos llegado a esta noche memorable y terrible provocada por dos partidos opuestos. Noche que va a ser seguida de un día más memorable aún.

Una barrera de pañuelos

El 20 de junio se declaró el cierre de las Tuileries, así que el pueblo ya no podía pasearse por ellas. Al principio se aceptó de mala gana dicha prohibición. Poco después, algunos miembros de la Legislatura promovieron un decreto según el cual el recinto, los alrededores y las avenidas de la Asamblea Nacional quedaban bajo su vigilancia, mientras que la terraza de los Feuillants fue reabierta, permitiéndose el paseo por la misma, pero se invitó al público a no bajar a los jardines. Fue el propio público quien colocó un pañuelo a modo de barrera y quien se encargó de hacer de guardia de tan endeble muralla. Un anciano, queriendo o sin querer, bajó; se le señaló tranquilamente que estaba emigrando, que se dirigía a Coblenza, por lo que volvió a subir. Una distinguida dama también lo traspasó y, como se sospechaba que lo había hecho a propósito, fue abucheada. Quiso regresar, pero no le dejaron volver a pasar a la terraza, así que tuvo que ir a rogar a los guardias suizos que le permitieran salir por otro lado. Eso no fue todo. En breve, la gente fue prendiendo al pañuelo numerosas notitas llenas de violentos sarcasmos contra los reyes, contra el veto, contra la Corte y sus protegidos… No las voy a reproducir aquí, pues tampoco pretendo pavonearme de nada. De hecho, en cuanto las prendían al pañuelo, se acercaba un hombre a retirarlas, pues estaba realizando una recopilación de las mismas. Ese hombre algún día se convertirá en escritor y las publicará, como tantos otros, si es que no las ha publicado ya. No le recomiendo, sin embargo, que lleve su obra a Sautereau-de-Marsy, pues la recopilación corre el riesgo de quedarse corta y con más notas que versos. A lo lejos se podía ver, sin embargo, a gente paseándose por las avenidas, pero se trataba de mayordomos de la Corte.

Observando todo esto, yo me decía: «¡Se está fraguando una crisis violenta! ¿Cuándo estallará?» […]

Pero avancemos al 10 de agosto de 1792[49].

Salgo de mi casa ignorándolo absolutamente todo. Todo hombre laborioso y apacible vive en sensación de profunda seguridad, al contrario que el intrigante, que excita el terremoto que ha de engullirlo todo… Me encuentro, como en la noche del 20 de junio, numerosas y frecuentes patrullas. «¡Algo pasa! —me digo—, ¿pero qué?». Voy a informarme; cruzo el muelle de la Vallée, entro en la tienda del más famoso librero, el ciudadano Mérigot el joven. Ahí me entero que se teme que ocurran cosas durante la noche; que hay complots; que una parte de la Guardia Nacional está a favor del rey; que los marselleses, de nuevo en París, están en su contra, etc. Escucho todo esto y, como el cordero, que observa cómo se pelean perros y lobos, me inclino por los primeros. […]

Regreso a la una, evitando a las patrullas, que sin lugar a dudas me detendrían. Llego a casa a las dos y oigo tocar a rebato. De ser más joven, correría a informarme, pero me siento agotado.

Al día siguiente, el sonido de artillería me despierta temprano. Me llegan de la calle palabras de gente contando lo que ocurre. Así que me levanto y salgo apresurado… Llegado al final del Pont Royal, veo tiroteos. Intento informarme pero tan sólo recibo detalles confusos. Finalmente, acabo haciéndome una idea: la Corte, ante el rumor de que los suburbios van a enviar una nueva comitiva, se ha puesto a la defensiva; ha llamado a palacio a los nobles, vulgarmente conocidos como los Caballeros del puñal, y a todos aquellos con los que sabe que puede contar: cuenta con una parte de la Guardia Nacional, cuyo estado mayor le es fiel; con los guardias suizos, que ha apostado a su alrededor… También me instruyo que, mientras la Corte tocaba a rebato en Saint-Roch, para reunir a sus partidarios, los marselleses también tocaban en Saint-Sulpice, para reunir a los patriotas. Me cuentan que el suburbio de Saint-Marceau se había reunido con los marselleses en el Club de los cordeleros; que el batallón Enrique IV había apuntado sus cañones contra estos, pero que su comandante Carie acababa de resultar muerto.

Veo a guardias suizos degollados… a la Guardia Nacional reagrupándose… ¡Todo es muy confuso! ¡No concibo cómo, en la víspera de tamaño tumulto, estaba todo el mundo tan tranquilo! Me informo sobre la Corte. Luis y su familia se han refugiado en la sala de la Asamblea Nacional antes del primer disparo. Esto disipa algo mis temores con respecto a la salvación pública.

Así que sigo avanzando. Veo muertos apilados. Paso por el muelle del Louvre. Salen disparos procedentes de las ventanas de las galerías. Me pego contra un muro y veo cómo una mujer, que sale corriendo, es abatida a veinte pasos de mí. Veo también caer a un aprendiz de carnicero en el pasaje Saint-Germain-l'Auxerrois, a doscientos pasos de la columnata del Louvre, de donde procede el disparo. ¡Cuánta cobardía, de la que los Caballeros del puñal son los culpables! ¡Ay, qué sentido tiene tanta muerte inútil! ¿Acaso pretenden aniquilar a las clases populares? Sería una locura y una desgracia para ellos mismos… Echemos una ojeada imparcial sobre la insensatez de esta conducta. ¿Cómo se le ocurre a la Corte evitar la comitiva de los suburbios acudiendo a medios tan extremos? Son gente sin experiencia, sin conocimiento de la disposición del pueblo ni de sus propias fuerzas. Se diría que, en todo este asunto, la Corte tan sólo ha seguido los consejos de algún niño mimado y furioso, de mujeres desairadas o de afeminados más imprudentes que las propias mujeres. No se corrige ante nada, nada la instruye. Ha hecho falta que sus propios partidarios inconfesos masacren a sus cómplices…

¡Oh, mis conciudadanos! Todas vuestras desdichas tienen una causa: las vacilaciones de los que, en el fondo, temen los avances de la Revolución. Su incertidumbre les hace actuar de cara a la galería, al albur de los acontecimientos. Frenan su avance cuando lo perciben rápido y sencillo. Si los revolucionarios se irritan y les amenazan, ellos mismos hacen girar la rueda del carro de la libertad… pero lo retienen a la siguiente ocasión. De esta manera, siempre siembran el mal. Soy de hecho de la opinión de que, cuando un partido toma las riendas de una nación, todos sus miembros han de tirar hacia el mismo lado: los refractarios son todos merecedores de la pena capital, pues causan el mayor de los males: la división. ¿Era la nobleza un mal? No lo sé, no soy tan sabio como para decidirlo. Pero sí sé que ha

dividido la nación en dos partidos que ahora mismo, a 1 de abril de 1793, luchan encarnizadamente en nuestros departamentos costeros. ¿La nobleza hereditaria era pues un bien?…

Luis permanece dos días y una noche en el cubículo del *Logographe*[50] y en un aposento vecino. Tras lo cual es conducido al Temple[51]. Se nombra una Convención que sucede a la Legislatura y un tribunal revolucionario que se va a encargar de que rueden varias cabezas culpables, aunque tan sólo sea del crimen de división, siempre capital. La situación va a agravarse hasta tal punto que tan sólo algunos líderes son realmente conscientes de lo que ocurre.

Justo después de la revolución del 10[52], la Legislatura se declara incapaz de gestionar los asuntos públicos y decreta, apelando a su derecho, la convocatoria de una Convención nacional. En seguida se forman las asambleas primarias y los intrigantes no paran de agitarse; se nombra a los electores y, debido a los malos modos mostrados por las secciones, se produce mucho barullo. Una vez nombrados los electores, el nombramiento de los diputados conlleva una nueva agitación. París elige a sus diputados. Me falta distancia para juzgarlos: ¿cómo saber la bondad o maldad de un representante del pueblo antes de que finalice su representación? Quien juzga con excesiva premura, calumnia y no quiero calumniar, ni siquiera a Marat.

Pero durante estos nombramientos suceden cosas. Se derriban las estatuas de los reyes; ¡incluso Enrique IV, tanto tiempo idolatrado, conoce la misma suerte que los Luises XIII, XIV y XV! Se derriba la estatua del Luis XIII responsable de la masacre de los habitantes de Nègrepelisse[53], donde los hombres fueron colgados en los árboles de su jardín y las mujeres fueron violadas antes de ser degolladas. Donde se apilaba a los hermanos apuñalados y, sobre sus miembros aún palpitantes, se violaba a sus hermanas… Donde… ¿seré capaz ni tan siquiera de contarlo?… es necesario: ¡donde los soldados, cansados de violar, se hicieron sustituir por perros enormes…! ¡Y Luis XIII era hijo de un hombre cuya vida fue salvada por habitantes de Nègrepelisse! También se derriba la estatua de Luis XIV, a veces tan vano y otras tan digno, que vivió como un libertino y murió como un santurrón, parecido a Sansón, que hizo mayor mal en su

muerte que durante toda su vida[54]. También cae la estatua de Luis XV, que hizo de su Corte un lugar poco recomendable, tras haber convertido París en su harén… ¡Todo ha sido derribado! Las fastuosas inscripciones de Luis XIV han desaparecido y los bátavos han sido vengados. ¡Hay gran agitación! Pero de tal manera que puede pasar inadvertida a quien no quiera percibirla. ¡Y hay que decir que el cuadro que se pinta de París y de estos acontecimientos en las naciones extranjeras, e incluso en los departamentos, está horriblemente exagerado!

Mientras tanto, en el exterior sufrimos reveses terribles. Longwy es abandonado a los prusianos, quienes se amparan rápidamente de Verdun. En ambas ciudades se ve a ese estúpido Caballero[55] tender la mano para que se la besen los habitantes arrodillados… En este punto, puedo anticipar algunos acontecimientos: la guerra cambió de repente su curso. Las tropas prusianas se contagiaron de derrotismo ¡y Dumouriez tuvo en sus manos el poder para destruirlas! Pero no lo hizo; ¿por humanidad, tal vez? ¡No, Dumouriez desconoce la santa humanidad! Ya por aquel entonces, el muy pérfido iniciaba sus traiciones. Los prusianos se retiran, nuestras tropas entran en Verdun y en Longwy, pero sin gloria, pues nos las rinden. Y de esta manera, desde entonces el infame Dumouriez ha entregado Bélgica.

UNDÉCIMA NOCHE

28 Y 29 DE AGOSTO DE 1792

Visitas domiciliarias

Los comisarios de las secciones municipales han tenido una intuición clarividente ante la urgente necesidad de armas, que consiste en recoger todas las que permanecen sin uso entre las manos de los ciudadanos parisinos. Nos advirtieron pues que se realizarían visitas nocturnas a nuestras casas y que los registros iban a ser concienzudos. En realidad, no están siendo más que superficiales; sin duda por razones de cortesía, que sin

embargo pueden anular el efecto de la medida. Sabiendo que mi turno no llega hasta las dos de la madrugada, decido salir por la noche, aunque me advierten que están deteniendo a gente. No iba a ser mi caso. Regreso por las calles Dauphine, de la Comédie, Fossés-Monsieur-le-Prince (que aún se llamaba así), de la Harpe, plaza Sorbonne y Saint-Jacques. Es en la tercera de estas calles donde asisto a una singular escena.

Un jefe de patrulla, joven, fogoso y petimetre, resuelve convertir su pesada tarea de registro en un pícaro divertimiento. Para lograrlo, no escatima esfuerzos para visitar todas las casas de actrices, bailarinas y muchachas mantenidas. Acude a visitar a una actriz, joven y bella, que ha cometido la torpeza de albergar esta noche a un joven y adinerado inglés. El *englishman*, precavido por naturaleza, llevaba consigo cuatro pistolas, un fusil para él y otro de las antiguas *gardes-françaises*, que ha comprado para su criado. Éste, tan precavido como su amo, tiene además otro fusil propio. Cuando se produce la visita, ambos hombres se esconden, pero las armas tan sólo quedan ocultas bajo un cobertor, sobre una mesa de noche.

El petimetre: Mademoiselle, ¿tenéis armas?

La actriz: No, caballero.

El petimetre: ¡Ay!, ¡cómo mienten vuestros hermosos labios! ¡Tenéis las armas del amor!

Tras lo cual declara que ha de registrarlo todo, incluso la cama, que es una orden. La bella muchacha se indigna. El petimetre le sugiere que imite el decente pudor de Políxena cuando iba a caer bajo el cuchillo de Pirro. ¡La bella damisela está en un buen apuro! El petimetre decide ponerse un poco manos a la obra y alza el cobertor, cayendo las armas y la mesa de noche con gran estrépito.

El petimetre: ¡Ay, amiga! ¡Por lo que veo, no os contentáis con las armas del amor! Así que, o bien sois una aristócrata o una contra-revolucionaria. No puedo sino acompañaros al comité; así que vestíos, salvo que prefiráis venir desnuda… opción que no me parece muy segura.

La actriz, temblorosa, alega inocencia: asegura que esas armas no son suyas.

El petimetre: Comprendo; pertenecen a un aristócrata con el cual manteníais contactos íntimos cuando hemos aparecido. Podéis venir al

comité o bien librarnos al aristócrata… Mientras tanto, confisquemos las armas.

En ese momento, el *englishman* surge de un ropero.

El englishman: Yo, sire, en calidad de extranjero, reclamo mis armas, que son mías.

Un guardia: ¿Vuestras? Leed lo que pone en este fusil: «Regimiento de las Gardes-françaises». ¿Habéis sido acaso *garde-française*?

El englishman: ¿Yo? No, sire. Pero mi criado lo ha comprado a un hombre que aseguraba haberlo conseguido el 13 de julio de 1789 en los Inválidos.

El petimetre: No podemos dejároslas, *mylord*. Sois extranjero, calidad que tenemos en consideración, ¡pero tal cantidad de armas!…

El englishman: Sire, es que cuando uno va de visita a casas de muchachas…

El petimetre: ¿A casas de muchachas? ¡Si se trata de mademoiselle E. C.! Disculpadnos, *mylord*, por haberos molestado; tenéis dinero, sois libre. Nos retiramos y os dejamos a la muchacha… pero las armas, las necesitamos realmente.

El englishman: En tal caso, prefiero dároslas antes de que me las cojáis.

Se dan la mano. Se deshacen en excusas que acaban de agotar a mademoiselle E. C. Finalmente, se retiran.

Esta pequeña escena logra despejar un poco los negros pensamientos que, desde hace tanto tiempo, cubren mi alma. He de señalar que he podido entrar para observar todo esto porque el petimetre había dicho al centinela de la puerta que dejara pasar a todo el mundo.

Salgo y voy hasta la calle de la Harpe sin toparme con nada. Dando la vuelta por la plaza de los coches, veo bajar de uno de ellos dos grandes bultos negros vestidos de mujer. Se dirigen hacia unas casas más lejos y, tras asegurarse de que el cochero no los esté mirando, pasan por un portal abierto, que cierran tras de sí. Tras ser testigo de esta visión, se me ocurre ir a preguntar al cochero dónde ha recogido a esas dos enmascaradas. «A fe mía que lo sé y no lo sé —responde—; han bajado de otro coche, por lo que he podido ver, y, apenas han dado veinte pasos, cuando se han subido al mío». Dejo al cochero, sincero o discreto, y me dirijo hacia el portal, que se

vuelve a abrir. Salen dos jóvenes caballeros que bajan la calle de la Harpe hasta la plaza de la Sorbonne; entran en la misma y se dirigen hacia la calle cerrada. Me paro a un lado para ver en qué va a desembocar todo esto, cuando abren la calle y desaparecen. Llego a la calle Saint-Jacques por la des Maçons; el centinela de la calle des Mathurins no me dice nada. Al llegar a la esquina escucho ruidos y me detengo, incluso retrocedo unos pasos. La guardia está deteniendo a los dos caballeros por indicación del centinela. Son conducidos al Comité central, que los envía a los Carmes. Por lo que he podido saber después, se trataba de dos abates refractarios. ¡Lo que no sabían, los desgraciados, es que se les enviaba a una prisión de la que ya no iban a salir jamás!…

Se hace tarde, pero no me veo durmiendo en casa mientras espero la visita, así que vuelvo y me pongo a revisar unas pruebas. A las dos en punto escucho que entran en casa de mis vecinos. Voy a abrir la puerta y por fin hacen la inspección. No tengo armas, ni siquiera mi espada, pues un sobrino me la ha perdido. Apuntan mi nombre, mi edad y me preguntan quiénes viven en mi casa. Satisfago todas sus preguntas y se retiran.

Pero el sueño no pesa sobre mis párpados, así que decido volver a salir, caminar tan lejos como pueda sin ser detenido. Recorro libremente todo mi barrio. Veo pasar un coche con «curas ajuramentados» detenidos, disfrazados con toda suerte de vestimentas: de viajeros, de mujeres e incluso con uniforme. Pero el que más me impacta es una verdulera absolutamente creíble que posteriormente me entero que era un ex-canónigo de Notre-Dame. Su semblante de borrachín y su vestimenta resultan tan verosímiles, que no concibo cómo han podido descubrirlo. De hecho, me cuentan que no lo hubieran reconocido si no se hubiera producido un accidente de lo más divertido.

El marido de la verdulera regresó a casa justo durante la inspección. Era un mastuerzo poco avispado. Al ver a una persona con la ropa de su mujer, no dudó ni un instante de que se trataba de ella. Pero tenía una costumbre, cuando tenía ganas de risas, que consistía en decir a su mujer: «Jacqueline, agáchate para darme algo». Y su mujer, que sabía a qué se refería, siempre se agachaba. El canónigo también se agachó. Pero, cuando el mastuerzo fue a retozar un poco, ¡cuál fue su sorpresa al sentir y ver unos calzones negros!

Lanzó un grito. La guardia, que estaba saliendo de la casa, regresó. «¡Caballeros! —exclamó el mastuerzo— ¿Acaso habéis endemoniado a mi mujer, que ahora tiene el c… negro?». La examinaron… y descubrieron que se trataba de un hombre. La auténtica verdulera, que era una devota, acudió ante tanto jaleo y vio el pastel descubierto. Su marido la reconoció y, sin previo aviso, le aplicó lo que él llamaba el Golpe de Jarnac[56], lo que permitió a todo el mundo comprobar que la mujer no era una negra bajo su ropa… Se llevaron al canónigo disfrazado de verdulera.

Este es el relato que me hace uno de los guardias de la escolta, que acompaño hasta la calle de la Parcheminerie… Insisto en que, aunque se trata de anécdotas divertidas, de haber sabido su terrible desenlace en pocos días, hubiera resultado inhumano reírse. Un cura encerrado en los Carmes se quejaba a Pierre Manuel, el procurador municipal, que estaban pasando muchas penurias. «Todo acabará el domingo o el lunes», respondió Pierre. Así que parecía saber lo que iba a ocurrir.

DUODÉCIMA NOCHE

MASACRES DEL 2 AL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1792

El 10 de agosto ha renovado y finalizado la Revolución: los días 2, 3, 4 y 5 de septiembre la han cubierto con una sombra de horror. Pero hay que describir con imparcialidad esos atroces acontecimientos y el escritor ha de permanecer frío mientras hace estremecerse al lector. No debe dejarse llevar por la pasión, pues en vez de historiador, se convertiría en declamador.

El domingo salgo hacia las 6 o las 7, ignorando como siempre lo que está pasando. Me dirijo hacia mi isla, ¡esa isla de Saint-Louis tan querida por mí pero de la que he sido expulsado por un infame, que ha azuzado contra mí a los críos del populacho! ¡Ay, qué malvado puede llegar a ser el hombre carente de educación!

Camino con gran tranquilidad, evitando las miradas y no queriendo escuchar nada, a pesar de lo cual oigo a una criada diciendo a otra:

—¡Pero, Catherine, como que vuelven a tocar a rebato!… ¿A que hoy también van a darse barbaridades?

—Asín es, creo yo: el señorito ha cerrao tó a cal y canto… —responde Catherine.

Me alejo, sin querer escuchar. Pero no doy todo mi paseo; cruzo el puente Marie hacia el Port au Blé. Veo a gente bailando, lo que me tranquiliza. Llegado al gran cabaré de escaleras donde termina el puerto, también hay gente bailando. Pero un paseante exclama: «¿Queréis dejaros de bailes? ¡Bastantes bailes, de otro tipo, tenemos ya!». Los bailes cesan. Sigo caminando, con el corazón encogido, aunque sin saber qué está pasando exactamente. Sigo los muelles Pelletier, Gèvres, la Mégisserie o Ferraille y llego al café Robert.

Hay ahí un hombrecillo, de origen suizo pero nacido en París, que está enterado de todas las noticias de su barrio, que es la sección del Théâtre-Français. «Se está matando en las prisiones —me cuenta—; todo ha comenzado en mi barrio, en l’Abbaye[57]. Se dice que todo viene de un hombre que se llevó ayer a la picota, en la Grève, que dijo que se j… la Nación y otras injurias. La gente estaba fuera de sí y lo llevaron a la Comuna, donde lo condenaron a la horca. Pero antes contó que todos los prisioneros piensan como él y que, a no muy tardar, la iban a liar grande; que contaban con armas y que, en cuanto los milicianos salieran de París, los iban a soltar por la ciudad… Lo que ha hecho que hoy la gente se atropara delante de las prisiones, forzara su entrada y están matando a todos los prisioneros, salvo a los que están por cuestiones de deudas». Escucho al pequeño Fraignières conmocionado y aterrado; ¡sin embargo, como sabría más tarde, la imagen que me presenta está lejos de la realidad!

Tras leer los periódicos, le propongo regresar juntos, pues estoy asustado. «De acuerdo —me responde—, pero pasemos por l’Abbaye y luego os acompaño hasta vuestra casa». Salimos pues juntos. La calle Dauphine, que aún llevaba ese nombre, habitualmente muy bulliciosa, parece sumida en una especie de estupor. Llegamos hasta la puerta de la prisión sin obstáculo alguno. Hay ahí un círculo de espectadores; los asesinos están situados en la puerta, tanto por fuera como por dentro. Los jueces están en la sala del alcaide, a donde les llevan a los prisioneros. Se

les pregunta el nombre, se busca su historial y la razón de su condena decide su suerte. Un testigo ocular me ha contado que, a menudo, los asesinos del interior intervienen junto a los jueces. Les llevan a un hombre alto, con aspecto frío y serio, acusado de mala fe y de aristócrata. Le preguntan si es culpable. «No, yo no he hecho nada; simplemente han sospechado de mis sentimientos, y llevo ya tres meses encarcelado sin que hayan logrado probar nada en mi contra». Ante esta declaración, los jueces se inclinan por la clemencia, cuando una voz con acento provenzal grita:

—¡Un aristócrata! ¡A la Force!, ¡a la Force[58]!

—Sea, pues a la Force —responde el hombre—; ¡no voy a ser más culpable por cambiar de prisión!

El desdichado ignora que la consigna «¡A la Force!» pronunciada en la Abbaye, significa pena de muerte, de igual manera que el grito «¡Ala Abbaye!» proferido en otras prisiones envía al matadero. El que ha gritado empuja al prisionero hacia el portillo fatal. El primer sablazo lo sorprende, pero tras el mismo baja las dos manos y se deja matar sin hacer un gesto.

¡Imaginadme a mí, que nunca he querido ver sangre derramándose, empujado por el curioso Fraignières casi hasta debajo de los sables! ¡Me estremezco! Me siento débil y me echo a un lado. El grito desgarrador de un prisionero más sensible a la muerte que los demás me devuelve una saludable indignación que reanima mis piernas y me hace alejarme de ahí… No quiero ver nada más…

Ahora comienzan a matar en la prisión de Châtelet; la gente se dirige a la Force, pero yo no: intento huir de todos estos horrores retirándome a mi casa… Me acuesto…

El furor de la carnicería agita mi sueño permitiéndome tan sólo un reposo lleno de desasosiego, interrumpido a menudo por despertares sobresaltados. Pero esto no es todo. Hacia las dos oigo pasar bajo mis ventanas a una tropa de caníbales, ninguno de los cuales parece tener acento parisino; son todos forasteros. Cantan, rugen, aúllan. En medio de la algarabía, escucho: «¡Vayamos a los Bernardins!… ¡Vayamos a Saint-Firmin!» (Saint-Firmin es una casa de curas; en cuanto al primer lugar, ahí se hallan los galeotes). Algunos de esos asesinos gritan. «¡Viva la Nación!». Uno de ellos, cuyo repulsivo alma me hubiera gustado poder ver bajo su

execrable rostro, grita enloquecido: «¡Viva la muerte!». No es algo que me hayan contado, lo he oído yo mismo y me estremezco…

Se dirigen a matar tanto a los galeotes como a los curas de Saint-Firmin. Entre estos últimos se halla el abate Gros, ex-constituyente y, otrora, mi cura en Saint-Nicholas-du-Chardonnet, en cuya casa cené una vez, junto a dos damas de Auxerre; esa noche me reprochó el haber incluido en *La vie de mon père* comentarios de reprobación del celibato sacerdotal. Cuando llegan los asesinos, el abate Gros identifica entre ellos a un conocido:

—¡Ay, amigo! ¿Tú aquí? ¿Qué hacéis aquí a estas horas, eh?

—¡Oh! —responde el hombre—. Venimos aquí en mala hora…

—En el pasado me hiciste favores… ¿Por qué ahora te retractas de tu fe?

El hombre le da la espalda, como hacían antaño los reyes y Richelieu a sus víctimas, y hace un gesto a sus compañeros. Pero no lo apuñalan, el abate Gros tiene una muerte más dulce: lo defenestran… Su cerebro se desparrama de golpe, no sufre. Paso por alto la muerte de los reos, pues esos desgraciados ven abreviarse una vida que ni siquiera ellos van a echar de menos…

Pero antes, durante la noche, se ha producido otra escena de horror que no he visto, que ignoraba en ese momento, en los Carmes-Luxembourg. Ahí están encerrados los curas refractarios detenidos en Barrières, así como durante la noche de las visitas domiciliarias. El obispo de Arles también está ahí, ha acudido voluntariamente para consolar y animar a sus hermanos. ¡Y que nadie piense que, al relatar estos conmovedores hechos, estoy tomando partido por los curas fanáticos! ¡Son mis peores enemigos! ¡Son, a mis ojos, los seres más despreciables! ¡No, no, no los compadezco! ¡Han hecho demasiado mal a la patria! En el pasado, mediante su escandalosa conducta, que ha sacado de quicio al pueblo; después, mediante sus desmanes. Los deseos de una sociedad no son ni buenos ni malos; cuando una sociedad, o su mayoría, quiere algo, siempre es justo: aquel que llama a la guerra y a la venganza sobre su Nación es un monstruo; ¡aquel que quiere vengar a Dios y a su religión, es un sacrílego impío, un blasfemador insensato, que pretende erigirse en protector de Dios! Dios tan sólo ama una cosa: el orden, que es su forma de perfección. Y el orden se

halla siempre en el acuerdo de la mayoría: la minoría siempre es culpable, lo repito, aunque tenga la razón moral. Basta tener sentido común para darse cuenta de la verdad de estos razonamientos. Los curas se imaginan que su culto resulta esencial; se equivocan, lo que es esencial es la caridad fraternal. Y la incumplen incluso cuando dicen misa. Todo el mal, en este bajo mundo, procede de los tontos, de los que no saben razonar, de los espíritus falsos y tozudos, que es de lo que se compone la inmensa turba de tontos…

Pero volvamos a los hechos. Los asesinos irrumpen en los Carmes hacia las cinco. Los curas no sospechan la suerte que les espera y algunos se ponen a charlar con los llegados, que creen una escolta que ha venido a acompañarlos a su destino. Uno de los asesinos, sin duda arrepentido, ofrece al obispo de Arles ayuda para escapar. Pero éste no se digna a escucharlo. «¡Pero, señor abad, lo que le estoy diciendo va en serio!». Otro de los asesinos, que no ha escuchado el discurso, se acerca para divertirse cruelmente con su víctima, a la que toma por los cabellos, la peluca o la oreja: «¡Venga, venga! ¡Basta de niñerías, señor abate!» (frase célebre dicha a un abate falsario cuando subía a la horca). Esto parece irritar grandemente al obispo, que exclama: «¡Pero qué dices, canalla!» (esto me lo ha contado un testigo ocular). A modo de réplica, recibe un sablazo, que lo derriba, y es rematado en el suelo. Otro cura también trata a sus verdugos de canallas. Recibe más de veinte sablazos, sin dejar de repetir: «¡Canallas! ¡Canallas! ¡Canallas!». Dos o tres logran escapar, sin duda gracias a la buena voluntad de algunos asesinos.

No, lo repito: a esos curas, miembros inútiles, y a menudo peligrosos, de la sociedad, no son precisamente a los que más compadezco: no son inocentes. Atendiendo a principios, no ya revolucionarios, sino de derecho público de todas las naciones, uno no tiene derecho a oponerse si no es mediante la razón, y con antelación, a las decisiones y votos de la mayoría. Pero aún hay más: esos curas son culpables incluso atendiendo a su propio código religioso; según el Evangelio, no pueden emplear armas, ni siquiera para defender su vida ni sus dogmas. Nuestros curas han suscitado disturbios y han promovido asesinatos; son desalmados que Jesucristo, sentado a la derecha fulminante de su padre, castigará por sus abominables

crímenes. La ley tiene derecho a castigar duramente. Así que han muerto de forma justa, tanto a ojos de Dios, según su código y su fe, como de los hombres, según su derecho; tan sólo su castigo ha sido ilegal. Lo que no excusa a sus asesinos, que han subvertido, con estas masacres, todas las leyes sociales.

Los asesinos han estado en la Conciergerie y en la Force, llevando a cabo matanzas en estas dos prisiones, así como en Châtelet, durante toda la noche. En la Conciergerie ha perecido Montmorin de Fontainebleau, y tal vez también el Montmorin ministro. En esta noche terrible, el pueblo ha hecho lo que hacían los grandes antaño: ¡han inmolado, silenciosamente y bajo el velo nocturno, innumerables víctimas, tanto inocentes como culpables! ¡El pueblo ha reinado esta noche y, debido al horroroso sacrilegio de sus agitadores, lo ha hecho en déspota y tirano!

Pero, reposémonos un tanto. Nos esperan más escenas por la mañana del día 3 en la Force…

Me levanto, con la estupefacción del espanto. La noche no me ha recuperado, me ha inflamado la sangre. Salgo… escucho y sigo a los grupos que corren a ver los desastres, pues esa es la palabra que utilizan. Al pasar ante la Conciergerie veo a uno de los asesinos, que por lo que me dicen se trata de un marinero de Marsella y que tiene la muñeca inflamada de fatiga… Paso de largo. Hay pilas de muertos ante la fachada del Châtelet. Comienzo a huir… y, sin embargo, voy siguiendo los grupos de gente. Llego a la calle Saint-Antoine, al final de la calle de los Ballets, justo cuando un desafortunado carcelero, que acaba de ver cómo matan a su predecesor, en vez de pararse sorprendido, se da a la fuga a toda velocidad, abandonando su puesto. Un hombre que no es uno de los asesinos, sino una de esas máquinas que no piensan, como tantos otros, lo detiene con su pica. El miserable es atrapado por sus perseguidores y es masacrado. El de la pica nos comenta con frialdad: «Yo no sabía que querían matarlo».

Este preludio me ha quitado las ganas de seguir y me voy a retirar cuando soy testigo de otra escena: veo salir a dos mujeres, una que después conocería como la interesante Saintbrice, doncella del Príncipe real, y una joven de dieciséis años, Mademoiselle de Tourzel. Las conducen a la iglesia de Saint-Antoine. Las sigo y las observo todo lo que permiten sus velos. La

muchacha va llorando y Madame Saintbrice la consuela. Quedan ahí detenidas. Salgo al cabo de un momento y ya no puedo volver a entrar. Así que regreso al fondo de la calle des Ballets, donde veo a otras dos mujeres subiéndose a un coche y a alguien diciéndole en voz baja al cochero: «A Sainte-Pélagie[59]». No sé si me equivoco, pero creo que es el municipal Tallien quien da la orden.

Se produce entonces como una suspensión de las matanzas: algo pasa en el interior de la prisión. Ya me estoy felicitando porque todo ha terminado, cuando veo aparecer a una mujer, pálida como su vestido, apoyada en un carcelero. Le dicen con rudeza:

—¡Grita «Viva la Nación»!

—¡No! —responde ella.

La obligan a subir sobre una pila de cadáveres. Uno de los asesinos agarra al carcelero y lo aparta. «¡Ay! —exclama la desdichada— ¡No le hagáis mal alguno!». Insisten en que grite «¡Viva la Nación!», pero ella se niega con desdén. Entonces, uno de los asesinos se apodera de ella, le arranca la ropa y le abre el vientre. Ella se desploma y el resto la remata… Nunca me hubiera imaginado tamaño horror. Intento huir, pero mis piernas flaquean y me desmayo. Cuando recupero el sentido, veo la cabeza ensangrentada de la mujer… Me cuentan que la han lavado, le han rizado el pelo y la han plantado en una pica para llevarla de paseo bajo las ventanas del Temple. ¡Inútil crueldad, pues no podían verla desde dentro! La desdichada era Madame de Lamballe[60]. Según regreso, tengo la satisfacción de ver que conducen a Madame de Saintebrice a la casa de su familia con Mademoiselle de Tourzel. Tiemblan de los pies a la cabeza; lo acontecido a d’Agremont, a Laporte y a Durozoi tiene aterrorizada a la Corte.

Siguen produciéndose matanzas. Según regreso, un conocido de confianza me asegura que todos los pillos de París se han mezclado con los asesinos para ayudar a escapar a sus camaradas encarcelados: están dentro y fuera, de forma que se han hecho dueños de la vida y de la muerte. A veces, cuando coinciden varios bribones seguidos absueltos, y los asesinos se aburren de no hacer nada, esos miserables sacrifican a algún inocente,

engañando a los jueces, y así ha sido como varios patriotas han resultado masacrados.

Regreso a casa, sumido en el dolor y en el agotamiento; llevo tiempo sin disfrutar de un auténtico descanso.

¿Acaso he olvidado algo en lo referente a esa noche fatal y al día siguiente? ¡Lo ignoro! Me resulta demasiado doloroso rememorar esos sucesos tan atroces, ¡sin embargo ordenados por alguien, a sangre fría, a espaldas del alcalde Petion y del ministro Roland! ¿Quiénes lo han ordenado? ¡Ah, los muy cobardes se esconden! No osan mostrarse. Pero se les puede entrever a través del velo bajo el que se ocultan. Si creen que han hecho lo correcto, como insinúan sus portavoces, que salgan a la luz y presenten sus razones. ¡Lamentaremos su error o tal vez se aclaren los hechos!

¿Cuál ha sido pues el verdadero motivo de esta carnicería? Algunas personas creen que, en efecto, se ha hecho para que los voluntarios puedan partir hacia las fronteras sin dejar a sus mujeres e hijos a merced de los bandidos, que podían haber salido absueltos por los tribunales o que sus cómplices podían haber ayudado a evadirse, etc. He querido conocer la verdad, y lo he logrado. El motivo verdadero fue deshacerse de los curas refractarios; algunos pretendían incluso deshacerse de todos. Pero se sabía que aún persistía el fanatismo, por lo que tal ataque, dirigido única y exclusivamente contra los curas, sublevaría a ciertas personas. En cuanto a su deportación, lejos de cumplir con el objetivo de deshacerse de ellos, podía crear una situación aún más peligrosa que su permanencia en el país. ¿Qué hacer?: eliminarlos. Si hubieran podido hacerlo de otra manera, no los hubieran matado. Así que los mataron, y para distraer la atención de esta matanza ilegal, se desplegó todo el montaje de las prisiones… ¿Qué decir de un suceso tan horroroso? Pues eso, que fue horroroso. Pero lo que más nos aterra hoy en día, 11 de mayo de 1793, es ver que esas masacres… espantosas… ¡eran necesarias!, y que no fueron suficientemente amplias, suficientemente completas[61].

Un comisario del ejecutivo comentaba ayer: «He visto en Nantes a mujeres dando dinero a cambio de *assignats*, o a cambio de nada, a los

curas destinados a ser deportados; las he visto arrodillarse ante ellos y recibir su bendición. Así que le dije a un Guardia Nacional:

—¿Cómo podéis soportar tal cosa?

—¡Oh, oh! ¿Qué queréis? Está dentro de la ley.

—¡Lo lamentaréis! —y ya lo están lamentando.

—¡Diablos, lo que haría falta —prosiguió el guardia— sería meterlos en el barco de Agripina[62] y abandonarlos en pleno mar…!

Tal comentario casi me cuesta la vida. Sin su firmeza y mi ciencia con las armas, ¡me hubieran quemado vivo! ¡Ay!, he aquí la expresión maldita para los nanteses: "¡Lo lamentarán!". La conducta de esta gente es tal hoy en día que lo único que suscitan en todo corazón patriota es la rabia y el arrepentimiento de no haber llevado a cabo una mayor barbarie… ¡miserables!».

DECIMOTERCERA NOCHE

3 Y 4 DE SEPTIEMBRE DE 1792

La Salpêtrière

Me he recluido, el resto del día 3, creyendo suspendida la masacre, a falta de víctimas. Mas por la tarde me entero que estoy equivocado, que tan sólo se ha pospuesto durante unos instantes. Las historias que se cuentan me resultan increíbles: ochenta prisioneros de la Force se han refugiado en un subterráneo, desde donde disparan a los asaltantes, así que estos han decidido asfixiarlos con humo de paja humedecida, colocada en la entrada del túnel. Me dirijo al lugar. Se sigue matando, pero se salvan más vidas de las que se exterminan y me parece observar que es cierto lo que me han dicho: los pillos están salvando a sus camaradas. Pero otros actúan de otra manera: los falsificadores de *assignats* están masacrando a sus compinches, según fingen estar ayudándolos… En l'Abbaye, en la Conciergerie y en el Châtelet las matanzas se han detenido, pues no queda ya nadie.

Por la tarde, le toca el turno al Bicêtre[63]. Los encerrados en calabozos son sacados fuera pero no son juzgados con tanto detenimiento como en las prisiones ordinarias. Apenas se examina su caso, por dos razones: han matado al ecónomo al principio del asalto, por lo que carecen de acceso a los registros penales; además, se sabe que en general se trata de sujetos execrables e irrecuperables, así que son fusilados en el patio. Los prisioneros de la *maison de force*, que se halla en la planta baja, en el patio de los calabozos, intentan defenderse tomando armas, pero resultan exterminados. Esto es lo que ha ocurrido en una prisión, que nunca debería mezclarse con un hospital.

Pero aún queda una operación muy deseada por los miserables y los bandidos: me entero que la tienen reservada para el día 4, al regreso de Bicêtre. Todos los proxenetas de París y los antiguos espías se preparan para esta operación.

Hay una infeliz, la mujer de Desrues[64], que tras un largo periodo de calabozo, durante el cual no ha perdido el tiempo y ha tenido un hijo de La Dixmerie[65] (se dice), es condenada a recibir latigazos, a ser marcada en sus blancos hombros, como en tiempos de La Motte[66], y a ser recluida de por vida en la *maison de force* de la Salpêtrière[67]. Parece ser que es esta mujer el principal motivo de la expedición contra las féminas de este hospital. Se dice que es una intrigante, una malvada muy capaz de todo; que en un sinnúmero de ocasiones ha expresado su regocijo ante la expectativa de ver París bañado en sangre y que estaría dispuesta a prenderle fuego…

Lo que más me sorprende es que, si todo el mundo conocía este proyecto, por qué nadie ha hecho nada para prevenirlo: muy al contrario, al día siguiente, a las siete, los bandidos van acompañados por dos uniformados, para evitar tumultos, parece ser. Llegan al hospital: un civil comienza a gritar por los patios, desgañitándose: «¡La superior!, ¡la superior! ¡Hay que empezar por ella!». Esto no está planeado. Una vez presentes, la superior y las hermanas manifiestan los temores que les suscita este hombre. «Aguardad —dice un marsellés (ha ocurrido tal cual; me lo ha contado un testigo ocular)—, os libraré de él». Y le abre el cráneo de un sablazo, apartando después el cuerpo…

Una vez abierta la puerta de la prisión de mujeres, todas brincan de alegría (como ha ocurrido en un primer momento en todas las cárceles), pues creen que han venido a liberarlas. En este caso se sigue el registro, y son llamadas por orden de antigüedad. Se lee la causa de detención y se las va haciendo salir del patio, para ser ejecutadas en otro. La Desrues es la cuarta o quinta y la que advierte de su suerte a las demás, mediante horribles gritos, pues los granujas se divierten sometiéndola a indignidades. No se respeta su cuerpo ni una vez muerta. ¿Este comportamiento se debe acaso al horror por el crimen de su marido? ¡No! ¡Los bellacos de esta especie no sienten horror por el crimen, lo que pasa que han oído decir que había sido una mujer hermosa…! ¡Ay!, si la famosa condesa de La Motte también se hubiera hallado ahí, ¡qué no le hubieran hecho también! Cuarenta mujeres son asesinadas.

Pero, mientras en una parte del hospital se desarrollan estos sangrientos episodios, todo el resto es recorrido por los libertinos y los disolutos de Francia y de toda Europa. Para empezar, los proxenetas liberan a sus rameras: ¡menuda escena! Bien es cierto que no es sangrienta, pero nunca se ha dado nada más obsceno. Todas esas desgraciadas ofrecen a sus liberadores, y al primer llegado, lo que ellas llaman «su flor»… Pero apartemos la mirada de semejante cuadro y dirijámosla a otro, no más decente, tampoco menos inquietante ni más moral, pero que, por lo menos, no nos ofrece la repugnante imagen de una doble corrupción.

Los proxenetas y los zafios del populacho tan sólo entran en la prisión de mujeres. Pero otros libertinos, de paladar más delicado, aunque tal vez aún más corrupto, entran en el asilo de las muchachas de la casa, es decir, de las que han sido ahí criadas. ¡Todas estas desdichadas soportan una lamentable existencia en este lugar! Siempre en clase, siempre bajo la vara de una tutora, condenadas al celibato eterno, a una alimentación pésima y repugnante, no desean otra cosa que ser reclamadas por alguien para hacer de sirvientas o de aprendices de algún duro oficio. E incluso si su deseo se cumple, ¡no acaban ahí las penurias! A la mínima queja de un amo o ama tiránicos, regresan al asilo, a modo de castigo… ¡No es difícil imaginarse hasta qué punto su vida puede resultar apocada y desgraciada! Son pues estos seres degradados, que el abandono social ha envilecido, las víctimas

de la incursión de los especímenes más inmorales y perversos de Europa. Los libertinos recorren todos los dormitorios justo cuando las muchachas acaban de levantarse. Escogen las que más les placen, las echan sobre sus catres y gozan de ellas en presencia de sus compañeras. Ninguna de ellas es violentada, pues ninguna opone resistencia. Envilecidas como negras, obedecen al menor gesto… Las que más gustan, los libertinos se las llevan con ellos.

Algunos jóvenes honrados, que están ahí sólo como curiosos, protegen a algunas chicas y se las llevan, pero no precisamente a las más hermosas. Como entre las muchachas hay muchas hijas de parejas pobres, a menudo tienen hermanos en la ciudad o en el campo. Un muchacho cervecero del suburbio de Saint-Marcel recorre los dormitorios buscando algo. Por fin encuentra a una joven, sobre la que se ha abalanzado un grueso alemán. Como la muchacha ofrece cierta resistencia, el alemán la está amenazando con abofetearla. En ese momento, el cervecero se lanza sobre él y lo golpea con un palo corto. Todo el tropel de asaltantes se pone contra el chico. «¡Eh, diablos! ¡Que es mi hermana! ¿Acaso pretendéis que retocen con ella en mi presencia?». Tras lo cual, todo el mundo está de acuerdo con él y se la puede llevar.

Mi testigo presenció otra escena. Un aprendiz de carnicero persigue a una de las muchachas más lindas, la atrapa cuando intenta saltar por encima de un catre, la coge como puede, ella grita. El carnicero, sin pudor alguno, va a violentarla ahí mismo cuando ella se gira y exclama: «¡Oh, hermano mío!». El carnicero se para, vuelve a vestirse y se lleva a su hermana.

Mi testigo asegura que algunas otras chicas de los arrabales fueron menos afortunadas y no reconocieron a sus parientes más cercanos sino después. […]

Esta escena de las muchachas del asilo pone punto y final al saqueo de la Salpêtrière. Dejemos este desgraciado septiembre, que algún día será harto célebre.

DECIMOCUARTA NOCHE

5 Y 6 DE OCTUBRE DE 1792

Luis en la torre

Y a pesar de todo, la Convención Nacional avanza. Se puede a ver a Marat codeándose con Petion, a Collot con Mercier… mezcolanza expresamente prohibida por Moisés en el libro de los números; pero es cierto que no somos judíos.

Se había reparado que, desde casas vecinas al Temple, había mujeres con sombreros y hombres con aspecto y vestimenta del Antiguo Régimen que hacían señales a los prisioneros; que éstos recibían misivas dentro de los paquetes de la lavandera, etc. Para evitar mayores inconvenientes, la asamblea de la Comuna del 9 al 10 de agosto decide reubicar a los prisioneros. Se prepara la Torre del Temple y Luis es trasladado con toda su familia.

Este reforzamiento de las precauciones anuncia su suerte. Pero Luis, mientras tanto, se dedica a la lectura y se ha convertido en el maestro de su hijo. Lleva una intensa vida doméstica, que sería feliz sin la cruel perspectiva. Nunca ha sido marido y padre como hasta ahora. ¡Pero que nadie se piense, aristócratas o patriotas, que pretendo con esto excitar una estéril piedad por su suerte! ¡Ay, conozco demasiado bien la vanidosa naturaleza de la piedad de los hombres!, ¡y su parecer hace años que ya no me conmueve! Simplemente, cuento lo que hay. No lamento la suerte de Luis. Nunca he comprendido demasiado a los reyes, e incluso he escrito a alguien: «Que los reyes se apiaden de los reyes; yo no tengo nada en común con esas personas; no son mi prójimo. Mis lágrimas son para un amigo desdichado».

Luis entra en la Torre sin inmutarse aparentemente. El alojamiento no es malo: puede seguir viendo a su mujer y a sus hijos. Se ha hecho público el catálogo de su biblioteca; algunos títulos no son muy acertados, pero en conjunto, está bien confeccionada. Un día he ido a ver, por primera vez, el palacio del Temple convertido en prisión. Una vez examinado, un tumulto de pensamientos se arremolina en mi interior. ¡Qué profundas meditaciones

hubiera suscitado en mí hace diez años, sobre la inestabilidad de los asuntos humanos! La noche del 5 al 6 de octubre de 1792, todas se funden en una sola: la vanidad de la vida de los seres racionales e irracionales: uno, dos, tres, diez, quince, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta años de existencia al azar, otros ochenta y siete o cien años vegetando, tiempo durante el cual el ser se agita, como si fuera eterno… Estas son mis consideraciones. El dichoso vive de forma más deliciosa, pero su monotonía lo fatiga; el desdichado sufre, pero está continuamente agitado por miedos y esperanzas, por lo que vive más intensamente; a esto me refiero cuando digo que todas mis reflexiones se funden en una. Estoy persuadido de que la suma de los bienes y de los males siempre se iguala, en todas las posiciones.

Creía que la visita iba a provocarme una violenta sacudida, por lo que regreso un poco más insensible que nunca… Durante la vuelta, medito sobre la muerte, me transporto al después de la muerte. Y veo el vacío de la vida, salvo que haya sido violentamente agitada; tan agitada que genere en la imaginación de los demás hombres una existencia moral del ser desgraciado. ¡Ya no me apiado de Luis, mientras viva y sienta su infortunio! ¡Ay, infeliz!, ¿qué vida le queda? No ha puesto los medios para convivir pacíficamente con la Revolución; tal vez no fuera posible pero, en cualquier caso, ¿qué existencia hubiera tenido con la contra-revolución, bajo la vara de los vencedores? Henchido de oprobio y de desprecio, hubiera vegetado durante algún tiempo. […]

Termino así esta noche, aparentemente no muy interesante pero que nos conduce a ciertos acontecimientos.

DECIMOQUINTA NOCHE

25 DE NOVIEMBRE DE 1792

Acontecimientos de guerra

Lo que tenemos que contar aquí son todo prodigios; la historia del final de la campaña de 1792 puede ser bautizada como el Cuento de hadas de Francia… Longwy y Verdun son recuperados: es en Thionville donde se detiene el avance de los enemigos, donde comienzan los milagros para los franceses; y lo que pone colmo a su gloria es que dichos milagros tan sólo han cesado por la más cobarde, súbita e incomprensible de las traiciones: la de Dumouriez.

Wimpfen detuvo a los prusianos en Thionville, justo cuando estaban entrando en un país de abundancia que les iba a permitir recuperarse. Por otro lado, Dumouriez, Kellermann, Dillon, Valence y La Bourdonnais, ventajosamente acampados, contenían a Brunswick y a Cassel. ¿Dumouriez ya actuaba entonces como traidor? Parece ser que sí, pues tal vez hubiera podido capturar tanto a Federico Guillermo como a Brunswick. Dillon, por su parte, escribe a Cassel conminándolo a retirarse, y parece que le da la oportunidad para hacerlo. Se justifica entonces en París como que tal vez se respeta al prusiano con la idea de convertirlo en aliado. Pero puede que fueran los agentes de Dumouriez los que difundieron tal opinión. Fuera como fuere, el caso es que Federico Guillermo y Brunswick evacúan sucesivamente Verdun y Longwy, y todo el territorio ocupado de la República. Son perseguidos con desgana. Pero el bravo Custines se lanza con ímpetu, toma Spire, Worms, Maguncia, Francfort y hubiera tomado incluso Coblenza, Colonia y toda Alemania, si el sospechoso Kellermann lo llega a secundar. París está borracho de gloria…

Por su lado, Dumouriez —¡ay, el muy traidor ya!— acude a la Convención y promete pasar el invierno en Bruselas. Parte hacia allí. Con la victoria de Jemmapes, cae Mons; se entra en Tournai, cuya Gran Águila acaba de ser fundida en París.

Brujas, Bruselas, Malinas, Gante, Amberes, Namur, Lieja, país que ya es francés, Aquisgrán, donde se instaló Carlomagno, todo esto vuelve a reunirse con sus antiguos Estados hermanos, como por encantamiento.

Un pequeño revés: se pierde Francfort… Pero Dumouriez —¡ay, el muy felón!— se lanza hacia Holanda, toma Breda, Geertruidenberg y asedia Maastricht… Se corre la voz en París de que ha sido tomado. Ámsterdam va a abrir sus puertas…

Pero no olvidemos Saboya, que es incorporada a la República; el condado de Niza a la Provenza; se ataca Cerdeña. Todos estos éxitos son cuestión de seis meses. Pero detengámonos: una espesa nube se está formando en este momento sobre nuestra gloria. […]

DECIMOSEXTA NOCHE

25 Y 26 DE DICIEMBRE DE 1792

Salgo la tarde del 25, recordando que este mismo día de 1768 compuse dieciocho páginas en caja de mi obra *La fille naturelle*. Siempre recuerdo con honor los días de gran labor, pues los efectos permanecen. Me dirijo a mi isla, aun exponiéndome a ser insultado, para resucitar los recuerdos de un día como este de 1763, que pasé con Batilde, a quien yo enseñaba a leer y a escribir antes de su boda. Así que camino lentamente, protegido por el frío y por la oscuridad, que han hecho desaparecer a mis ridículos enemigos de mi querido lugar de trabajo, y al pasar bajo el balcón del antiguo hostal Lambert oigo a dos hombres hablando en voz alta:

—¿Es entonces mañana cuando acude al tribunal?

—¿Pero irá, acaso?

—Sí, o lo llevarán.

Este corto diálogo (pues ambos hombres pasan dentro) desbarata toda la magia de los pensamientos en los que estoy sumido. Inmediatamente me olvido de mí mismo para pensar sólo en los asuntos públicos.

Doy la vuelta a la isla. Conmocionado por mil ideas funestas, escribo en el parapeto, en el mismo lugar, restaurado, donde en 1784 escribí: *Dü boni! Sérvate in annum!*[68]… Abandono la isla y me dirijo al Temple, tomando las calles de Nonains-d’Hyères y de Jouy. Paso ante la puerta de Beaumarchais; cada objeto me trae recuerdos; en la calle Michel-le-Compte, paso ante la puerta de Marchand, mi antiguo censor; regreso por las calles de Versus y de Philippeaux hacia el Temple.

Han doblado la guardia. Reina en todo el barrio un profundo silencio. He venido hasta aquí para animar mis pensamientos: al envejecer, la imaginación se deseca. Observo la morada… Pero paso de largo. Tomo la calle de la Perle. Ahí, en el ángulo formado por esta calle con la del Chantier, encuentro a una mujer noble, a una hija alta y bella y a un muchacho de talla chata, frente a la Escuela militar. La madre, sentada en un banco de piedra, se halla indispuesta.

—¡Basta, mamá! —le dice la alta damisela— ¡Basta! ¡Se acerca alguien!

—¿Puedo seros de alguna utilidad, Mesdames? —les pregunto.

—¡Ay, sí! —me dice la damisela, que reconozco por haber visto en otras ocasiones, pero que no me reconoce a mí, no siendo una de mis amistad directas— ¿Queréis, caballero, dar vuestro brazo a mi madre por un lado?; yo la sujetaré por el otro.

Así lo hago. El muchacho me dice:

—¡Se lo agradecemos enormemente, ciudadano!

—¡Ciudadano!, ¡ciudadano! —rezonga la madre— ¿Por qué no llamar al caballero simplemente Monsieur?

—Mamá, es la costumbre —replica la damisela.

Caminamos pausadamente. Frente al palacio Cardinal, antiguamente llamado Soubise, la dama me dice:

—Monsieur, ¿creéis que mañana el rey acudirá al tribunal?

—Sí, Madame.

—¿Por qué lo creéis?

—Lo espero por su bien.

—¡Ah, no sois pues enemigo suyo!… ¡Sostenedme, os lo ruego!

—¿Yo, enemigo suyo? ¿Por qué iba a serlo? ¡Ay, bastante desgracia tiene ya de hallarse en tales circunstancias! ¿Quién, en su lugar, podría salir airoso? Está entre la pared de la ley, que él mismo ha jurado, y la espada mortífera de los asesinos… ¡Nadie está con él, ni los suyos ni los extranjeros! Es un terrible ejemplo para todo el mundo.

—¡Eso, eso! ¡Debería pasar a cuchillo a los Estados Generales!

—¡Basta, basta, mamá! —dice la damisela—. Ciudadano, desde hace algún tiempo, pierde la cabeza… ¡Disculpadla!

—Dicen que pierdo la cabeza porque, desde que el jefe de la nobleza está ahí encerrado, vengo todas las tardes a orar, a sufrir con él ante a su prisión.

—¡Madame, —le digo— calmaos! ¡No hay nadie más sensible que yo a las debilidades humanas! Las lamento e intento aportar consuelo… ¡Ay, cuánta es mi desdicha, no como la vuestra, sino por otras causas, pues todo lo tolero! Sois noble; conozco vuestros sentimientos; pero sois cristiana, pues venís a orar. ¿Conocéis bien la religión cristiana?

—La conozco como me la han enseñado.

—Pero ¿acaso la habéis aprendido en el Evangelio? Pues todas las demás fuentes son impuras.

—Algunas epístolas y evangelios he leído en mi Libro de Horas.

—Eso no basta: hay que acudir al Nuevo Testamento y leerlo de seguido, entero; y ahí veréis que el cristianismo es la religión de la dulzura, de la fraternidad, de la humildad, del desinterés; veréis que en los tiempos de los primeros cristianos, no hacía falta ser noble, incluso era menester renunciar a los títulos, para ser igual al prójimo hermano; que había que ser humilde, pobre, el último de todos, el servidor de todos, no mediante un vano ritual, como hacen los Papas sucesores de Pedro, sino de forma real. Leed el Evangelio: si tenéis fe en él, cosa que no dudo, veréis que es el libro más republicano y más demócrata que existe; veréis que los curas, por culpa de los cuales el infeliz de Luis ha perdido su corona, y tal vez pierda la vida también, son en realidad unos pillos, unos apóstatas, unos miserables o unos ignorantes…

En este punto la dama se suelta de mi brazo.

—¡Retrocede, Satán! —me dice— ¡Y no me tientes!…

Y se echa a correr con gran ligereza. La damisela, al despedirse, me dice:

—Ciudadano, ya os lo he dicho: pierde la cabeza, y nos tiene desesperados.

Se aleja, pero las sigo desde cierta distancia, para preservarlas de cualquier ataque. Entran en su casa y yo me retiro por donde he venido, por la isla Saint-Louis. La rodeo por la parte occidental. Suena la medianoche en la metrópolis. Me acuesto.

Al día siguiente, estoy en pie a las seis. Voy a apostarme en el pasaje. «¡Han de darse imperiosas circunstancias —me digo— para que yo abandone mi trabajo, que me es necesario para la subsistencia…! Pero puedo trabajar también aquí». Espero cuatro horas hasta que un afortunado azar me hace coincidir con un secretario de Monsieur de Liancourt, el exconstituyente.

Vemos pasar a Luis y nos vamos a la Convención, donde el secretario me introduce, así que puedo dar testimonio del interrogatorio a Luis. Escucho sus respuestas y he de admitir que hace gala de una sangre fría de la que yo hubiera sido incapaz. Hoy en día, ya se ha difundido sobradamente las preguntas que se le hicieron y sus respuestas, por lo que no voy a sobrecargar este volumen con ellas.

El resto de la jornada transcurre sin sucesos dignos de reseñarse, salvo tal vez que, llegado a mi sección, tomo la defensa de un buen ciudadano atacado por calumniadores; he de decir que sin gran éxito. Las secciones se hallan ahora dirigidas por agitadores, por alborotadores alentados por los necios.

Tras esto, me dirijo hacia mi isla. Me sumo en mis cavilaciones: «¡Vaya espectáculo he presenciado hoy! ¡Un monarca, antaño temido incluso por las potencias extranjeras, es citado como criminal ante los representantes de su pueblo, miembros del propio pueblo, electos, amovibles y que en breve regresarán a su condición de clase común! Mas mi profundo asombro no era compartido por nadie. ¡Todos mis co-espectadores observaban lo que estaba ocurriendo como si tal cosa! ¡Sin grandes emociones! Yo era el único conmovido, o si había otros como yo, lo ocultaban… No soy desde luego aristócrata, a pesar de la neutralidad de mis principios; tampoco soy ningún necio, al que todo asombra. ¿Por qué estaba pues emocionado? ¡Ay, es porque aún mantengo una sensibilidad que tantos otros han perdido!» […]

DECIMOSEPTIMA NOCHE

15 Y 16 DE ENERO DE 1793

Defensa de Luis

Desde que Luis compareció ante el tribunal de la Convención, no se habla de otra cosa que del proceso[69]. Abierto el plazo de presentación de la defensa, el anciano Malesherbes ha dejado su retiro para solicitar tan penosa misión, muy superior a sus fuerzas; Luis, por su parte, nombra a Target como defensor, pero éste renuncia; así que nombra a Treilhard y a Desèze, que aceptan. La defensa y el acusado se reúnen, se les comunica las acusaciones. Hace veinte años, Malesherbes hubiera sabido cómo plantear las cosas; en cuanto a Desèze y Treilhard, la cuestión los supera totalmente.

¿No es acaso de sus esfuerzos por restablecer su autoridad, de lo que se acusa a un rey cuyo poder ha sido regulado y disminuido? Nadie duda que hizo todo lo que estuvo en su mano, tanto pública como secretamente, para recuperar su poder… ¡Mas, si Luis es culpable de semejante cosa, es por error y por ceguera! ¡Por desconocer sus auténticos intereses, por no ver que tan sólo había una opción razonable, que consistía en lanzarse a los brazos de la nación y así reconquistar, mediante su franqueza y su celo hacia una constitución que lo protegía, como a todos los ciudadanos, lo que había perdido debido a los malos consejos de los ciegos y de los necios que lo rodeaban! ¡Por no haber adoptado medidas eficaces para conservar la paz exterior o para rechazar a los enemigos! Luis es culpable por desatino: por no haberse dado cuenta de la suerte que le reservaban los extranjeros; de que, favoreciendo el triunfo de sus hermanos y de la nobleza, se entregaba a los déspotas, que hubieran aniquilado tanto su autoridad como los derechos de los pueblos. ¡Ay, Luis, Luis!, vuestros intereses coincidían con los del grueso de la nación, y no os habéis dado cuenta de ello… Una vez hecha la Constitución y aceptada por vos, vuestro interés ya no era el de la nobleza, como tampoco el de vuestros hermanos ni el del clero; si vuestro sentimiento religioso os ha atado a los intereses de este último, habéis cometido un nuevo desacierto. El clero cristiano no ha de ser rico… Habéis visto cómo Catalina ha puesto a su clero en pensión, sin ser tratada de impía… ¡Ay, Luis, sois ciego pero no criminal!

Vuestro torpe, por no decir culpable, defensor, Desèze, no debería pues pretender lavaros de una falta clara y por todo el mundo conocida, pues a

buen seguro que no lo va a lograr. Ha de vindicar más bien lo que todos sentimos: nuestro interés político pasa por vuestra conservación; ha de derribar las argumentaciones de los que desean vuestra muerte, mediante razones claras, luminosas, que persuadan a toda Francia. Pero no es hombre para tamaña misión. Se requiere un genio, y no tenéis ninguno a vuestro lado. Imaginaos a Mirabeau, o incluso a Linguet, en sus mejores días, ¡y la Convención, y toda Francia, se estremecerían!… Pero los talentos a medias a veces pueden echarlo todo a perder… Pero estoy adelantando las reflexiones que hice durante y después de los discursos de Desèze.

El 16 de enero, salgo de casa con la intención de asistir al juicio y logro hacerlo. Lanzo una ojeada al vasto recinto que alberga a setecientos hombres sentados ¡y dispuestos a juzgar a un rey! Veo a ese monarca, otrora grande, presentado como criminal ante sus jueces. ¡Estoy asombrado! Pero, un instante después me digo: «Es un hombre ante otros hombres; es el débil ante los fuertes. Es un rey ante hombres que ya no quieren rey: les resulta molesto. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar?».

¡Todas estas ocurrencias me extenúan de sobremanera!… Para aliviarme, me zambullo en la corriente de los siglos: observo a los hombres de 1992 leyendo nuestra historia. Me esfuerzo por escucharlos, y los escucho. ¡La severidad de sus juicios me asusta! Me parece que unos nos reprochan nuestra falta de humanidad, mientras que otros, los extremistas, como los de hoy en día, nos aprueban. Creo entender que toda Europa se ha dado un gobierno nuevo, ¡pero leo, en sus páginas de historia, las terribles sacudidas que ha tenido que sufrir! Me parece oír a los lectores comentando entre ellos: «¡Qué afortunados somos de no tener que vivir en esos tiempos tan horribles, cuando la vida de un hombre no valía nada!». Pero uno de sus filósofos exclama:

—¡Tales sacudidas son necesarias, de cuando en cuando, para que los hombres puedan apreciar el valor de la tranquilidad, como es menester la enfermedad para valorar la salud!

—Mas ¿qué hubieras preferido ser —le responde uno de sus colegas—: el que sacude o el que es sacudido?

—¡No, no me hubiera gustado ser nada!, pero tampoco lo hubiera lamentado. El mal, una vez superado, si se ha sobrevivido, promueve el

regocijo…

—¡Ah, qué lindo es filosofar! —exclama un soñador, acomodado en un rincón— ¡Pero si habéis estado ahí! Sois los hombres de hace 200 años. Estáis compuestos de sus moléculas orgánicas, y estáis en paz porque dichas moléculas están hastiadas de la guerra. Pero volveréis a ella, tras un prolongado reposo…

En este punto, Desèze me despierta.

Tras su discurso, que escucho atentamente, se manda retirar a Luis y a sus defensores y reina una calma perfecta. No se ve atisbo alguno de esas grandes agitaciones provocadas por la elocuencia; el discurso de Desèze no ha conmovido a nadie, salvo a él mismo y a mí; ¡la pérdida de los grandes ejemplos, de las grandes ideas de interés nacional me afecta penosamente! Pues, en lo referente a los asuntos nacionales, como este juicio, no hablemos de un hombre, aunque sea rey; no hablemos sino de los intereses públicos. La compasión, la justicia misma; no, la justicia en sí, están ausentes cuando una nación cree ventajosa la destrucción de uno de sus cabellos. Así que salgo sumido en la pena, y al retirarme me digo: «Yo lo hubiera hecho mejor». […]

DECIMOCTAVA NOCHE

20 Y 21 DE ENERO DE 1793

En el Palais L'Égalité

Son alrededor de las cinco. Paseo tristemente bajo las arcadas, envuelto en mi abrigo, cuando veo, frente al n.º… a un hombre desarmado huyendo. He visto tan a menudo huir o perseguir a personas en los jardines de este palacio, que ni me inmuto. «¡He aquí otro infeliz!», pienso. ¡Lo que no sabía en ese momento es que estaba compadeciendo a un asesino! Algunas personas lo siguen a la carrera. Yo no digo ni palabra; tal vez hubiera podido colaborar en el prendimiento de Pâris, pero en ese instante yo aún

no sabía nada. Tan sólo cuando comienza a congregarse gente, me instruyo sobre el crimen. Pero me he fijado tan poco en el fugitivo, que no puedo ni señalar cómo va vestido.

Atiendo a los detalles del crimen: Pâris, un canalla, una mala persona (en este punto me solivianto: conozco ese tipo de hombres y, de haberlo sabido, lo hubiera detenido aún a riesgo de mi vida), acababa de comer en el restaurante de Février, donde se hallaba también Lepelletier. Cuando éste estaba pagando, el asesino se acercó a preguntarle si no era el miserable de Lepelletier. «Soy en efecto Lepelletier, pero no soy ningún miserable». Pâris le preguntó si acaso no había votado a favor de la muerte. «He creído que ese era mi deber, atendiendo a mi conciencia». Ante estas palabras, Pâris sacó un pequeño sable de debajo de su capa y le abrió el vientre a Lepelletier[70].

Me alejo, tras este triste relato, que no hace sino incrementar mi pena. […]

Vuelvo sobre mis pasos, examinando a todo el mundo, pues me parece que podría identificar a Pâris por su aspecto perdido. Según bajo al pasaje Valois, o de los Marchands d’Argent, veo a un hombre tomando el pasaje Montansier; me parece reconocer a Pâris. Lo abordo, fingiendo ser de provincias y le pregunto cómo llegar al Palais-Royal. Le doy conscientemente el tratamiento de Monsieur, para no irritarlo. Me toma de la mano, sin decir palabra, avanza hasta la entrada del pasaje y me empuja diciendo tan sólo: «¡Por ahí!». ¿Se trataba de Pâris? Así lo creo.

El momento ha llegado: ¡se ha pronunciado la condena! ¿Cuál es pues la causa de esta decisión, hasta hace poco considerada impropia a ojos de todos? Hela aquí: el pasado otoño se difundió un rumor según el cual Luis iba a ser sacado del Temple, llevado hasta el ejército prusiano, con la complicidad de Dumouriez, tras lo cual se entraría en negociaciones. Tal rumor había persuadido a los que deseaban creerlo. En cuanto a mí, suspendo mi juicio al respecto. Pero antes de que termine esta obra, dispondré de más información (pues los hechos funestos corren hoy como la pólvora) y comunicaré mi opinión.

Parece ser que lo que impidió que dicho plan tuviera éxito fue el propio Luis; había que matar a dos carceleros aparentemente incorruptibles. Se dice que Luis protestó, que dijo que si se vertía una sola gota de sangre iba a ser él mismo el que iba a gritar y a dar la voz de alarma a la guardia. ¡Hermoso gesto!, que si es cierto demuestra que Luis vale más que muchos reyes con feliz reinado… Parece ser que, al filtrarse esta información, la conducta de Dumouriez repeliendo al enemigo impuso sin embargo silencio. Se asegura que los partidarios de matar a Luis XVI lo son tras haber llegado a la conclusión de que resultaba imposible mantener su reclusión, pues siempre estaría dispuesto a ponerse al servicio de los planes de los que pudieran liberarlo, para ponerlo a la cabeza de las tropas enemigas y de los emigrados; que esta es la explicación del violento odio que los partidarios de su muerte profesan hacia los partidarios de su reclusión, a los que consideran auténticos contra-revolucionarios… Estas parecen las razones del terrible acontecimiento que voy a relatar. ¿Son verdaderas? Lo sabremos en breve. ¿Son suficientes? Ya he expuesto mi opinión sobre las leyes humanas y sobre las mayorías, que siempre hay que respetar. Así que callo.

El 20 de enero, después de comer, abandono el trabajo y salgo de mi triste morada estremecido de inquietud. Todo está tranquilo, como siempre y, en esta ocasión, ¡vaya si mi impresión es acertada!, pues a los agitadores de ambos partidos no les interesa agitar nada: los revolucionarios, indignados, desean que la ejecución tenga lugar; los aristócratas, también indignados, también la quieren, para indignar a toda Europa contra nuestra nación. El ciudadano pacífico, que siempre teme los disturbios y que compone la mayoría de la población, ¡no osa mover un dedo! He aquí una verdad que los jefes militares no deben nunca olvidar, y es que el grueso de una nación siempre está compuesta por hombres apacibles y cuando se saquea una ciudad, es a los inocentes a los que se está castigando.

Sigo primero mi ruta habitual: calle de los Noyers, del Foin, de la Harpe, de la Hirondelle, muelle de la Vallée, Pont Neuf, calle del Arbre Sec, Saint-Honoré y el Palais-Royal. Ahí, me detengo a escuchar. Se habla en todas partes del asesinato de Lepelletier por Pâris; mas casi no se habla de Luis. ¡Es algo que me asombra profundamente! Dejo el café de Foi y me

meto en el de Chartres, en la esquina de la Montansier. Hay las mismas conversaciones, aunque se habla un poco más de Luis. […]

Esta noche no me acuesto, pues debo acudir, con mi compañía, a formar fila en el bulevar a las cinco de la mañana. […]

Es hora de regresar a mi barrio, al que llego justo a las cinco. La gente ya se está reuniendo, así que voy a por mi pica y me integro en la fila, aun estando agotado. Nuestro capitán aparece a las seis. Cuando repara en mi palidez y en mis temblores, me envía a casa: «Estáis enfermo —me dice—; id a reposaros». Abandono la fila, pero sigo deambulando con mi pica, para ver lo que está pasando.

A las siete, estoy en el Temple. A las ocho, Luis sale. En este punto puedo aportar más detalles, que me ha confiado un testigo ocular.

Luis, tras escuchar la lectura del decreto, que lo condena a ser ejecutado, cena, se acuesta y duerme, e incluso ronca. Sin embargo, al quedarse un momento solo, tras la fatal lectura, mientras anda y desanda se le oye exclamar: «¡Ah, asesinos!, ¡asesinos!». Pide como confesor a un cura ajuramentado, que mora en la calle del Bac, lo que le es concedido. Se encierra a solas con él. Es el mismo cura que le ayudó a hacer el testamento, el 26 de diciembre por la tarde. Visita a su familia, pero no se despide de ella. Por la mañana, Cléri lo despierta, obedeciendo la orden de las autoridades municipales. Se levanta. Se presentan dos comisarios de la Comuna y Luis le pide a uno de ellos, Jacques Roux, que es cura, que se haga cargo de un paquete dirigido a la institución municipal. Jacques Roux responde:

—No puedo; me han enviado aquí para conduciros al suplicio.

—Es cierto —asiente Luis, y confía el paquete a otra persona, que lo lleva a su destino.

Parte a las ocho, en la carroza del alcalde Chambón, con la única compañía de su confesor. La víspera anterior, sus peticiones han sido rechazadas. Pasa por los bulevares, entre dos estrechas filas de Guardias Nacionales, que expulsan a todas las personas de los cruces. La carroza avanza lentamente. Llega a la plaza de las Tuileries, antes de Luis XV, a las

nueve y cuarto. Desciende del vehículo. Al pie del patíbulo, le atan las manos, pues cuando se guillotina no conviene dejarlas libres. Sube, redoblan los tambores militares; se adelanta para hablar al borde del patíbulo, que mira hacia el norte; los tambores se detienen un instante, pero el comandante general ordena que vuelvan a redoblar. Luis habla, mas tan sólo se llega a escuchar la palabra «perdono». A la orden, los verdugos lo conducen a la guillotina y, en un abrir y cerrar de ojos, deja de vivir[71]…

Luis no era un tirano cualquiera: había nacido en un trono. Culpable como rey, lo era infinitamente más como particular. Fue condenado como tal, por lo que hay una diferencia fundamental con respecto a Carlos I: éste murió como rey, mientras que Luis XVI ya no lo era. Muy a despropósito, Desèze y Malesherbes pretendieron defenderlo como rey. ¿Y qué si hubiera seguido siendo rey? ¡No se puede ser inocente cuando se ha contribuido a sumir a la nación en la anarquía y en la desgracia! Había cometido perjurio, ¡perjurio contra la Nación!; es el mayor de los crímenes. ¿Tiene legitimidad la nación para juzgarlo, ejecutarlo? Esta pregunta se responde por sí sola. La nación lo puede todo en su territorio; tiene el mismo poder que tendría todo el género humano si una única nación rigiera todo el globo, mediante un gobierno único. ¿Quién osaría entonces cuestionar la legitimidad del poder de todo el género humano? Es este mismo poder, indiscutible, sentido ya por los antiguos griegos, el que legitima a una nación a sacrificar incluso a inocentes, el que legitimó a Grecia a condenar a Arístides al ostracismo y a muerte a Foción.

¡Oh, gran verdad, no suficientemente sentida por mis contemporáneos, cuántos males ha causado tu olvido! Los emigrados, los curas, se han dedicado a calcular a qué condena se podían arriesgar, atendiendo a las leyes de los particulares, ¡y han clamado justicia contra la nación! ¡Y se han rebelado contra ella! Mas cuando se ha castigado con la muerte este nuevo crimen, el mayor de todos, se han atrevido a gritar «¡Bárbaros!».

¡Conciudadanos, plantead los principios verdaderos y ya no os apartéis de ellos! No confundáis los tiempos de revolución con los del apacible imperio de la ley. Y, sobre todo, no invoquéis, como hacen muchos hoy en día, contra la opresión la protección de unas leyes que no queréis reconocer; ¡es una pueril inconsecuencia! Si os situáis fuera de una ley que no

reconocéis, esta no os debe ningún amparo; ¡peor aún, os puede privar incluso de la aplicaciones de las leyes de la naturaleza! Son principios severos, pero justos.

Regreso estupefacto; como todo el mundo, sí, pues el estupor es generalizado. «¡No era sino un hombre!», razonan los pseudo-filósofos. Sea, pero ese hombre tenía una relación directa con todos los individuos de Francia: formaba parte de la intimidad de todos; su nombre resonaba sin cesar en todos los oídos; ¡un nombre al que se atribuía, desde hacía tiempo, todo lo bueno y todo lo malo que ocurría! Sea, no era sino un hombre, ¡pero que era el punto de unión de veinticuatro millones de hombres! He aquí por qué el estupor es generalizado. Mas Luis, justamente condenado por la nación, ya no es un simple criminal. Por fin puede atribuírsele el odioso nombre de tirano, y ha hecho suficiente mal para merecérselo. Soy un buen ciudadano, dulce, humano, no soy federalista, y menos aún anarquista, no soy un agitador. Aunque estoy convencido de la imperfección de las leyes humanas, siento que una sociedad no puede existir sin las mismas. Siento aún más: que no hay que cambiarlas sino con la mayor reserva; las sacudidas que producen su cambio siempre conllevan un mal real, y muy sensible, que consiste en despojar a los hombres de sus costumbres.

DECIMONOVENA NOCHE

27 Y 28 DE ENERO DE 1793

Visita nocturna al Palais L'Égalité

El 27 por la tarde, salgo hacia el Palais-Royal mas, al no hallar a nadie de los que a veces me retienen ahí, estoy a punto de marcharme antes de las nueve cuando de repente, veo llegar a la Guardia Nacional y apoderarse de todas las salidas. Al contrario que otras veces, dejan entrar, pero no salir. Me entero de que esta visita al Palais l'Égalité ha sido ordenada por el comité de vigilancia de la Convención, el cual acaba, por decreto, de

reducirse de veinticuatro miembros a los doce que lo componían en un principio. Los motivos, o pretexto: encontrar al asesino Pâris, que parece ser que se esconde aquí, así como sorprender en flagrante delito a todas las casas de juego y detener a emigrados o a personas sospechosas que se refugian en este centro caótico de la gran ciudad.

En principio, tampoco tengo ganas de salir: quiero ver el resultado de la visita. A Pâris no lo encuentran; o ya no está aquí o bien se ha escapado. Pero detienen a innumerables jugadores y a algunos emigrados. Mientras tanto, me quedo charlando con diferentes grupos de ciudadanos y ciudadanas que desean vivamente poderse ir a acostar. No caemos en ese momento en que se puede salir mostrando la tarjeta de ciudadano. Mientras, a cada instante asistimos a escenas nuevas y con dispar desenlace. Tanto los visitantes como los visitados resultan ser de todo tipo.

Hallan, por ejemplo, a un cura constitucional acostado con un mancebo de catorce años.

—¡Eh, señor cura, que ya podéis casaros!

—¡Es un quebradero de cabeza!

—Entiendo; no sois tan casto como para tomar a una mujer honesta…

Por otro lado, un enamorado clandestino ha seguido en secreto a su joven amada durante su paseo con sus padres, importantes comerciantes aristócratas de la calle Saint-Denis. Lleva el uniforme de Guardia Nacional, elegante, bien hecho; su aire guerrero seduce a la muchacha. Se conforman con verse un poco, pero en el remolino de gente, la muchacha pierde a sus padres y busca un rincón tranquilo para… perder otra cosa. Tras lo cual busca a sus progenitores y los encuentra gracias a las artes de los voceadores. ¡Oh, cuánto agradece el enamorado la iniciativa del comité de vigilancia! […]

Un joven, conocido mío del café, me aborda; ha recogido a dos mujeres extraviadas, madre e hija, que han perdido a su hermano y tío entre la muchedumbre. Siendo el joven de gran honestidad y escrupulosamente virtuoso, las damas se complacen de su compañía y le toman confianza. Se juntan con las otras mujeres con las que yo me hallo, formando una numerosa y tranquilizadora compañía. Nos ponemos a pasear. El joven

aprovecha una ocasión en la que me alejo un tanto, para presentarme y hablar de mis obras. Varias mujeres han leído algunas y las más jóvenes las han oído nombrar como obras peligrosas, lo que incrementa las ganas de leerlas. Al volver a acercarme, me sorprende el silencio general que se hace y la manera que tienen de mirarme. Una madre de familia me pregunta sobre mi moral. Respondo, explicando el respeto que tengo por el pudor de los jóvenes, ante los cuales nunca hay que permitirse discursos libres, y menos aún, equívocos.

—Pero ¿por qué escribís pues obras que las muchachas no pueden leer?

—Porque, Madame, no se ha de ser siempre joven e inexperimentada. En cuanto se casen, o cumplan los veinticinco años, pueden, incluso deben, leerme; porque en mis obras pueden aprender cómo ser felices en su matrimonio y todas las formas de seducción que despliegan los hombres; también pueden ver en ellas los castigos que acompañan a ciertos deslices… A las madres les resulta fácil impedir que sus hijas lean mis obras, y más fácil aún les resulta leerlas ellas mismas, a fin de digerir su moral y transmitírsela más depurada al corazón de sus hijas. Aún diría más: la lectura de mis obras le resulta útil a cualquier muchacha, pues necesita una instrucción precoz; mi moral es severa, aunque a menudo narre malas acciones. Pero más frecuente es que exponga buenas acciones, y esos relatos son siempre los más agradables a la lectura.

Tengo la satisfacción de escuchar a una madre de familia decir en voz baja: «¡Cuánta razón tiene!». Las muchachas vuelven a sonreírme, y los temores suscitados por mi nombre se disipan.

Nos hallamos ya en un extremo del jardín, por el lado de las galerías de madera, cerca del teatro, cuando súbitamente un hombre, sin duda pretendiendo escapar de una casa de juego, se precipita delante de nosotros. Nos espantamos grandemente, pues de haber caído sobre nosotros, podría haber matado a alguien… Nos quedamos mudos, ahí, mirándolo estúpidamente. Se mueve, así que vamos hacia él cuando, de las galerías, salen dos hombres que lo recogen y se lo llevan por donde han venido sin que nadie se lo impida, pues no vemos a ningún guardia. Nos damos cuenta de que podemos salir por ahí mismo, pero un centinela exterior nos detiene y nos pide nuestras tarjetas de ciudadanos. Sabiendo ya cómo salir del

lugar, regresamos dentro para advertir a nuestros codetenidos que aún lo ignoran. Aún permanecemos ahí una media hora más, tanto para que las damas vayan a buscar a sus acompañantes como para observar las detenciones de jugadores y de emigrados.

El aspecto de los primeros resulta inolvidable: parecen todos tipos hechos así a propósito; sus rasgos, la movilidad de sus fibras, todo parece dispuesto para expresar la pillería, mediante una contracción sin mirada, o bien para exhibir una alegría concentrada o para disfrazar su rabia mediante una máscara tranquila. Cuando los pintores dibujan a diablos, sin duda toman a jugadores como modelos. Hay entre ellos algunas mujeres. Una de ellas es hermosa; ¡pero qué tipo de hermosura! Más que inspirar deseo, inspira temor. Las demás tienen ese aire… inquieto de vocingleras quejicosas; aún peor, se diría, observando sus brazos, que las manos no pueden ser sino garras de arpías. Una muchacha de catorce años se halla envuelta en el jaleo con dos o tres jóvenes de su edad. Nos dicen que se trata de pihuelos entrenados para distraer a los jugadores, para engañarlos mediante su aparente ingenuidad, a veces mediante torpezas fingidas. Hay también un anciano, de blancos cabellos, aspecto venerable y honesto. Mi joven amigo, que ha acudido una o dos veces a su garito, aunque sin llegar a jugar, nos dice que no concibe cómo semejante bribón ha podido conservar ese aire de decencia. Parece ser que antaño llevaba una vida honesta, pero que se arruinó en una empresa disparatada, razón por la cual se convirtió primero en estafador y después en dueño de un garito de juego. Inspira confianza gracias a la bondad de su aspecto y por la aparente honestidad de sus planteamientos; no ha cambiado de tono ni de corteza y, aunque tiene el corazón emponzoñado, exhala sana moral, sin afectación, con una naturalidad muy seductora. Ese miserable podría escribir un buen libro.

Tras estas observaciones, y toda vez que nuestras damas y sus maridos ya se han encontrado, salimos mostrando nuestras tarjetas. Viviendo en barrios diversos, nos separamos casi inmediatamente. […]

Llego a casa a las tres de la mañana.

VIGÉSIMA NOCHE

26 Y 27 DE FEBRERO DE 1793

El saqueo de las tiendas[72]

Una sombría melancolía se ha apoderado de mí: a pesar de las buenas nuevas de los éxitos de nuestros ejércitos, me siento agitado y confuso. ¿Se trata de un presentimiento de las desgracias por venir? La ciudad está en el mismo estado que yo. Una horda de alborotadores se extiende por todas partes, enviada y pagada, según se dice, por los ingleses, o por la Corte de Inglaterra, que no es lo mismo.

Salgo hacia las cinco, un poco antes de que caiga la noche. Apenas he dado unos pocos pasos por el muelle, cuando veo la tienda de comestibles que está frente al puente de la Tournelle, asediada. Oigo decir que el pretexto es la carestía del jabón. Observo a las mujeres del pueblo parisino, de este pueblo bien diferente al del campo, pues ha sido envilecido desde antiguo; pues es oscuro y traicionero; pues el antiguo rico, según una nefasta costumbre secular, lo tuteaba con el gesto y el tono que se emplea con un perro… ¡observo a estas mujeres atacando con gran jaleo y destruyéndolo todo, sin pensar en el mañana!

Me viene entonces a la cabeza la siguiente reflexión: he aquí dos tiendas de comestibles atacadas, pues la de la esquina de los Grands Degrés también lo está siendo, aunque no le haya prestado atención. Se trata de agitadores que han venido a excitar a este pueblo imbécil, a estas mujeres chabacanas, agriadas por las penas y que no son capaces de distinguir sino el lugar y el momento presente, como los animales. ¡Que sienten hacia la tendera, que está mejor vestida, la misma envidia que siente la burguesa hacia la mujer del abogado o del consejero; y que ésta siente a su vez hacia la mujer del financiero y hacia la noble! La mujer del pueblo hace todo lo que puede por rebajar a la tendera a su nivel; no se da cuenta de que si ésta no está bien situada no podrá tener mercancía siempre dispuesta para la venta en su almacén; que sin almacén, la otra, la lavandera, se verá a menudo obligada a esperar a que vayan a buscar la mercancía; ¡que va así a

perder días enteros, tiempo y clientes!, ¡y que no tendrá pan! Pero nada de todo esto parece entrar en su estúpida sesera, ¡y los agitadores y los traidores que la azuzan se guardan bien de avisarla de que está actuando en contra de sí misma! Pero ¿cómo es que las secciones no se ocupan de esto, en vez de darle vueltas a tantas futilidades, en sus largas, aburridas y alborotadas sesiones? Pues porque las secciones están plagadas de agitadores…

Avanzo por el puente de la Tournelle. En la isla, las tiendas de comestibles aún no han sido atacadas, ¡pero en el Port au Blé, en la calle Mortellerie, todo es saqueo! Un miserable albañil sale de la tienda de la esquina de la calle Barres ¡con siete panes de azúcar! Lo hago detener por unas mujeres que le despojan de su botín…

Siempre he visto, pensado y escrito que el bajo pueblo, sin instrucción, es el mayor enemigo de todo gobierno. A él, a esos seres estúpidos, se dirige el agitador, disfrazado de uno de ellos. Tan sólo conozco un remedio a este mal, en un país donde mande el populacho; no se trata del reparto equitativo de las fortunas, eso es imposible pues habría que recomenzar a diario; se trata de la comunidad de bienes, tal y como lo proponía en 1782, en mi obra *Anthropographe*[73]. Tan sólo esta medida, sabiamente ejecutada y perfeccionada, podría conciliarlo todo. Si no se quiere aplicar, entonces hay que emplear la coacción contra el pueblo; y en tal caso, desaparece la igualdad, pues el pueblo jamás comprenderá que, en el sistema actual, donde todas las propiedades son individuales, los ricos son necesarios, pues son los acumuladores políticos. Que la mayor desgracia sería que todo el mundo viviera de manera disipada, no industriosa, como los antepasados de los pobres o como los pobres mismos; que en el sistema actual es necesario proteger la propiedad y tan sólo perseguir a las grandes fortunas en tierras, pues los que acumulan muchas dejan una parte inculta. ¡Esta es la gran y eterna verdad! Si otra persona que no fuera yo hubiera escrito el *Anthropographe*, yo lo predicaría de puerta en puerta, y lo presentaría a la Convención Nacional; pero no me gusta exhibirme.

¡Resulta imposible enumerar todos los abusos y crímenes cometidos durante el saqueo de las tiendas! Nuestros peores sujetos, reunidos por los

alborotadores extranjeros, ejercen el bandidaje como lo haría el ejército en el saqueo de una ciudad asaltada.

Me cuentan que, en casa de un tendero muy rico, pero que no quiere escándalos, entraron seis miserables, se cree que de su propio vecindario; tres de ellos burgueses y sus tres criados. Maniataron a su mujer, aún hermosa, y a sus dos hijas, de gran belleza, fruto de su primera esposa, a las cuatro columnas de la cama, y, tras saquear la plata (aunque dejaron los *assignats*), las violaron. Es decir, lo hicieron los tres burgueses, mientras sus criados permanecían ahí, sable en mano y pistola en cintura. Cometieron el crimen con miramientos que revelaban pasión, mas en presencia del padre y esposo, que también estaba maniatado. Repitieron tres veces, dejando descansar a sus víctimas y acariciándolas, a veces con suavidad y otras con ímpetu. Tras estas fechorías, las liberaron y las invitaron a tranquilizarse, tras lo cual se retiraron los primeros, sin dar la espalda, escoltados por sus criados, que empuñaban las pistolas y estaban dispuestos a disparar. Lo primero que hicieron la esposa y las hijas fue liberar al tendero, lo que permitió a los tres canallas huir. «¡Pues —dijo el tendero— no cuento a sus tres cobardes criados como hombres!». ¡Con justicia pues no se ha admitido a esta clase en la categoría de ciudadanos!

En otra de casa de tenderos, tres granujas atrajeron al matrimonio a su habitación, en el primer piso, los maniataron y les calentaron los pies para que indicaran dónde se hallaban todos sus objetos preciosos: oro, plata, *assignats*, lencería fina, encajes, vestidos de seda; todo se llevaron, y los dos desafortunados, que sin embargo sufrieron más miedo que maldades, fueron tendidos maniatados en su cama y ahí los dejaron.

No acabaría nunca de relatar sucesos de saqueo y canalladas, pero resultarían repetitivos. Prefiero referir ahora lo que he visto.

Durante esa noche, recorro las calles Saint-Antoine y los muelles Pelletier, de Grève y de la Ferraille; las calles Arbre-Sec, Saint-Honoré, la Nouvelle Halle, Jean-Jacques Rousseau, Verdelet, Vieux-Augustins, Petits-Champs, etc. En la calle Montmartre, veo salir del portal de una tienda asaltada a dos personas: una madre y su hija. Pero no son la madre y la hija del tendero; la madre es una antigua conocida mía, que desde su casamiento no había vuelto a ver sino una sola vez, en 1786; es decir, seis años después

de su matrimonio, que tuvo lugar el 11 de julio de 1780, como he grabado en mi isla.

—¡Eh, Madame!, ¿dónde vais?

—¡Ah, Monsieur! ¡Acorro a la sección, pues están asesinando al tendero en su casa, en el primer piso! Su mujer y su hija lanzan pavorosos gritos.

—Id pues, Madame; yo me quedo aquí. Voy a intentar entrar, en vuestro nombre.

Me dirijo a la casa, entro en la tienda y subo por la escalera interior hasta el primero. Al llegar a la habitación, veo a tres canallas que tienen preso al tendero, mientras otros tres contienen a su mujer, su hijo y su hija. Reconozco a uno de los canallas, empleado mío en el pasado. Me retiro hacia la puerta y desde ahí le grito: «¿Fulano? ¡Te conozco; estás perdido, tú y tus cómplices!». Y me precipito escaleras abajo. Escucho unos ruidos; se trata de la puerta de la escalera abriéndose. Al cabo de un momento, el hijo del tendero grita: «¡Monsieur! ¡Eh, Monsieur! ¡Han huido!». Vuelvo a subir y, en efecto, los seis bandidos se han marchado. Me dan las gracias como a un salvador.

Pero ¿quiénes son esos seis canallas? Seis obreros entregados al libertinaje, que aprovechan la ocasión para conseguir dinero fresco. ¡Tal es el funesto efecto de pagar demasiado a los obreros, en ciertas profesiones! El dinero fácil desata su libertinaje. Cuando llegan las malditas fiestas, exigen un sobresueldo para trabajar durante esos días, y al día siguiente se comen la gratificación y más. Se calientan el gaznate y sus brazos decaen; acuden a todos los medios, inclusive al crimen, para conseguir recursos. Ya lo tengo dicho: «No hay nada más inmoral, más poco razonable, que dos fiestas seguidas: ¡no digamos tres! Una fiesta en mitad de la semana, en una gran ciudad, es un día de desórdenes patrocinado por el gobierno y por la religión; ¡es un crimen de lesa sociedad!». Confiad en mí, que conozco mejor que nadie a la clase obrera. Todos los días me asombro de que los electores parisinos no hayan buscado, para la Convención, a los representantes más ilustrados de los obreros, artesanos, comerciantes, escritores; pues, si acaso existen, se trata de un fenómeno raro que merece ser conocido. Valdrían bastante más que los… tal vez no convenga

nombrarlos, a pesar de la libertad de prensa; atendiendo al proverbio: «Todas las verdades no son buenas para ser dichas».

Madame Chaillot (de la que acabo de hablar) regresa desolada con su hija; toda la guardia está de patrulla y en el cuartel tan sólo hay un centinela. «Ya está todo arreglado —le cuentan—, gracias a un feliz azar que nos ha enviado a este caballero». Les digo que ese feliz azar ha sido Madame Chaillot, a la que dan las gracias. Dejo a mi antigua amiga y a toda esa buena gente a las once y regreso.

Paso por la calle Sainte-Honoré, donde veo a una muchedumbre alrededor de la tienda de comestibles que hace esquina con la calle de las Poulies. Pero, lo que más me sorprende es ver a una dama elegante azuzando al pueblo a derribar las puertas. Me acerco a preguntarle la causa de su encarnizamiento.

—¡Pues cómo, ciudadano! —me dice— ¡Este hombre también tiene una zapatería!

—¿Madame es pues zapatera?

—No —responde secamente el hombre que la acompaña—, pero Madame no quiere que un mismo hombre desempeñe varios oficios.

—¿Monsieur es pues antiguo controlador gremial municipal?

El hombre y la mujer se alejan.

—Es algo mucho peor —me dice en tono alto un hombre que ha oído nuestra conversación—, ¡es un antiguo comisario! Es N… ch —pronuncia un nombre tremendamente conocido.

—¡Ah! —exclamo—, ya comprendo: Monsieur y Madame quieren volver al Antiguo Régimen.

Ante estas palabras, ¡hay que ver cómo corren N… ch y su mujer! Desaparecen en un instante.

Ya tan sólo me queda un encuentro más, que tengo casi ya en mi barrio: bajo el puente Saint-Michel hay un gran tumulto de gente. La puerta de la tienda junto al café-fonda está cerrada y delante de la misma hay un hombre solo y armado con un sable, que se defiende, pues es asediado cobardemente. Le escucho gritar: «¡Vaya! ¡Ya me estáis irritando un tanto! ¿Queréis apartaros y dejarme pasar?». Las mujeres le contestan con insultos y los hombres intentando atrapar el sable. Cuatro manos aferran su hoja, y

el hombre la retira, cortándolas. Entonces, desafiando a la muchedumbre de infelices auverneses, cegados por conseguir también su parte del botín, lanza mandobles a su alrededor. El populacho cede y le abre paso. Juega con el sable, sin llegar sin embargo a cortar a nadie, pero amenazando con partir en dos al primero que se mueva. Cuarenta hombres fornidos y furiosos se inclinan ante el verdadero coraje; las iracundas mujeres, una de las cuales recibe un golpe con el llano de la hoja, huyen las primeras. Tres hombres honestos se ponen del lado del héroe, para hacer número y el tumulto se dispersa. Felicito al bravo joven.

VIGESIMOPRIMERA NOCHE[74]

28 DE FEBRERO DE 1793

Devastación

Estamos en vísperas de los mayores males, que ya han comenzado en nuestra inopia. ¡Ay!, ¡el mismo día que nos llega una feliz nueva procedente de lejos, una desgracia se abate sobre nosotros en ese mismo lugar! El saqueo de las tiendas tal vez pudiera verse como un preludio de los movimientos de revuelta en los departamentos de la Vendée, del Loira Inferior, etc., pero no anunciaba nuestras pérdidas exteriores[75].

Justo cuando París parece recuperarse un poco, y las secciones acaban de comprometerse en la defensa de las propiedades, ¡un golpe inesperado, inexplicable, inconcebible, despierta el horror en todos los corazones! Un sábado, a las diez de la noche, ochenta hombres armados aparecen en la calle Serpente; veinte bloquean un extremo de la calle y otros veinte el otro. Llevan los uniformes de Dragones. Los cuarenta restantes entran en la imprenta de *La Chronique*, periódico de origen patriótico pero que en los últimos tiempos parece haber caído en manos sospechosas, pues se ha vuelto federalista; rompen los moldes, las prensas, el papel impreso, incluso

de otras obras, lo arrasan todo en cuestión de cinco minutos y desaparecen, bajo los gritos de un particular, al que retienen mientras dura todo.

Una comisión de la sección del Théâtre-Français ha constatado los destrozos. Va a ser difícil remontarse al origen de esta violencia; un particular de la esquina de la calle de los Mathurins conocía este proyecto de saqueo la víspera del mismo (pues ha alardeado del mismo). ¿Cómo podía saberlo? ¡No concibo la imprudencia de algunas gentes! Deberían avergonzarse, pues o bien previenen el mal, o mejor que se callen…

Mientras ocurre esto en la calle Serpente, o justo después, se repite en la imprenta de un hombre mucho más culpable, pues es un diputado charlatán y pérfido. Éste se ve obligado a huir, al escuchar amenazas. Logra pasar sin ser reconocido entre los devastadores, empuñando dos pistolas; y como teme ser identificado en la salida, salta por un muro del jardín.

Pankouke, dueño del *Moniteur*, así como Prudhomme, de *Révolutions*, logran evitar que se repita lo mismo armándose; el primero tiene incluso un cañón en su patio[76].

Mi sorpresa es pues mayúscula al pasar por la calle Serpente y encontrarla bloqueada. No sé a quién pedir información. ¿Por qué no se ha establecido que cualquier operación militar realizada de día, pero sobre todo de noche, en la República, haya de ser declarada al primer ciudadano que pregunte? Así sabríamos cuándo se trata de bandidos cometiendo un crimen, pues su falta de respuesta los delataría. El día del saqueo de las tiendas, un sargento de lanceros pretendía impedirme regresar por la calle de Vieilles-Étuves-Saint-Honoré. Me dijo con brutalidad que ya había pasado tres veces, cuando en realidad era la primera vez que aparecía por ahí. Y aunque hubiera pasado ya tres veces, ¿qué problema hay desde el momento en que voy solo y de forma pacífica? Pero el bruto no hacía más que repetir lo que decía también a otros; tan sólo quería disfrutar de su momento de autoridad, cebándose en alguien. ¡Aún quedan muchos detalles legales por establecer, para que los ciudadanos libres puedan disfrutar de su libertad! Así que paso de largo sin haber sido instruido de lo que ocurre, y no logro saberlo durante toda la tarde, al no regresar a ese barrio. Voy al café Robert-Manouri, cuya populosa parroquia lo convierte en un lugar tan entretenido como instructivo. Tras un breve reposo, voy al Palais l’Égalité,

salgo del mismo por la calle Vivienne y llego hasta la calle Saint-Fiacre. […]

Al final de la calle Notre-Dame-des-Victoires, cerca de calle Montmartre, en el lugar más solitario, me da por pensar:

—¡Ay!, ¡París está lleno de sujetos aún peores que los del Antiguo Régimen!… ¡Pero no lo echo en falta; había demasiados abusos!

—Menos mal que has añadido esas últimas palabras, viejo —me dice un joven Guardia Nacional bien armado—, ¡pues te estaba tomando por un aristócrata!

Me acompaña y charlamos.

—¡Nadie ha sufrido más que yo —le digo— los abusos del Antiguo Régimen! Tan sólo he vivido con libertad en París durante algunos años: desde finales de 1765 hasta comienzos de 1766; desde mediados de 1767 hasta el mes de abril de 1769. Y desde ese momento, la maza del despotismo cayó sobre mí y me persiguió hasta 1785. Todos mis días fueron intranquilos, todas mis noches agitadas; el mínimo ruido de una carroza deteniéndose ante mi puerta me hacía temer que Dhemeri viniera a prenderme. Y sin embargo, nunca imprimía nada sin el visto bueno de un censor. Pero en 1776 me convencieron de que el censor no preservaba de la Bastilla: el oficial Goupil, que tenía carta blanca firmada por Albert, teniente de policía, me hubiera detenido por *Le Paysan perverti*, si no llega a advertirme uno de sus satélites.

»El comisionado Demarolles y el oficial Dhemeri se habían convertido en mis mortales enemigos, debido a mi *Contreavis* a las personas de letras, respuesta al *Avis* de Falbaire, sobre el comercio librero, con el cual dichos subalternos pretendían hacerse de oro. ¡En 1783, traicionado por Terrasson, a quien creía mi amigo, vi de repente mi *Paysanne pervertie* impresa, con sus grabados y sus permisos! Condenado a mendigar, esperé dos años a un cambio en la administración. Por fin, Villedeuil sucedió al ávido Neville; y me adjudicó un censor muy diferente al vil y bajo Sanci, que fue nombrado en secreto censor de mi obra *École des pères*, y que la mutiló; se trataba del ciudadano Toustain Richebourg, tutor del marqués de Louvois, en

sustitución del pérfido Terrasson, así que mi *Paysanne*, así como mi existencia, fueron salvadas. Mis quebrantos terminaron: fui menos esclavo.

»Estaba disfrutando de mi nueva situación, cuando llegaron los problemas: primero fue el asunto del collar de la reina[77]; después el de los notables; luego Calonne[78], Necker; finalmente, la convocatoria de los Estados Generales, la Asamblea Nacional, la primera Revolución, la segunda y, en breve, la tercera. Todo se tambaleó, y perdí todo lo que tenía, debido a la desvalorización, a la caída de las ventas y de los lectores. Tuve que despedir a todos mis empleados y emplearme a mí mismo como autor, impresor, compositor, encuadernador, librero, cartelista y publicitario. Mas un hombre que desempeña tantos oficios a la vez, los desempeña todos mal, y eso es lo que me ha pasado. Estaba totalmente hundido, cuando en el mes de enero, un hombre generoso ha acudido a socorrerme. ¡Bendito sea! Se trata de Monsieur Arthaud, que conocéis…

»Pero no he hablado más que de mí mismo. Repasemos, a continuación, todos los abusos del Antiguo Régimen.

1.º — La Corte: su disipación, su inmoralidad, su mal ejemplo, su desprecio hacia el género humano, la baja nobleza y la plebe; los cortesanos concebían a la alta nobleza como la primera especie de simios; a la baja nobleza, como la segunda especie, es decir, como orangutanes; a la plebe, como cercopitecos o como los primeros de los cuadrúpedos.

2.º — Los ministros: su despotismo, su crueldad, su avaricia, sus rapiñas, sus devastaciones.

3.º — Los intendentes: peores que los ministros, pues al tener menos poder eran más vengativos y más crueles.

4.º — Los magistrados: bandidos insaciables, déspotas que tan sólo respiraban, pensaban, hablaban, escribían, leían, comían, bebían, dormían, acariciaban a una mujer, para hacer daño. No concebían a un ser humano, ya fuera joven o viejo, bello o feo, inteligente o estúpido, bueno o malvado, sino para hacerle daño. No ha habido nunca bestia feroz más cruel, más ávida de sangre, de lágrimas y, sobre todo, de dinero. ¡Mujeres!, ¡ay de

vosotras como les gustarais!, ¡no quedaba otra que echarse a temblar! Vuestra castidad era inevitablemente sacrificada a su lubricidad; cuánto más púdica fuera la resistencia, peor. Cuando escribo sobre esos miserables, no puedo evitar mojar mi pluma en la hiel; espero, estremecido, que nuestros nuevos jueces no se les parezcan.

5.º — Los chupatintas de toda ralea: ¡Ay, siguen entre nosotros!, ¡en este punto, la Revolución no ha cambiado nada! El codicioso procurador sigue existiendo bajo otro nombre. El execrable abogado sigue agitando la pluma y la lengua; hoy, como ayer, miente más que habla. El alguacil sigue explotando; sigue aprovechándose de los requerimientos, asignaciones y sentencias; ¡sigue embargando, vendiendo muebles y absorbiendo el precio en concepto de costes! Sigue prevaricando con los compradores, en las subastas públicas y en las ventas de bienes embargados, o tras las defunciones. Consultad mi *Thesmographe*, donde detallo todas estas pillerías; siguen ocurriendo de igual manera. No hemos aún logrado librarnos del yugo más pesado, de los bribones más peligrosos…

6.º — Los impuestos: son excesivos, si bien es cierto que estamos sufriendo una guerra terrible… Yo ahora pago setenta libras; antes pagaba treinta y seis soles como único impuesto, como adjunto de impresor. Ahora pago entre treinta y cinco y cuarenta libras por trabajar en mi casa. Cuanto más arruinado estoy, más pago. En los demás departamentos, la situación es parecida. Tan sólo los campesinos han logrado aliviar su carga, al librarse del diezmo. Pero este alivio lo es todo para ellos: supone la libertad, en vez de la esclavitud. Los habitantes del campo no han comenzado a ser hombres hasta la llegada de la Revolución, y, convendréis conmigo, lo serían en toda la plenitud de la palabra sin la presencia de los alguaciles y de los procuradores (estos últimos bajo otros nombres).

6.º*bis* — La caza: ¡qué monstruosos abusos imperaban antaño! Por complacer a un noble soberbio, necio y lleno de vicios, el campesino quedaba situado por debajo de las alimañas. Estaba obligado a dejarlas que devoraran sus cosechas, sin poder ni siquiera perseguirlas, pues el guarda de caza le decía: «Están en tus propiedades y ahí has de dejarlas; ¿o pretendes

conducirlas a las propiedades de otros?». De esta manera, se empeoraba la subsistencia del género humano y se condenaba a generaciones enteras a la desaparición o a la hambruna, ¡y todo por satisfacer el disfrute que hallaban los viles nobles cazando y comiendo a algunas bestias salvajes y devastadoras! Pero esto no era todo, pues el señor cobraba a los apacibles campesinos no ya sólo para mantener a los guardas de caza, sino también a los procuradores y a los bailes, forzados a comportarse de manera injusta para complacer a su señor, hacerle la corte y satisfacer su codicia o su maldad. Y mientras tanto, en nuestras obras de teatro a la italiana, el señor siempre era el bueno y el baile el malvado, la bestia negra, y jamás se mencionaba al procurador, que era la mano derecha del señor y frente al cual el baile nada podía hacer. ¿A qué se debe semejante arreglo? Preguntádselo, como hice yo, a Favart padre[79]. Pues se debe a que exhibir las fechorías de los procuradores hubiera supuesto lo mismo que exhibir las del susodicho señor; se debe a que de esta manera se hubiera puesto en clara evidencia su responsabilidad. Los abusos del Antiguo Régimen para con los campesinos eran tan atroces como anti-políticos. Pero había que alimentar a los señores, pues los reyes eran a su vez también señores; y participaban en cazas y en placeres aún más calamitosos que las de los propios señores, cuyo funesto nombre aún provoca estremecimientos.

7.º — Los curas: en esta denominación incluyo a todo el clero. El Antiguo Régimen, que pretendía hacer uso y abuso de todo, incluso de la superstición que lo sostenía, promovía neciamente la destrucción de esta superstición al favorecer el escandaloso enriquecimiento de los curas, de los obispos y de los abates. ¿Cuál era la razón? Pues que la Corte quería recompensar a estas alcahuetas y queridas, permitiéndoles vender beneficios. Que confiaba en la ceguera del pueblo, que estaba dispuesto a confiar tanto en un sermón del abate Mauri o del abate de Calonne, como en uno de un padre verdaderamente santo como el cura de Courgis. Confiaba más en los discursos de esos canallas que en los de un buen eclesiástico, pues los canallas nunca atacaban los abusos, sólo se dedicaban a espesar el velo de la superstición. Lo que, en un principio, podía parecer una insensatez, era pues en realidad una maniobra fina, pero por un tiempo; en

cuanto las luces llegaron a las ciudades, el cura cayó en el desprecio más profundo. Pero se sostuvo en algunos departamentos, sobre todo en los más aislados, como en la Vendée, el Aunis, la Saintonge y todo el antiguo Poitous. Mauri, Calonne y compañía aún deben de tener por aquellos lares gran predicamento, mientras que un cura sencillo y un poco cuáquero, como el bueno de Creuzot, cura de Saint-Loup d'Auxerre, sería maldecido, vilipendiado y desacreditado.

»La Corte se ha comportado pues con gran necedad, por basarse en personas con escasas luces. ¿Por qué hoy, 13 de abril de 1793, creo en la continuidad del nuevo orden, a pesar de los peligros inminentes que lo amenazan? Pues porque el restablecimiento del antiguo orden de cosas ya es imposible. La Corte, restaurada por la fuerza, no podría a su vez restaurar a su clero, a sus parlamentos ni a sus intendentes, etc. La violencia no puede imponerse eternamente, y en cuanto la Nación tenga un momento para reconocerse, el despotismo tendrá los días contados, mas terminará de forma aún más terrible que ahora. Se lo digo todos los días a los antiguos nobles: "¡No alimentéis una esperanza vana! Si os restauran, será peor para vosotros: ¡será como sellar vuestro exterminio total!". Los siglos fluyen siempre iguales y siempre diferentes. La monarquía y el feudalismo van a cesar para siempre, precisamente porque han durado demasiado.

—Pero en la China, por ejemplo, el gobierno siempre ha sido el mismo, ¿no?

—No lo creo, pues ha sido conquistada por los tártaros. No es un régimen monárquico, sino paternalista; no hay nobleza hereditaria, pues no se puede considerar a los tártaros nobles, se trata de una simple nacionalidad. El otomanismo, en los países barbáricos, se parece más a nuestro feudalismo, sin ser, empero, la misma cosa. El feudalismo es una forma de gobierno insensata que sólo ha durado tanto debido a las circunstancias. En la China, la gobernación paternalista del Estado se parece a los gobiernos familiares y este parecido es lo que lo mantiene. El tártaro conquistador sintió, al entrar en la China, que este parecido era la idea más feliz que podía salir de la cabeza de un hombre, y no cambió nada en un gobierno que es eterno por naturaleza, pues cada jefe de familia, es decir, todo el mundo, salvo los hijos menores y las mujeres, está interesado

en conservarlo. Soy el primero en admitir esta verdad incontestable. Y, sin embargo, ha habido cambios en la China; así son los asuntos humanos; y seguro estoy de que si un chino de hace tres mil años volviera a su suelo natal con su memoria intacta, ¡se lamentaría grandemente! Pero se trata sin duda del país donde menos cambios se producen, y acabo de explicar la razón. Otras causas hay que fortalecen esto: una gran población requiere grandes ocupaciones, lo que prohíbe toda novedad, etc. ¡Pero nuestros gobiernos europeos! Salvo en lo referente al republicanismo, ¡me asombra que puedan durar más de un siglo! E incluso el republicanismo tan sólo durará en la medida en que esté bien regulado. Abandonad pues vuestras vanas esperanzas, ¡oh, nobles! Todo lo que hagáis por conservar vuestros privilegios no hará sino aumentar vuestros males y los nuestros.

8.º — El Antiguo Régimen presentaba otra infinidad de abusos: los privilegios de los ricos, que se nutrían de la imposición de la plebe, cuyo monto asfixiaba a esta. Los peajes, que entorpecían el comercio. Las gabelas, que condenaban al viticultor a no probar su vino y, a veces a no poder ni echar una pizca de sal en un pan de ajo. La protección, que hacía que el pobre perdiera todos los litigios que le interponían injustamente. Las cargas de faena, tanto públicas como señoriales, que restaban tiempo al desdichado que tan sólo tenía su tiempo para vender. El sometimiento de las clases inferiores, de forma progresiva, al resto de clases, de manera que, inversamente a lo natural, cuanto más elevada fuera la clase, menos sentía su peso; tal es la razón que explica la extrema insolencia que exhibe hoy en día el populacho: pretende vengarse de las clases que le eran más cercanas. La nulidad de los sujetos, tal que no podían considerarse ciudadanos, etc., etc.

»Cuando se ha vivido todo esto, ¿se pretende que el Antiguo Régimen pueda ser restablecido? ¡Es imposible! Y esto sin hablar del sentido común (¡tan poco común!), que hace tiempo que clama contra la nobleza de raza. ¡Si por lo menos, como propongo en el *Anthropographe*, se hubiera establecido la degradación progresiva del noble que no reavivara su nobleza mediante buenas y bellas acciones! Pero no: una larga serie de imbéciles o

de monstruos se ha dedicado a transmitir una sangre cada vez más noble a sus descendientes.

»Siempre he dicho que la mejor manera de perderlo todo es todo pretenderlo. Acabo de señalar esta verdad cuando he hablado de los ricos y de su clero apóstata. La Corte lo conservaba por los motivos ya expuestos, mas también para favorecerse, pensionando a sus cadetes en obispados y abadías; por este medio, la nobleza lo tenía todo, el señorío feudal y el poder sobre las conciencias. Tenía derecho a abofetear a la plebe y a bendecirla una vez humillada a sus pies, diciendo a veces, en voz alta: "¡Postraos, villanos! ¡Villanos, postraos ante un gentilhombre!". Copaban las altas cortes de justicia, donde se daban el placer de apalear, abrasar, prender, fustigar y marcar a la plebe; de censurarla, arruinarla y, además, de prostituir a sus mujeres e hijas. ¡Era mucho! ¡Era demasiado! Quien mucho abarca, poco aprieta»[80].

PRIMERA NOCHE SUPERNUMERARIA

2, 3 Y 4 DE ABRIL DE 1793

Derrotas

A finales de febrero de 1793 nuestros éxitos militares se han acabado y hemos empezado a sufrir derrotas tan rápidas, que asustan a la imaginación. Pero, consuélate, ¡oh, Nación francesa!, no son efecto ni de la debilidad ni de falta de valentía… Unos miserables han causado tus reveses, que pagarán con sus cabezas.

La reconquista de Francfort por los prusianos fue nuestra primera derrota: ¡tomó por sorpresa a todos los franceses! La segunda, fue la tormenta que apartó la nave de Truguet de las costas sardas… ¡La tercera fue terrible! Estábamos totalmente seguros de nosotros mismos; ¡nuestras tropas, se decía, estaban conquistando Holanda! Nos habían forzado a esta conquista, y mientras imaginábamos a un coloso a las puertas de

Ámsterdam, que ardía de ganas de abrírselas de par en par, el infame apalabró un pacto con los emisarios de Francisco I y de Federico-Guillermo. ¡Muerte a todos los traidores! ¡Muerte a todos los aristócratas del interior, que se alegran de las calamidades de su patria! ¡Pero muerte también a todos los anarquistas, a esos insensatos que creen que podemos vivir en un estado de cosas que tan sólo les beneficia a ellos!

Nuestra cuarta derrota tuvo lugar en Aquisgrán, donde nuestras tropas fueron tomadas por sorpresa, a causa de la traición de los generales, ¡en su mayor parte conchabados con el más infame de los hombres, con el inmoral Dumouriez! Los comisarios de la Convención que se hallaban en Lieja reaccionaron rápidamente al golpe y sacaron el tesoro de esta ciudad… ¡Lieja, nuestra amiga, nuestra confederada, recayó en manos de sus tiranos! ¡Oh, Lieja!, ¡te he llorado como a mi propia patria! Nos estaban engatusando: el traidor de Dumouriez, que se divertía lo suyo en Holanda, afirmaba públicamente que iba a invadir el resto de Bélgica, ¡y el muy felón la entregó! Lovaina, Malinas, Bruselas, Brujas la fanática, todo ha sido entregado, hasta Anvers y Ostende. Incluso ahí, el más que dudoso comodoro Moretón se entregó, con sus naves, a la flota inglesa y holandesa. ¡Breda y Geertruidenberg fueron evacuadas y dejadas a la furia del estatúder[81]!

Pues sí, Dumouriez nos ha salvado el honor: sin su traición, que nos disculpa, ¡estaríamos humillados a los ojos de toda Europa, del universo, y mereceríamos la suerte de la infeliz Polonia!… ¡Por fin se ha desenmascarado, el muy traidor! No satisfecho con desobedecer a la Convención, ha cometido el acto más vil, el crimen más espantoso que quepa imaginarse: ha detenido a los comisarios y los ha enviado, en un coche cerrado, a Tournai, a manos del general enemigo Cobourg, quien, si osa retenerlos, ¡se convertirá en un monstruo tan infame como Dumouriez! Estoy escribiendo esto el 5 de abril, a la espera de más acontecimientos…

El 2 por la noche llegan noticias del proceso verbal de los comisarios del poder ejecutivo. Nadie puede creérselo. A la noche del 3, se da a conocer todo lo que acabo de contar. Ante estas espantosas noticias, todo París se lanza a las calles, formando grupos. Me acerco a todos los que veo, para tantear el sentimiento público. Constato que el formado bajo el puente

Saint-Michel se arremolina en torno a un agitador a sueldo, que intenta perder a la gente. Hablo en voz baja con algunos ciudadanos razonables, que desertan del grupo y se llevan consigo a otras personas. El grupo de la plaza del Pont-Neuf parece mucho mejor compuesto, así que no hago sino secundarlo. Se respira unión y concordia, mientras que en el otro grupo se incita a los ciudadanos a apuñalar a todos los sospechosos de ser aristócratas. El orador es sin duda un bandido…

El grupo de la plaza de Trois-Maris también está furioso, pero no me parece que esté azuzado por granujas, tan sólo por esos obreros indisciplinados que querrían tasar los trabajos hasta tal grado de carestía que resultaría imposible pagar a nadie, salvo que tan sólo hubiera una única nación en todo el mundo y, por lo tanto, no hubiera competencia. Pues, cuando la mano de obra es demasiado cara en un país, todos sus artes y oficios decaen; los ciudadanos prefieren comprar en el extranjero, pues nadie puede pagar los productos nacionales, por su carestía. He aquí lo que el estúpido obrero no acaba de comprender. No hay nada que me irrite más que los ignorantes y los necios, a pesar de la manía actual de irritarse contra las tres cuartas partes y media del mundo. Pero comentar esto en un grupo resulta vano, pues nadie va a escucharte; no logras que nadie te entienda, pues estos asuntos requieren de templanza en su discusión.

El Palais l'Égalité está lleno de gente, pero no es nada comparado a las Tuileries. En todas partes se habla igual y hay, alborotadores por un lado y gente honesta por otro. Así que animo a cinco o seis grupos de estos últimos a buscar a los agitadores y a los malintencionados para repudiarlos, y logro hacer bastante…

En las Tuileries, un hombre me reconoce, pues se dirige a mí por mi nombre. No me gusta; su tono me desplace y sus intenciones me parecen arteras. Le pregunto a una mujer, que está al lado mío y con la que también he hablado: «¿Conocéis a ese hombre?». Ella lo mira y me da con el codo. Acerco el oído y me dice: «Es de mi sección, la de Piques; no sé cómo se llama, pero mañana mismo lo sabré. De vez en cuando habla, pero no es muy estimado». El hombre se da cuenta de que estamos hablando de él, y creyendo que nos conocemos, se aleja. Lo sigo con la mirada. Va hasta la puerta del café que la Corte cerró en julio de 1792, y se esconde detrás de

alguien con quien parece estar conversando en voz baja. Los muestro de nuevo a la mujer. «¡Ah!, conozco al otro —asegura—; es un antiguo comisionado del Gabinete de guerra, pero fue expulsado». Como no tengo relaciones con gente de esa clase, me calmo. A pesar de lo cual, mantengo la mirada sobre los dos hombres. El que se había dirigido a mí se levanta y viene a buscarme, pero yo me pongo a andar a la vez que se acerca y lo evito. Regresa donde está el otro hombre y le dice: «Ya no está; en otra ocasión será». Me quedo quieto, sin dejar de observar. Al cabo de un rato, se reúne con ellos un tercer hombre, que les habla con viveza. Intento aguzar el oído:

—¡Pretendéis negarme eso a mí, que soy de Fontenay-le-Compte!

—¿Y cómo se dio a conocer en el país?

—Pues os lo voy a contar: por un médico llamado Monet; hombre meritorio, pero un tanto pesado, lo que hace su trato cargante. Es muy apasionado. Es de Chef-Boutonne. Había removido Roma con Santiago para que él fuera nombrado diputado. Ya lo había logrado, cuando llegó al país una especie de comisario que, creo, se había atribuido la comisión a sí mismo. Este comisario pretendía ser conocido íntimo del hombre para el que Monet había logrado el nombramiento, así que le propuso encargarse de escribirle una carta pidiendo su aceptación por escrito de dicho nombramiento. El médico estaba encantado, pues su última carta al aspirante a diputado en cuestión había quedado sin respuesta. Ocho días después, el supuesto comisario regresó con una carta según la cual nuestro hombre rechazaba categóricamente el cargo. ¡La gente se molestó bastante! Monet parecía avergonzado… El comisario partió, llevándose la carta, tras lo cual el médico pensó que hubiera debido leerla. Dio con alguien que la había leído y se le ocurrió mostrarle otra carta escrita por nuestro hombre. El que había leído la carta de rechazo aseguró que esa letra no se parecía nada a la otra… Así que Monet ha de escribir al hombre para saber directamente de él si realmente ha rechazado el cargo.

Comprendo entonces que se están refiriendo a mí, y me acerco: «No, esa respuesta no es del hombre en cuestión, estoy seguro —les digo—; el pérfido y malvado enemigo que me la ha jugado ha creído así perjudicarme, pero en realidad me ha hecho un favor; aunque tal vez haya perjudicado a la

Nación, pues tengo un plan de comunidad general que tal vez hubiera logrado poner en marcha. Además de ser laborioso por naturaleza, me las hubiera arreglado para desbaratar los planes de los anarquistas y de los sinvergüenzas. Yo no soportaría en la Convención todo lo que se soporta actualmente…». Y según digo esto, me retiro. Curiosamente, los tres hombres se quedan tan estupefactos que ninguno de ellos es capaz de abrir la boca; parece como si los hubiera fulminado un rayo… Da igual; pero si hubiera sabido que nunca los iba a volver a ver, me hubiera informado sobre ellos.

Vuelvo a encontrarme a la mujer con la que he hablado.

—Me ha ocurrido algo singular en la isla de Saint-Louis —me dice—. Os lo voy a contar pues, si bien no sé quién sois, os he visto a menudo. Ha sido visto ahí un hombre que, tal como me lo han descrito, se parecía a vos, en la hechura y en la compostura…

—Ya lo sé —respondo—, pero era a Dupont de Nemours, ex-constituyente, al que buscaban; al hombre que han matado lo confundieron con él. Pero podría haber sido yo la víctima, si me hubiera paseado por la isla como acostumbraba a hacer antaño, todas las noches. En tiempos del despotismo, la isla constituía mi único consuelo. Inscribía ahí mis miedos y mis sufrimientos. Actualmente ya no necesito tal alivio. Mas aunque lo necesitara, tendría que privarme de ello. La canalla, que debería haber desaparecido con la Revolución, sigue existiendo; resulta incluso más peligrosa ahora: aún tiene que pasar esta generación para que el populacho sea depurado. ¡No tengo palabras para expresar el desprecio que siento hacia esos bellacos, que maculan, desnaturalizan, deshonran y emponzoñan las mejores cosas! Se suele pensar que fue la ambición de los reyes, de los poderosos, la que produjo el despotismo; pero no fue así, fue la insolencia de la canalla. Yo pienso que todos los hombres comenzaron iguales, ¿pues por qué iba a ser de otra manera? Pero la morralla, compuesta por los holgazanes, los tragaldabas y toda la suerte de pillos del género humano, veía cómo sus condiciones iban empeorando, mientras que los diligentes, los cuidadosos y los laboriosos se procuraban bienestar y abundancia. La canalla, en mala posición, estaba amargada y comenzó a insultar, a robar y a matar. Entonces, los que tenían riquezas se coaligaron; se dotaron de un

jefe, de armas y de soldados… De ahí el gobierno de reyes o de magistrados, de ahí incluso el despotismo, pues los opulentos y bien situados prefirieron el dominio absoluto de una única persona antes que la anarquía de la canalla. Todo les parecía poco para reprimir al populacho, hasta tal punto que al final acabaron convirtiéndose ellos mismos en esclavos. Se lamentaban, pero aun así preferían su esclavitud al perpetuo peligro de saqueo y de masacre… ¡Ay, cuántos males nos ha causado esa gentuza sin mérito, sin capacidad ni virtud, que nos empujó a ese cruel extremo! Y ese es el futuro espantoso que nos proponen hoy en día nuestros anarquistas: Brissot, Guadet, etc. […]

24 de abril
Triunfo de Marat[82]

Por un decreto anterior, Marat (su nombre ya lo dice todo)[83] había sido acusado y se había emitido un mandato de arresto contra él. Pero no estaba de acuerdo con obedecer, pues, según él, se iba a decir que se había convertido en un vulgar imitador de Sócrates. ¿No era preferible ser un auténtico original? Pretendía incluso que no se sometía al decreto por pura generosidad: ¡*quería evitar que sus enemigos cometieran un crimen*! Y tenía razón; posteriormente se ha podido comprobar que hubiera sido un auténtico crimen, pues Marat era un verdadero patriota. ¡Ningún recurso es ajeno a la inocencia cuando quiere evitar un error que la contraría!

El tribunal revolucionario no permite que el patriota de Marat languidezca en un rincón, y al poco es convocado. Aquello no es un juicio, es una marcha triunfal: llega el acusado, rodeado de guardias; mujeres, famosas por su patriotismo, lo cubren de flores y son ellas las que lo conducen hasta la sala de audiencias. Una vez ahí, Marat se coloca donde quiere, responde a lo que quiere; incluso interroga a los jueces. Todo lo que hace, bien hecho está; todo lo que dice, bien dicho está. Todo lo que ha escrito hace gala de una profunda sabiduría; y lo que tal vez pareciera exagerado en su momento ha sido finalmente verificado por los acontecimientos. Se descarga de la acusación y le conceden una corona

cívica. Tiene un regreso triunfal, se pasea por las calles como Mordecai y poco ha faltado para que sus acusadores no corran la suerte de Haman[84] (aunque no tardará en ocurrir)…

¡Ay!, ¿cómo perdonar al *Journal du soir* el haber difundido sus argumentos de defensa con el propósito de debilitarlos? ¡Habrase visto tamaña perfidia! ¿Es así como se sirve a los patriotas?

Yo, por mi parte, consagro estas líneas al triunfo de Marat, e incluso podría añadir lo que dije a su amigo, el ciudadano Dubois. Pero baste decir, de momento, que este gran hombre lo sería igualmente en cualquier circunstancia, debido a sus portentosos conocimientos.

Cuando el 31 de mayo y el 1 y 2 de junio, se plantea el arresto y expulsión de la Convención de veintidós o treinta y dos de sus miembros, Marat no se ensaña con los derrotados. ¡Incluso se excluye voluntariamente de la Asamblea para, haciendo gala de una conducta sin par, reunir en su persona los papeles de acusado y de acusador! Jamás se ha visto nada igual: es un fenómeno inédito. Ha mantenido esa conducta ejemplar a lo largo de toda su vida. […]

SEGUNDA NOCHE SUPERNUMERARIA

6 Y 23 DE MAYO DE 1793

Paseo por la tarde, hacia las siete, por el Pont Neuf. En medio de la plaza de las Trois-Maries, veo a un grupo de jóvenes de dispar ralea. Me acerco a escuchar, pues hay un orador hablando. He aquí lo que dice:

»Se había decidido que París iba a llamar a filas a doce mil hombres para enviarlos contra los rebeldes de la Vendée. Se abrieron los registros para apuntar los ingresos voluntarios, pero pronto se dieron cuenta que había que emplear otros medios. Se decidió que nadie iba a estar exento, ni cargos administrativos ni pasantes de notaría… ¿Era acaso posible? Estos últimos tenían la ciega insolencia de excitar los disturbios para reclamar… ¿qué?, pues sus privilegios, ¡en una república que ha abolido todos los

privilegios! Organizaban reuniones sin pensar que cualquier reunión contra las decisiones de las secciones legalmente constituidas puede considerarse una asonada culpable; ¡pretendían discutir si hay que obedecer la ley de reclutamiento forzoso! Los delicados chupatintas, e incluso sus "chicos para todo", venían a decir que ellos están ya hechos a una vida blanda que los ha vuelto incapaces de soportar las fatigas de una guerra. ¡Eran argumentos buenos para una mujer! Los delegados objetaban que resultaban indispensables en sus despachos.

—¿Y nosotros qué? —exclamaban los sub-oficinistas—, ¿quién pasará sino vuestras transacciones, vuestras procuraciones generales y atestados?, ¿vuestros contratos de matrimonio?, ¿vuestras reclamaciones de ocho mil y de veinte mil?, ¿vuestros documentos de sustitución?…

—¡Ya no hay! —les gritaban.

—¿Vuestros testamentos?…

—¡Tampoco hay!

—¿Pero cómo? ¿Acaso el muerto no decide ya sobre el reparto de sus riquezas entre los vivos?

—¡Pues no!, ¡hoy en día es el vivo el que decide sobre las riquezas de los muertos y de los moribundos!

—Bueno, vale, pues vuestras donaciones entre vivos, siempre respetables, mientras sean aceptadas por todas las partes y acordes a la tradición, pues no se puede dar y retener al mismo tiempo.

—¡Eso ya no es así! —les volvían a gritar— ¡Pues mirad cómo damos nuestro poder a la Convención, sin dejar por ello de retenerlo!

—¡Tal cosa no es cierta! —replicaba un jacobino—. Para empezar, el pueblo no delega su soberanía, tan sólo el ejercicio temporal de la misma…

»Se iba a iniciar un debate político, cuando llegaron las fuerzas armadas de las secciones: los oficinistas temieron por sus delicados miembros, los delegados por sus peinados; todos se esfumaron. Tan sólo detuvieron a algunos remolones, chicos para todo y pasantes menos reblandecidos que los demás. "¡Ah! —exclamó un hombre al verlos en fuga— ¡dejemos a esos cobardes junto a nuestras damas y a nuestras queridas!, ¡no son dignos de ser soldados!". Al día siguiente, soltaron a los que habían detenido, y todo el gremio fue considerado una caterva de inútiles. ¡Honor a los buenos

soldados! ¡Eterna infamia a los pasantes, a los oficinistas y a todos los cobardes!».

En este punto el orador es interrumpido: «¡Cobarde lo serás tú! —le grita un oficinista—. Uno de los nuestros, el general Salomon, se ha distinguido y ha demostrado que no hay que ser ningún gigante para tener coraje…». Y como veo que va a haber pelea, paso de largo.

Un poco más lejos me topo con un hombre que me palmea el hombro diciéndome:

—Ciudadano Espectador Nocturno, sin duda conocéis a Dupont de Nemours, ex-constituyente, anteriormente economista, muy aristocrático, se comenta, pero que abrazó la Revolución con todo su corazón con la esperanza de poder realizar las quimeras de su secta. Después, ese hombre se ha arrepentido de haber apoyado a la democracia y ha hecho todo lo posible para restaurar la aristocracia; prueba de ello: los frecuentes carteles que difunde. ¿Creeréis que han intentado asesinarlo? Os advierto, a tiempo, que no os paseéis como antaño por vuestra isla, a partir de las once o de medianoche. Me han contado que ya habéis abandonado esa costumbre, desde el suceso del 14 de julio de 1789 a las once y cuarto, que habéis relatado en vuestra XVª parte de las *Noches de París*. Me alegro, pues a mí, por ejemplo, me han asesinado y lanzado al río tomándome por Dupont.

—¿Cómo, *asesinado*?

—Sí, asesinado… Y lo que también es cierto es que alguien os ha señalado a vos a los insulares, a la pequeña población de la Isla de la Fraternidad; un muchacho vendedor de vino os ha denunciado como conspirador, y dos o tres hombres, implicados en el caso Dupont, han decidido por las mismas acabar con vos. ¡Cuán poco vale nuestras vidas en estos tiempos de anarquía y de disturbios! El consejo que vengo a daros es que nunca volváis a pasearos por la isla de noche. Bien sé que nada malo habéis hecho a los habitantes de la Fraternidad, de baja o alta clase. Pero un miserable que conocéis os ha señalado a los muchachos de la isla. Y no hace falta mucho más para matar a un hombre.

—Ya sabía todo eso —le respondo—, pero no voy a privarme de visitar la isla fraternal; siempre he querido morir ahí. Cada vez que la abandono, siento como si escapara a un naufragio y la bendigo. ¡Pero maldigo a todos

esos ganapanes! Me han insultado innumerables veces, en el puente de la Tournelle y en el de Marie. En el primero, fue un muchachote bien necio que iba con dos mujeres. Me interpeló desde lejos gritando: «¡He aquí el gran, el famoso, el célebre…!». Yo no dije nada ni lo miré al pasar al lado de él. Me paré a cierta distancia. El bravucón jugueteaba con su bastón. Sospecho que se trataba de un tal Valluiq hijo, o sobrino. Lo mismo me ocurrió en 1793 en el puente Marie. Esos seres ruines no merecen sino una absoluta indiferencia. Valluiq padre no vale mucho más, como tampoco los Drallab padre e hijo, los Durenroche, etc., que también me han insultado, aun no conociéndolos. Por mí, que todos esos seres inmorales se queden en la profunda oscuridad que les es propia. Si me leen, se reconocerán; esa es toda mi venganza, pero no voy a denunciarlos. […]

TERCERA NOCHE SUPERNUMERARIA

31 DE MAYO, 1, 2, 3, 4 Y 5 DE JUNIO DE 1793

El 31 de mayo es un día para la posteridad en mis *Armales*, o *Fastes*, como los denominaba de joven. Me acuesto tranquilo, a pesar de haber visto mucho ajetreo en las calles, según regresaba del café Robert-Manouri. A las tres oigo tocar a rebato por todas partes, como el 10 de agosto pasado. No sé qué significa; me quedo despierto. A partir de las cuatro, el barrio se llena de rumores. Oigo llamar a la puerta de nuestro capitán, que asoma la cabeza por la ventana, quejándose: «¡Basta de tanto jaleo!», dice, aunque acaba levantándose. Yo tampoco tardo en saltar de la cama.

Bajo y me informo. Mas mis compañeros ignoran la razón de la movilización. Yo albergo más dudas que certidumbres. De hecho, al desconocer los diversos intereses y disposiciones de los políticos más destacados, que yo consideraba auténticos patriotas y como tales los había alabado, no podía imaginarme lo que iba a ocurrir. Permanecemos en armas todo el día. Hacia las nueve de la noche, la Convención queda rodeada de tropas y de cañones. Todo el mundo está sorprendido. Se cree que el

objetivo de la Comuna de París consiste en amenazar a la Convención; hasta después no supimos que en realidad el despliegue pretendía impedir que los aristócratas y otros indeseables de toda laya asomaran la cabeza.

Sin embargo, Petion, Guadet, Vergniaud y Lanjuinais exclaman que se está secuestrando su libertad. Lacroix y algunos otros miembros de la Montaña intentan salir, pero son rechazados por hombres con mostacho que no pertenecen a la guardia. Vuelven asustados y se quejan. ¿Quién ha colocado ahí a esos hombres? Tan sólo puede haberlo hecho uno de los comités de la propia Convención o la Comuna. Se trata de una operación arriesgada, ¡expulsar a miembros inviolables de la Convención y secuestrarse a uno mismo! Pero los representantes llevan a cabo este gran sacrificio, inmolándose, por así decirlo…[85]

Tal es la operación iniciada el 31 de mayo. Petion, Lasource, Brissot, Lanjuinais, Vergniaud, Buzot, etc., reciben un decreto de acusación, ¡ellos que creíamos auténticos patriotas y los más firmes defensores de la libertad! ¡Nos tenían engañados! ¡Su conducta posterior ha probado su felonía! Han intentado desgarrar el seno materno, causando con ello males incalculables a la patria: hemos recuperado Caen y Calvados, ¡pero Lyon está perdido! Marsella y Burdeos han sentido el peligro; los cobardes de Toulon se han entregado a nuestros enemigos eternos y más peligrosos, ¡a los pérfidos ingleses, cuya fe púnica es aún más rastrera que la de los cartagineses!

Durante los días siguientes, el 2 y el 3 de junio, se decreta la detención de los doce miembros de la denominada Comisión de los Doce, que incluye, entre otros, a Rabaud. Esta es la comisión que hizo detener al representante de la Comuna Hebert, lo que provocó esta gran conmoción. Los jacobinos habían constatado que se perseguía a los patriotas más fervorosos, a los que, como el alcalde Púche, habían hablado contra la facción de la Asamblea denominada la Llanura, por oposición a la Montaña. La reunión que tuvo lugar en la Comuna fue acusada de conjura contra la Convención, es decir, contra los miembros de la misma que ahora acaban de ser expulsados. Pero si éstos aún hubieran contado con fuerzas, hubieran sido ellos los que hubieran expulsado a los otros… Ya conocemos las consecuencias de esta expulsión: la sublevación temporal de los departamentos del Oeste, de Burdeos y de Marsella.

Mas, si hubiera sido la Comisión de los Doce la que se hubiera impuesto, ¿quién sabe a qué males nos veríamos expuestos? ¡Sólo de pensarlo, me estremezco! Tal vez hoy en día la República desgarrada, despedazada, sería presa de los tiranos. Bendigamos pues a la Montaña, que ha evitado el hundimiento total e intentemos reparar las pérdidas parciales que hemos sufrido. […]

Durante las cuatro tardes siguientes sigo observando los acontecimientos y acudo incluso a la Convención. Escucho los discursos pronunciados en la Comuna; se pueden leer en los periódicos. Al atravesar la plaza del Carrousel, veo cañones armados y apuntando. […]

CUARTA NOCHE SUPERNUMERARIA

DEL 13 AL 16 DE JULIO DE 1793

Pasemos con ligereza sobre los últimos acontecimientos bien conocidos: las ciegas sublevaciones de algunos departamentos, ya arrepentidos; el arresto de algunos miembros de la Convención y sus maniobras en los departamentos donde habían huido; una visita diurna al Palais l'Égalité, etc. Dejemos de lado igualmente lo que concierne a nuestras tropas, que no es de la incumbencia del Búho Espectador que planea por las calles de París. Estamos a 13 de julio.

Salgo por la tarde, a las ocho. Paso por la tienda del ciudadano librero que está vendiendo *Les Nuits de Paris*; aún no se sabe nada del siniestro acontecimiento. Llegado al Pont Neuf, oigo a un cerrajero contar a una tendera: «Ella ya se marchaba, pero la han detenido en la puerta; él ha muerto…». No sé de qué están hablando; en cualquier caso, la primera circunstancia no era cierta. Me dirijo al café Robert-Manouri; ahí cien bocas a la vez cuentan el terrible suceso… Pero, parémonos un poco.

Desde 1789 vengo oyendo hablar del ciudadano Marat. Una vez, en la calle Tournon, cené con personas que lo conocían personalmente: hábil químico y físico, había realizado descubrimientos en ese complejo arte,

cuya frontera había ampliado. Gracias a la física, había obtenido en París sus primeros éxitos como médico. Seguía a la naturaleza. Su reputación creció tanto que, al segundo año de ejercicio, ya ganaba 40 000 francos. Pero la ciencia sin charlatanería aburre a París. Al tercer año, la ciudad le dio la espalda. Al cuarto año, sacó un periódico titulado *L'Ami du peuple*.

Todo el mundo sabe lo que ocurrió: La Fayette lo persiguió, con todas sus tropas, y sin embargo no fue capaz de capturar a ese hombre. Se tuvo que contentar con destrozar su imprenta, y esto supuso la primera violación de la libertad de prensa. Marat se mantuvo en la clandestinidad, hasta tal punto que las tres cuartas de la gente ya lo creía un ser imaginario… Por fin, apareció, a plena luz del día, en la Convención Nacional. Ya no se podía dudar de su existencia. Todos los elementos estaban en su contra, hasta tal punto que sus propios amigos se vieron forzados a abandonarlo momentáneamente. Y, sin embargo, aguantó. Por fin, la Comisión de los Doce decretó su arresto, como ya he relatado en un artículo escrito, e incluso impreso, en el momento de su gran triunfo. Salió airoso, aunque una parte del público hizo mofa de su éxito. ¿Qué hacía falta para otorgar a Marat, hábil físico, inteligente médico, ardoroso patriota, todo su mérito? La muerte; una muerte patriótica acontecida el 13 de julio de 1793, entre las siete y las ocho de la tarde.

Ha habido pocas muertes tan gloriosas. Lepelletier fue asesinado por un sujeto execrable, un bravucón e infame matón, despreciado por todo el mundo, el libertino Pâris; Marat, al contrario, ha exaltado el espíritu de una muchacha de lo más interesante, que sin duda lo hubiera admirado y defendido de haberlo conocido mejor. No ha sido una mano infame y corrupta la que ha segado sus días; el monstruo ha sido una joven virtuosa, con esa virtud femenina que es la castidad. Parece como si este hombre, devorado por el sagrado fuego del patriotismo, estuviera destinado a morir de la mano de una virgen…

A las siete, Marianne-Charlotte Corday acude a casa del ciudadano Marat, a quien había escrito una carta que, de ser auténtica, es el sello del crimen, pues era engañosa. Tras infinitos obstáculos, y gracias a las órdenes expresas del propio Marat, la muchacha llega hasta él; su aspecto, sus palabras, todo conduce a confiar en ella. Las mujeres se alejan del enfermo,

que está en su baño diario[86] y, en cuanto Marianne-Charlotte ve la oportunidad, saca un largo y fino cuchillo, comprado por la mañana en el Palais-l'Égalité y lo clava en el pecho del patriota, que lanza un agudo grito y sobrevive tan sólo unos minutos. La gente acude corriendo. Marianne-Charlotte, respondiendo a una primera reacción de miedo, se envuelve en una cortina de la ventana, donde la encuentran enseguida. Llega la guardia. Un testigo ocular, el ciudadano Laferté, presente en el proceso verbal y en la conducción a la prisión de l'Abbaye, la oye confesarlo todo. Cuando sale para dirigirse a l'Abbaye, se desmaya. Recuperando el sentido, la desdichada dice sorprendida: «¡Todavía estoy viva! Creía que el pueblo ya me había despedazado…».

Permanece en prisión desde la noche del 13 al 14 de julio hasta la tarde del 19, cuando es ejecutada, dos días después de los funerales de su víctima. Escribe a su padre, para pedirle perdón por haberle engañado diciéndole que se iba a Londres. Hay quien considera esta carta simplemente un embeleco para despertar lástima… La muchacha merecía la muerte; yo creo que ella así lo sentía y quería rendir cuentas. Pero ¿cómo se explica tanta dignidad en su porte, que ha provocado la admiración horrorizada de toda la capital, tras cometer un crimen como este?, ¿no es la dignidad propiedad exclusiva de la virtud? ¿Cómo es que no se entiende, en este siglo de amazonas, que una mujer asesina es el monstruo más espantoso que pueda darse? ¡Ay, mujeres!, que queréis ser hombres, y vosotros, afeminados, que las animáis a ello; el crimen de Marianne-Charlotte es tan vuestro como suyo[87]…

El verdugo abofetea su cabeza decapitada; es castigado por ello y encarcelado. ¡El ejecutor no es quién para añadir ni un ápice a la sentencia!

QUINTA NOCHE SUPERNUMERARIA

DEL 20 AL 28 DE AGOSTO DE 1793

Fiesta de la República

El 14 de julio se dedica al duelo por Marat. De común acuerdo, se pospone la fiesta de la República al día, ya consagrado para la eternidad, en el que los reyes desaparecieron de Francia[88]. Se convoca a todos los departamentos, y todos acuden, a pesar de que las divisiones aún están latentes. Lyon, esa desafortunada ciudad, aún prudente, o por lo menos con un resquicio de pudor, envía a treinta y cuatro diputados. Toulon, la infame, también envía, la muy hipócrita… Pero los diputados de Lyon se ven obligados a partir en vísperas de la celebración, advertidos por sus informadores de que los aristócratas han aprovechado su ausencia para apoderarse de la ciudad, y ya se han hecho dueños de ella… La fiesta es magnífica, tanto que apenas se nota la ausencia de los diputados de Lyon. Pero hay numerosos relatos que detallan el evento. […]

El castigo de Custine

Mientras tanto, el general del ejército del norte ha sido llamado a París: es arrestado, encarcelado en el Luxembourg el 22 de julio, pasa por el tribunal revolucionario el 18 de agosto, es condenado el 27 a las ocho y ejecutado el 28 entre las diez y las once de la mañana[89]… ¡Toda la firmeza de la que Marianne-Charlotte andaba sobrada, sin atisbo de afectación, le falta a Custine, que se muestra estupefacto! Desesperado, se lanza en brazos de la religión cristiana. Recibe la sentencia con gran pasmo, exclamando: «¡Yo!, ¡traidor!». Y, según sale del tribunal para dirigirse al patíbulo, eleva la mirada y las manos hacia el cielo y repite la exclamación: «¡Yo!, ¡traidor!». Tras lo cual, sólo parece importarle su confesor. Llegado al patíbulo, despliega todos los rituales devotos posibles.

Custine, en el momento de su muerte, tiene 25 000 libras; el carcelero se hace con ellas, y acusa del robo al confesor, que es arrestado. Una vez justificado éste, el carcelero es encarcelado. Ignoro cuál ha sido su castigo.

Los conspiradores de Rouen; las dos jacobinas

Mientras ocurren todas estas cosas, acudo a la Comuna para el divorcio de mi hija mayor. Voy a comer una vez por semana con el amigo que me aporta los medios para terminar de imprimir mis obras, Monsieur Artkaud.

El 2 de septiembre, dos jacobinas vienen a tomar algo al café Robert-Manouri. Los hombres bromean con ellas y ellas replican, demostrando tanto espíritu como saber estar. Suscitan mi curiosidad, así que, cuando salen, las sigo. Atraviesan el Louvre y entran en una sombría casa de la calle Fro o Froidmanteau. Dejo para otro día el instruirme sobre ellas.

El 6 de septiembre[90] ejecutan a ocho de los conspiradores de Rouen (la mujer no será ejecutada hasta el domingo por la mañana, tres días después, al asegurar que estaba encinta). Asisto a la salida de tres de esos desgraciados, a mediodía y los observo estremecido. Por lo que he visto, siempre, a excepción de Marianne-Charlotte[91], todos los seres pensantes que se dirigen a la muerte están ya medio muertos. Observé el mismo fenómeno en los Doce de Bretaña, a los cuales el público reanimó un poco. Estoy a punto de retirarme, cuando veo a las dos jacobinas del 2 de septiembre detrás de mí. Las abordo, preguntándoles si han encontrado ya su paraguas.

—¿Cómo, nuestro paraguas…?

—Claro; al salir el otro día del café Robert-Manouri lo echasteis en falta, y recuerdo escucharos decir: «Te lo habrás dejado en casa de mi hermana».

Ambas se echan a reír, diciendo:

—Es cierto… Sí, ciudadano, ahí estaba.

—También creí comprender que una de las dos tiene a su marido, o amante, en la frontera; ¿cómo se halla?, ¿habéis tenido nuevas suyas?

—¡Ah, qué divertido es! —exclama la menos linda de las dos— ¡Conoce todos nuestros asuntos!

—Bueno, todos no, ciudadanas. Pero también sé que sois habituales en las tribunas de los jacobinos y en las de la Convención. Acaso podáis informarme sobre lo acontecido ahí durante las jornadas del 31 de mayo, 1, 2, 3 y 4 de junio.

—Para ello, deberíamos conocernos mejor.

—Soy un excelente patriota, pues ya lo era antes de la Revolución y amo a la patria como un amante ama a su amada.

—¡Bravo! Mientras nos vamos conociendo mejor, sí hay ciertas cosas que os podemos contar… Hacia el 31 de mayo, tras el nombramiento de la Comisión de los Doce, ésta había decidido, en la propia Convención, detener a todos los ardientes patriotas; varios ya habían sido arrestados acusados de alborotadores, cuando la Comisión cometió la gran imprudencia de encarcelar a Hébert, el *Père Duchesne*[92] y miembro de la Comuna. Creían tener suficiente fuerza para dar este golpe de mano, acusándolo por una de sus publicaciones, cuando su gran crimen consistía en haber acudido a una asamblea de la Comuna organizada por el alcalde Pache. A éste, principal autoridad de la ciudad, no osaron detenerlo, pero querían tantear la opinión pública mediante la detención de Hebert. Ya sabéis que este arresto supuso su triunfo, como fue en su momento la acusación a Marat. Los miembros de la Montaña presintieron entonces el peligro; sabían que Custine y Wimpfen formaban parte del complot. Se adelantaron a sus enemigos; ni siquiera la agudeza de Custine, que no había dejado prueba alguna por escrito, logró salvarlo. Esto es todo lo que podemos contaros de momento.

No insisto más y me despido. […]

3 de octubre de 1793: Los acontecimientos que se han sucedido desde el 7 de octubre han sido la victoria sobre los ingleses frente a Dunkerque, su persecución por nuestras tropas, que han vencido a pesar de sus generales. Triunfo sin embargo amargamente deslucido por la traición y las caídas de Condé, de Valenciennes, del Quesnoi y tal vez de Cambrai, seguidas del arresto del general Houchard y de casi todo el estado mayor del ejército del norte. En Lyon, la sublevación continúa, aunque casi está vencida en estos momentos.

El 6 de octubre: pérfida capitulación de Toulon a los ingleses; Marsella y Burdeos se arrepienten y hacen propósito de enmienda, etc.

El 3 de octubre, la Convención se purga y se decreta la acusación, por conspiración contra la unidad y la indivisibilidad de la República, contra la libertad, la igualdad y la soberanía de pueblo, de cuarenta y ocho de sus

miembros, a saber: Brissot, Vergniaud, Gensonné, Guadet, Duperret, Carra, Sillery, Condorcet, Fauchet, Doulcet, Ducos de la Gironde, Boyer-Fonfrède, Gamond, Mollevault, Gardien, Valadi, Valazé, Duprat, Mainvielle, Bonnet, Chambón, Lacaze, Delahaye, Lidon, Fermond, Mazuyer, Safari, Lehardy, Hardy, Boileau, Vallée, Rouyer, Antiboul, Lasource, Isnard, Leterpt-Beauvais, Duchastel, Deverité, Dulauré, Grangeneuve, Duval del Sena Inferior, Vigée, Resson, Noel, Coustard y Andréi. Son enviados ante el tribunal revolucionario para ser sometidos al rigor de la ley. Este decreto en nada cambia al que declara traidores a la patria a Buzot, Louvet, Gorsas, Petion y otros. Los diputados que firmaron las peticiones y protestas contra-revolucionarias realizadas entre el 6 y el 19 de junio contra las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio, y contra los decretos entonces emitidos, también serán arrestados y el comité de seguridad general presentará un informe al respecto.

Billaud-Varennes: «Pido que Luis Felipe de Orleáns, uno de los jefes de la conspiración, sea incluido en el decreto de acusación. Pido que dicho decreto contra los diputados conspiradores sea pronunciado con toda solemnidad y mediante llamamiento nominal».

Otro miembro pide que se decrete acusación contra todos los diputados que han firmado la protesta contra el 31 de mayo. Asegura que su único objetivo era azuzar la guerra civil.

Robespierre: «El llamamiento nominal resulta inútil. No veo la necesidad de suponer que la Convención pueda dividirse en dos partidos. Debemos presumir que no hay más traidores entre nosotros. También considero inútil en este momento el decreto de acusación contra aquellos que simplemente firmaron la protesta. Hay que golpear sobre todo a los jefes; su suplicio ha de ser escarmiento para todos aquellos que estuvieran tentados de imitarlos. Entre los que firmaron, hay personas engañadas que tan sólo han sido marionetas de la facción más criminal y más artera que haya existido jamás».

Se vota por el método de alzarse del asiento. Todos esos diputados, así como los que están arrestados, cuyos nombres no detallamos, son llevados a prisión.

Se decreta, a propuesta de Billaud-Varennes, que María-Antonieta sea juzgada la próxima semana.

Así están las cosas a 9 de octubre.

Profesión de fe política del autor

Como ya he comentado al comienzo, he ido escribiendo esta obra a medida que se sucedían los acontecimientos, por lo que el proceso de impresión ha sido muy dilatado. He expresado más la opinión pública de cada momento que la mía propia. Pero ahora he de presentar esta última en toda su pureza.

Creo que la auténtica representación nacional reside en la Montaña; que los jacobinos y los clubes patriotas afines, y los que piensan como ellos, son los verdaderos patriotas. Que Petion y compañía, tan alabados hace tan sólo un año, eran traidores. Que Marat, Robespierre y los demás han salvado a la patria. Que las ejecuciones del 2, 3, 4 y 5 de septiembre eran, desgraciadamente, necesarias, sobre todo en lo que respecta a los curas refractarios y a los laicos contra-revolucionarios, etc. Que la muerte de Luis Capeto[93] ha sido justa y necesaria, y que aun excusándolo, como se ha hecho en esta obra, no podía sin embargo salvarse, pues se ha probado que el interés nacional pasaba por la muerte del último tirano de los franceses; que si no se le califica siempre de tirano es porque, habiendo nacido en el trono, no ha llegado a él por medios violentos; mas, a día de hoy, sostengo que todos los antiguos reyes franceses han de pasar a ser denominados tiranos. Que las jornadas del 31 de mayo y del 1, 2, 3 y 4 de junio, y la del 3 de octubre (y siguientes), que han supuesto su continuación, han salvado a la patria. Que María-Antonieta, Brissot y compañía incurren en el crimen constante. Que la Comuna de París bien merecedora es del reconocimiento de toda la República, por su vigor, su celo y su ardiente patriotismo.

Posdata: Los acontecimientos que han sucedido tras estas fechas han sido los siguientes: el 6 de octubre por la tarde, se arresta al ex-diputado Gorsas, responsable del periódico *L’Âne promeneur*, después del *Courrier*

de Versailles à Paris, y finalmente, del *Courrier des Départements*, que ha logrado, no se sabe muy bien cómo, cierta reputación en esos mismos departamentos. Tras el 10 de agosto de 1792, se hizo de la secta de Brissot. Al día siguiente, el 7 de octubre, es conducido ante el tribunal revolucionario y tres testigos confirman que se trata de Gorsas. Su identificación es su sentencia: se le informa que, siendo un fuera de la ley, se le va a aplicar el decreto de condena a muerte… Quiere hablar, y parece ser que dice: «Mi muerte será pronto vengada». El presidente del tribunal tan sólo replica tres palabras: «Que lo lleven». Es ejecutado a las tres.

Por la mañana del mismo día ya han sido ejecutados unos gemelos, por el crimen de actividades contra-revolucionarias. Junto a ellos, aunque no cómplice, si bien culpable del mismo crimen, Charlotte Vautant, una muchacha de veintidós años, es ejecutada sin confesor, haciendo gala de firmeza y de decencia. Las francesas son dignas de gran estima, pues incluso las que no son patriotas, se hacen pasar por tales, y tratan de aparentarlo. Del cura ajuramentado de Saint-Barthélemy no quiero ni hablar, sino tan sólo para repetir lo que ya he dicho: que los curas no pueden despojarse el alma de su costra aristocrática, que está incrustada como los colores en el cuerpo de los salvajes.

El segundo día de la tercera década del primer mes (sábado 12 de octubre), María-Antonieta ha sido sometida a un interrogatorio secreto.

Al siguiente día, 3 de la tercera década, llega la noticia de la capitulación de Lyon. Cuatro mil aristócratas intentan huir por el barrio de Véze, pero son perseguidos y mil quinientos resultan despedazados. Se ha recuperado el tesoro que se llevaban consigo; esperemos que los habitantes de los alrededores acaben con los fugitivos que quedan.

En la Vendée se ha logrado una victoria y se ha retomado Chátillon. Unos diputados de Nantes han venido a explicar por qué las tropas de la República vencen con tanta lentitud en la Vendée.

El día 4 de la tercera, María-Antonieta es presentada ante el tribunal revolucionario. Por fin, esa arrogante mujer va a sentir en carnes propias ese dicho antiguo: *Nihil humani a me alienum*; «Nada humano me es ajeno», ni siquiera la desdicha ni la vergüenza… Se lo merece.

María-Antonieta de Austria y de Lorena, al ser interrogada, suma a estos sus nombres, su calidad, que no impresiona a nadie. Da respuestas breves, «Sí» y «No», a veces añade «Eso no es así». Entre otras cosas, aporta una respuesta por escrito. El presidente señala que no procede y le devuelve el escrito a través de su defensor oficioso. Así que lo cuenta de viva voz, sin leer. Está relacionado con una grave acusación con respecto a su hijo. Su interrogatorio, iniciado el lunes 3, prosigue el 4 y termina el 5 a las tres de la madrugada. La sentencia se comunica a las cuatro. Se la llevan al calabozo. Pregunta a sus dos defensores si no se ha mostrado excesivamente orgullosa en sus respuestas. Vouland, en nombre del comité de seguridad, pide que los dos defensores sean retenidos para saber de ellos si les ha confesado alguna cosa. Estos aseguran que mantiene un profundo disimulo. Se acuesta y duerme dos horas. Toma un chocolate y se viste de blanco, con una pequeña cinta negra para enlazar su gorrito. No pide ver a sus hijos. Sale del tribunal a las once y media; una carroza que ha pedido la está esperando. Entra en el coche con un confesor, un anciano exangüe. Se mantiene muy derecha pero no habla con el cura, aunque responde a sus preguntas. Está pálida, como toda mujer que ha sufrido los arrebatos de la ira y de grandes angustias. Es ejecutada frente a la estatua de la Libertad, en la plaza de la Revolución, a las doce y cuarto, acusada de «trabajar constantemente contra la Revolución; formar un comité austriaco en París; comprometer a su marido parta huir a Varennes; llamar a todas las puertas por sí misma; seguir conjurando, a su regreso; corromper a miembros constituyentes para revisar la Constitución y menoscabarla, etc.». También es acusada de un crimen horrible que hemos dejado entrever anteriormente[94]. Se dice que un joven guardia, en la prisión… Pero esto no está probado; las circunstancias irán saliendo a la luz con el tiempo. Su cuerpo es retirado inmediatamente y puesto en cal viva. ¡Que mueran todos los tiranos, reyes, reinas, príncipes, landgraves, margraves, zares, sultanes, dairis, lamas, papas, etc., etc.! *¡Amen, amen!*

Segunda posdata: Por lo que se dice, en el momento del golpe estaba desmayada.

Se detiene a un ex-gendarme por mojar su pañuelo en la sangre de María-Antonieta. Exaltación y locura.

El 8 de la presente década llega la noticia de la sublevación en masa de Maubeuge.

Epílogo

Adiciones

Desde el final de la impresión, los acontecimientos se han sucedido con rapidez. Se sabe que los rebeldes de la Vendée, tras ser derrotados en Mortagne y en Cholet, se han trasladado a la isla de Noirmoutier, donde han sido acogidos por sus pérfidos habitantes… Pero, expulsados de Beaupréau y de Ancenis, ya no les queda sino este refugio, donde están obligados a quedarse, de manera que la Vendée está perdida. Ese país fértil, pero habitado por gentes supersticiosas y groseras, fáciles de engañar, ya no es sino un montón de ruinas y de cenizas. Los contra-revolucionarios han perdido pues Lyon y la Vendée: Burdeos acaba de manifestar su patriotismo más ferviente. Nuestro ejército del norte, tras repeler al enemigo de los alrededores de Maubeuge, lo está persiguiendo impetuosamente, mientras otra columna, que ha tomado Turnes, avanza hacia Nieuport y tal vez tome también Ostende… Por el lado del Rin, se está intentando reparar la derrota causada por la traición de un oficial.

Los veintidós diputados acusados están en el tribunal revolucionario desde hace tres días (hoy es *sextidi*, día 6 de la primera década del segundo mes, es decir: 27 de octubre según el antiguo calendario). Ayer, *quintidi*, Vergniaud ha dado un discurso muy vehemente de cinco cuartos de hora; pero, al no haberlo podido escuchar, desconozco su contenido.

Continúan produciéndose las afluencias anticívicas de personas en las puertas de las panaderías; se diría que hay una clase de gente empeñada en obtener el pan de forma penosa.

El general Gartaud ha logrado, el 22 de octubre (antiguo calendario), una ventaja considerable sobre los rebeldes de Toulon: seis naves inglesas han resultado dañadas a cañonazos y están en carena. Ha matado a aproximadamente trescientos de sus hombres. Así que estamos a punto de retomar esta importante plaza, eterno oprobio para los traidores que gobiernan en Inglaterra.

El rey de Prusia ha abandonado a su ejército, que ha dejado bajo el mando de Brunswick, para ir a ponerse a la cabeza de las tropas con las que pretende robar una parte de Polonia.

Cobourg ha visto romperse sus líneas frente a Maubeuge: «Si los republicanos franceses me fuerzan en este punto, yo mismo me hago republicano». Pues ha sido forzado, y aún retiene prisioneros, el muy cobarde, a los cuatro diputados que recibió de manos de Dumouriez.

Se ha establecido el nuevo calendario de la República, cuyo primer mes comienza el 22 de septiembre del antiguo calendario, que se convierte así en el 1.º de la primera década del año II de la República, dicho de otra manera: el 1.º de *vendémiaire*. Ya se sabe que yo ya había propuesto una reforma de los años y de los meses en mi obra *Les nuits de Paris*. Ahí proponía comenzar el año el 21 o 22 de diciembre, coincidiendo con el solsticio de invierno. Proponía igualmente cambiar los nombres de los meses e igualarlos, etc. Los nombres que propuse eran *primobre* (del 22 de diciembre al 22 de enero), *duobre, triobre, quartile, quintile, sextile, septembre* (del 22 de julio al 22 de agosto), *octobre, novembre, décembre, unzobre* y *douzobre* (este último, del 22 de noviembre al 22 de diciembre). Los nombres atribuidos por el nuevo calendario son más afortunados. Son *vendémiaire* (del 22 de septiembre al 22 de octubre), *brumaire, frimaire, nivôse, ventôse, pluviôse, germinal, floréal, prairial, messidor, thermidor y fructidor*. Puesto que los meses se han dividido en décadas, que sustituyen a las semanas, los días de la década también han sido rebautizados: *primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonodi* y *décadi*, que es el día de descanso… Ayer, *sextidi*, 6 de *brumaire*, han redoblado los tambores para obligar a abrir a las tiendas que los partidarios del antiguo domingo tenían cerradas.

Tan sólo me queda referir el juicio de los veintidós diputados que han sido presentados ante tribunal revolucionario. Los veintidós traidores han sido condenados a muerte, ayer *nonodi* (30 de octubre, según antiguo calendario) a las diez y media de la noche y han sido ejecutados hoy al mediodía. Valazé, uno de ellos, se ha matado al escuchar la condena. Los demás se han alzado enfurecidos y han tirado sus *assignats*. Hoy han caminado hacia el cadalso con aparente alegría; nueve de ellos van cantando en el primer coche. Carra muestra una sorpresa estúpida; Sillery y Fauchet tienen confesor; Vergniaud intenta decir algo en el momento de la ejecución, pero los tambores se lo impiden. Así es como han acabado los que no avanzaban con rectitud y franqueza en el sentido de la Revolución.

Se anuncia, el primer *décadi* de *brumaire* a las ocho, la toma de Mons y que los preparativos para entrar en Toulon se aceleran.

¡Viva la República y viva la Montaña!



NICOLAS-EDME RÉTIF DE LA BRETONNE (Sacy, 1734 - París, 1806) es un autor casi desconocido en nuestro país; incluso en Francia lo era hasta hace escasas décadas, cuando fue redescubierto con gran éxito, en parte por obras de contenido erótico como *Le Pornographe* (1769), *Le Paysan perverti* (1775) y *La Anti-Justine* (1798) y, sobre todo, por su gran obra, escrita a lo largo de más de 30 años, *Las noches de París*, de la que *Las noches revolucionarias* (1793) es su última parte.

Hijo de una familia campesina, aunque acomodada, ejerció el oficio de impresor en París mientras escribía sus primeras obras. A pesar de su escaso éxito inicial, acabó abriéndose un hueco en el mundo literario e intelectual parisino llegando a ser, al final de su vida, uno de los escritores franceses más afamados.

Notas

[1] Los jardines del Palais-Royal, durante algunos años de esa época también conocido como el Palais-Égalité (de hecho, Rétif, a lo largo de la obra, utiliza indistintamente ambas denominaciones para referirse a él), fue uno de los lugares neurálgicos de la Revolución, lo que explica este subtítulo. Construido en el siglo XVII por orden del Cardenal Richelieu, se convirtió en la residencia parisina de los duques de Orléans. Felipe de Orléans, regente durante la minoría de edad de Luis XV, estableció la Corte en este palacio. Su nieto y heredero, Felipe José de Orleáns, más conocido como Felipe Igualdad («Philippe Égalité» en francés, de ahí el nuevo nombre del palacio), por sus ideas ilustradas y su inicial postura pro-revolucionaria, abrió los jardines de su palacio al público. Se estableció ahí un teatro e incluso tiendas y bares, convirtiéndose en un lugar muy popular. A lo largo de la Revolución, era punto de encuentro de asambleas y de conspiradores, así como de prostitución y de juego. Era un lugar en constante ebullición, muy frecuentado por ello por Rétif, como iremos viendo a lo largo de la obra. **<<**

[2] La siguiente alegoría resume, desde una perspectiva popular y burguesa, los últimos acontecimientos acaecidos en París. Francia se debatía en una grave crisis económica, agravada por las malas cosechas de 1788. Aumentaba el paro y la carestía de la vida y estallaban disturbios tanto en la capital como en diversas provincias. En París se produjo una de las primeras insurrecciones obreras, la de los trabajadores de la fábrica de papel decorativo de Réveillon, a la que hace referencia el relato. Este también se hace eco de la opinión de la pequeña burguesía, según la cual los disturbios estaban promovidos por un complot aristócrata, para boicotear la convocatoria de los Estados Generales (asamblea de origen medieval a la que acudían representantes de las diversas clases sociales: nobleza, clero y el llamado Tercer Estado, es decir: burguesía, artesanado y campesinado). <<

[3] De Bicêtre, nombre de una prisión para vagabundos y enfermos mentales en el París del siglo XVIII. <<

[4] La *potence* era un artilugio de tortura en forma de horca. <<

[5] Si bien el 9 de julio se declaraba una Asamblea Nacional Constituyente, por lo que el Tercer Estado parecía imponerse, el 22 de junio Luis XVI había movilizado a 20 000 soldados para que rodearan París y Versalles. Esto enardece a los partidarios de la revisión constitucional. El mencionado 11 de julio Luis XVI destituyó a Necker, muy apreciado por el pueblo por sus medidas reformistas, y puso en su lugar al barón de Breteuil, ferozmente hostil a cualquier cambio. El 12 la noticia corrió como la pólvora por París, estallaron disturbios y enfrentamientos y los representantes del Tercer Estado se reunieron en el Ayuntamiento, creando un comité permanente que pedía a cada distrito parisino la nominación de 200 ciudadanos dispuestos a tomar las armas. Es el nacimiento de la Comuna de París, de las secciones y de la milicia parisina, encargada de la seguridad pública. <<

[6] Referencia a su largo y accidentado pleito con un yerno, un tal Augé, cuyo matrimonio con una hija de Rétif fue tan desgraciado que al poco tiempo ésta se separó y regresó a *vivir* con sus padres. Ante lo cual, Augé inició toda una campaña de persecución y hostigamiento de la familia, incluyendo amenazas y delaciones que llevaron por dos veces a la detención de Rétif durante la época revolucionaria por presuntas publicaciones ilegales. Finalmente, fue el propio Augé el que acabó encarcelado por injurias y falsos testimonios. Rétif hace, a lo largo de este libro, numerosas referencias a este trágico y penoso capítulo personal. <<

[7] Cada palabra está escrita al revés, de manera que viene a ser: *Allez foutre un petit coup!*, lo que significaría algo parecido a: «¡Id a joderos un poco por ahí!». <<

[8] «Innuptées» en el original. Rétif era muy aficionado a los neologismos y a hacer un uso creativo del lenguaje. Este es un curioso ejemplo, donde acude al latín para inventarse un adjetivo que se comprende fácilmente como «no casadas». <<

[9] Rétif habitaba en la calle de la Bûcherie, cerca de los muelles de carga y descarga del Sena, por lo que en su barrio abundaban estibadores que se dedicaban a cargar madera, una actividad especialmente ruda desempeñada habitualmente por trabajadores no cualificados que a menudo nutrían el mundo de la marginalidad. <<

[10] Edificio mandado construir por Luis XIV para albergar a los veteranos de guerra mutilados y sin hogar. <<

[11] Esta escena está cargada de simbolismo, pues la plaza de la Grève era el lugar donde tradicionalmente se ejecutaba públicamente a los condenados durante el Antiguo Régimen. <<

[12] Se podría traducir como «corta-cimas» o «corta-copas», refiriéndose a las picas en las que ensartaban las cabezas para exhibirlas. <<

[13] «Alquiladoras de sillas», mujeres que se dedicaban a alquilar sillas para eventos públicos en general, pero especialmente dentro de las iglesias, durante las misas. <<

[14] «El campesino pervertido», novela moralista que fue, en 1775, el primer gran éxito literario de Rétif, tanto que en 1784 publicó la continuación con el mismo título en femenino: *La paysanne pervertie* y en 1787 reunió ambas historias en una sola: *Le Paysan et la Paysanne pervertis*. **<<**

[15] Rétif pasa por alto dos días durante los cuales se produjeron hechos de gran relevancia: el 15 de julio Luis XVI hizo caso a sus consejeros que le recomendaban retirar las tropas de París, donde la burguesía, triunfante, logró que el Comité permanente constituido en el Ayuntamiento se convirtiera en la Comuna de París y que la milicia burguesa fuera nombrada Guardia Nacional bajo el mando del general La Fayette. El 16 de julio, Luis XVI, con actitud conciliadora, volvió a llamar a Necker y anunció su visita a París el 17, donde fue recibido por una población en su mayoría aún decididamente afecta al rey, como bien atestigua el relato de Rétif. <<

[16] Tras una fulgurante carrera militar, el marqués de La Fayette se embarcó en 1777 hacia Estados Unidos para apoyar a su gobierno en su lucha de independencia y no regresó a Francia hasta 1782, razón por la cual posteriormente se le conocía como «el héroe de los dos mundos». <<

[17] Antiguo rey de Egipto, según la mitología griega, monstruoso, cruel y sanguinario. <<

[18] *Fouler* significa, entre otras cosas: «retorcer, aplastar, pisotear», por lo que «*foulon*», siguiendo el juego de palabras, vendría a ser «el que retuerce, aplasta, pisotea», de ahí la reflexión de Rétif. **<<**

[19] Nombre de un militar portador de la única alta distinción que, antes de la Revolución, se podía conceder a oficiales burgueses, pues el resto de órdenes militares estaban reservadas a los nobles. <<

[20] «Entended, vosotros que regís la tierra», Salmo 2, versículo 10; palabras de advertencia del Rey David a los poderosos para que se humillen ante Dios. <<

[21] Rétif está también pasando por alto otros acontecimientos de gran calibre histórico, como el Gran Miedo (julio y agosto), es decir, las insurrecciones campesinas en provincias contra la nobleza feudal, la abolición de los privilegios del Antiguo Régimen durante la noche del 4 de agosto y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el 26 de agosto. Durante el mes de septiembre, el pan escaseaba en la capital francesa y el hambre azuzaba el descontento popular. Mientras, Luis XVI vetaba los decretos de agosto de la Asamblea Nacional y volvía a concentrar tropas en Versalles. <<

[22] Literalmente: «Ojo de buey»; nombre de un famoso vestíbulo, situado en la entrada del Palacio de Versalles, donde acostumbraban a reunirse los cortesanos para charlar o jugar. Se llamaba así porque tenía una peculiar pequeña ventana redonda que imitaba un ojo de buey de barco. <<

[23] El hospital de La Salpêtrière era, esencialmente, una institución de reclusión femenina donde eran encerradas enfermas mentales, prostitutas, mendigas, huérfanas, delincuentes, etc. <<

[24] ¡El colmo de la locura! N. del A. <<

[25] El 2 de noviembre de 1789, la Asamblea Nacional decidió nacionalizar los bienes del clero. El 19 de diciembre los puso en venta por 400 millones. <<

[26] El 1 de diciembre de 1789, el Conde d'Albert de Rioms, almirante de la marina, fue asediado en Toulon por marineros y obreros armados, que lo apresaron y encarcelaron, junto a todo su Estado Mayor, bajo la acusación de conspirar y de haber insultado a la escarapela nacional. Fue este uno de los primeros casos de alzamientos militares contra la Revolución que se fueron sucediendo a finales de 1789 hasta la primavera de 1790. <<

[27] A finales de 1789 y comienzos de 1790, estallaron numerosas *jacqueries* o levantamientos campesinos por toda Francia; la mayoría pretendían expulsar a los nobles, quemar sus títulos de propiedad o simplemente saquear sus palacios y propiedades. <<

[28] Rétif se refiere al *Journal des Français*, también llamado *Le Régénérateur*, donde escribía a menudo crónicas políticas y culturales y donde apareció publicado este extracto del discurso de Luis XVI en la Asamblea Nacional. <<

[29] Tanto el abate Maury como Cazalès fueron dos de los más destacados representantes del ala derechista de la Asamblea, ardientes defensores de los intereses de la aristocracia y del clero. Maury se opuso vehementemente a la constitución civil del clero y a la incautación de los bienes de la Iglesia, que acababa de aprobarse ese día. En cuanto al benjamín de los hermanos Mirabeau, en realidad sufrió momentáneamente la impopularidad de su hermano mayor, que en esos días acababa de «venderse», según la percepción popular, al rey Luis XVI. <<

[30] Se trataba de billetes que en un principio funcionaban como bonos del Tesoro garantizados precisamente con los bienes requisados a la Iglesia, pero que pronto se convirtieron en un tipo de papel-moneda cuyo descontrol condujo rápidamente a una hiperinflación y depreciación. <<

[31] A lo largo de los meses anteriores se fueron sucediendo alzamientos antirevolucionarios por todas partes; para contrarrestarlos y mostrar su adhesión a la Revolución, se formaron numerosas federaciones locales de milicianos, proceso cuyo corolario fue la fiesta de la Federación Nacional en el Campo de Marte parisino, el 14 de julio de 1790. Luis XVI presidió los actos y juró la Constitución, siendo aún muy popular, aunque ya había iniciado un doble juego, con planes secretos de huida al extranjero y de reconquista del poder. <<

[32] De nuevo Rétif pasa por alto algunos acontecimientos de gran relevancia política, como el motín de Nancy en agosto de 1790, protagonizado por soldados de la Guardia Nacional contra sus mandos por retrasos en sus pagas. El rey y el sector más conservador de la Asamblea Nacional optan por la toma militar de Nancy y por la represión, provocando cientos de muertos, ejecuciones y envíos a galeras. Luis XVI comienza a coquetear decididamente con la idea de abandonar Francia, reunir fuerzas en el extranjero y regresar para disolver la Asamblea Nacional y retomar el poder. Los aristócratas huidos comienzan a organizarse y presionan para el restablecimiento del absolutismo. Se trata de una presión política y económica, pero también armada, y a comienzos de 1791 un grupo paramilitar llamado «Los caballeros del puñal» intenta sacar al rey de Francia. <<

[33] Se refiere a Enrique IV de Francia y de Navarra, de la dinastía de los Borbones y protagonista de las últimas guerras de religión en Francia. De confesión protestante (hugonote), se convirtió al catolicismo con el fin de poder gobernar, pues «París bien vale una misa». <<

[34] Detalle que demuestra que estos comentarios y reflexiones, así como otros que siguen al filo de la crónica, fueron en realidad escritos con bastante posterioridad a los acontecimientos narrados, posiblemente poco antes de la edición de todo el volumen, a finales de 1793; lo que explica el súbito cambio de tono y opinión de Rétif con respecto al rey, a la reina o a La Fayette, pocas páginas atrás alabados y exaltados y, en las que siguen, duramente criticados. <<

[35] Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia, último monarca católico del Reino Unido, intentó huir de Londres en 1688, asediado por la fuerzas protestantes, siendo capturado y condenado a un humillante exilio. <<

[36] Uno de los protagonistas de la siguiente historia, que no sale precisamente bien parado, es un destacado miembro de la aristocracia más anti-revolucionaria de la época, el barón de Breteuil, ministro del gobierno que, además, hizo las veces de intermediario de Luis XVI en sus contactos secretos con las cortes extranjeras para preparar su exilio. **<<**

[37] En 1790, París fue dividido en 48 distritos denominados «secciones», unidades básicas de organización política ciudadana y uno de los principales motores de la Revolución, llegando a adquirir gran poder de presión en algunos de los momentos clave, como veremos a lo largo del texto. Se organizaban mediante comités (cívico, revolucionario y miliciano) y asambleas y nombraban comisarios; se fueron radicalizando hasta llegar a sustituir a la Comuna, convirtiéndose en el órgano político de los *sans-culottes* y de las clases más populares y politizadas. <<

[38] Seguidor de Jean-Paul Marat, uno de los protagonistas más radicales y populares de la revolución francesa. <<

[39] Normalmente escrito *serdeau*, era en su origen el jefe del servicio de abastecimiento de agua del rey (de *sert d'eau*, «sirve agua»), derivando al encargado de deshacerse de la abundante comida sobrante de la casa real, que habitualmente se revendía en unas barracas cercanas, que pasaron a denominarse *serdeaux* o *cerdeaux*, según la ortografía de Rétif. **<<**

[40] Extensa serie de relatos que, a modo de galería de retratos, describe a mujeres de la época y que Rétif comenzó a escribir en 1780 y continuó a lo largo de su vida. <<

[41] En la época revolucionaria se extendió la costumbre, entre la nobleza, de enviar ruecas de hilar a sus miembros varones que se negaban a abandonar su casa y emigrar para tomar las armas en el extranjero, a modo de humillante símbolo que cuestionaba su hombría. <<

[42] Rétif se refiere al conocido como «el Triunvirato», formado por Alexandre Théodore Victor de Lameth, Antoine Barnave y Adrien Duport, personajes procedentes de la nobleza o de la alta burguesía que sin embargo encabezaron las iniciativas más radicales durante los primeros tiempos de la Revolución y fueron los fundadores del club de los jacobinos. Tras la detención del rey, los tres protagonizaron un viraje en su trayectoria y pasaron a defender a la monarquía, abandonando a los jacobinos para integrarse en las filas del sector más conservador de los girondinos, fundando un club más moderado, el de los Feuillants. No mucho después acabarían exiliándose o siendo ejecutados. <<

[43] Tras la captura del rey, la Asamblea Nacional, aún dominada por el sector conservador de los girondinos, decide reponerlo en su puesto argumentando que no ha habido huida sino secuestro, invención que nadie cree y que marca la separación definitiva del pueblo organizado no sólo de la monarquía, sino también de los políticos más conservadores. La calle arde, momento que aprovecha la izquierda, jacobinos y cordeleros, si bien aún minoritaria en el Parlamento, para reclamar la instauración de la República. <<

[44] Referencia a Tiberio Julio César, segundo emperador de Roma, famoso por su crueldad y por sus escandalosos hábitos sexuales, que se convirtieron en una obsesión cada vez más absorbente a medida que envejecía, destacando por su afición a las orgías, al sadismo y, sobre todo, a la pedofilia, lo que explica la metáfora de Rétif. **<<**

[45] Sacerdote jesuita, impresor y autor de numerosas obras, la más famosa de las cuales fue *Historia filosófica y política de los establecimientos y comercio de los europeos en las dos Indias* (1770), enciclopédica obra que contiene afiladas críticas contra el colonialismo y el despotismo de monarquías e Iglesia en las Indias. Publicada de forma anónima y distribuida clandestinamente, fue duramente censurada y perseguida, incluida en el Index de la Iglesia, y a su autor le costó el exilio a Suiza. <<

[46] Rétif vuelve a dar un importante salto en el tiempo, de casi un año, en esta ocasión, durante el cual la situación en Francia se agravó en casi todos los ámbitos: la crisis económica se agudizó, provocando una crisis social (hiperinflación e incremento del coste de la vida, disturbios y saqueos frecuentes desde enero de 1792); la cuestión religiosa estaba enquistada, con la alianza del clero refractario con la aristocracia por un lado, y con sectores del campesinado por otro, especialmente en la Vendée, donde, desde agosto de 1791, los curas animaban y encabezaban la sublevación contra la Revolución. También se incrementaron las turbulencias en política exterior: los emigrados anunciaron la invasión de Francia y las tropas de Condé se concentraron en Coblenza. Mientras tanto, Luis XVI continuaba su sorda labor de boicot interno, acudiendo a su poder de veto y moviendo hilos a favor de la guerra, como única opción para frenar la Revolución. <<

[47] El 9 de noviembre de 1791 se votó un decreto exhortando a los emigrados a regresar a Francia, so pena de ser considerados sospechosos, por lo cual sus bienes resultarían confiscados. El 29 de noviembre se votó otro decreto que obligaba a los curas refractarios a prestar un nuevo juramento cívico. Ambos decretos fueron vetados por el rey, como señala Rétif, exaltando los ánimos populares. <<

[48] Con esta autodefensa Rétif pretende responder a ciertos rumores que se extendieron por la época acusándole de realizar labores de espía, acusaciones que nunca se han llegado a demostrar pero que tampoco extrañan en una época tan turbulenta y conflictiva, en la que hacer las veces de observador e intentar estar en todas partes bien podía levantar suspicacias. <<

[49] Hacía un mes que los girondinos, superados por los acontecimientos, habían declarado «la patria en peligro», mientras tropas prusianas avanzaban hacia Francia. Los sectores más conservadores del Parlamento se aferraban al rey y a la Corte para intentar frenar una deriva popular de la Revolución que temían pudiera llegar a cuestionar algunos de los principios básicos burgueses de los que eran valedores, como la propiedad privada o el sufragio censitario (no universal, limitado a padres de familia con cierto nivel de renta). Pero este acercamiento al rey marcó su ruptura con el pueblo y desembocó en los acontecimientos del 10 de agosto, una auténtica revolución dentro de la Revolución. La tensión se disparó a partir del 1 de agosto, cuando llegó a París la noticia del Manifiesto de Brunswick, del general prusiano que avanzaba hacia la capital y que había declarado que tomaría duras represalias si se atacaba a la familia real francesa. Pero esta amenaza no sólo no amedrentó al pueblo parisino sino que, al contrario, lo irritó considerablemente, y las poderosas secciones o asambleas de barrio enviaron a representantes que ocuparon el ayuntamiento y lo declararon «municipio insurrecto», sustituyendo al ayuntamiento legal. <<

[50] *Le Logographe* era un periódico creado durante la época revolucionaria que se encargaba de difundir los debates de las sesiones parlamentarias, para lo cual contaba con un pequeño cuarto en el hemiciclo, donde se refugiaron Luis XVI y su familia, con grandes apreturas, durante el asalto a las Tuileries. <<

[51] Castillo de origen medieval (de la Orden de los Templarios, de ahí su nombre) construido en el s. XIII, que a partir de la Revolución sirvió de prisión para toda la familia real, posteriormente de lugar de peregrinación para los monárquicos franceses y que fue finalmente demolido en 1808 por orden de Napoleón Bonaparte. <<

[52] Rétif pasa por alto algunas claves del desenlace de esta jornada del 10 de agosto. Para empezar, el asalto a las Tuileries fue una auténtica batalla en la que murieron cientos de personas y que tan sólo la rendición del rey pudo detener. El monarca fue depuesto, instaurándose una «República democrática y popular», y el sufragio censitario fue sustituido por el universal (aunque sólo masculino). El nuevo gobierno requiere una nueva constitución, proceso que Rétif esboza a continuación. <<

[53] Pequeña ciudad del sur de Francia, en el departamento de Tarn y Garona, que fue un importante centro del protestantismo francés hasta que, en 1622, fue atacada y su población masacrada por orden de Luis XIII. <<

[54] Nota del autor: Me refiero a la muerte de su gloria, con la revocación del edicto de Nantes mediante la bula *Unigenitus*. **<<**

[55] Se refiere indudablemente al general prusiano Brunswick, cuyas soberbias declaraciones tanto habían soliviantado al pueblo parisino. **<<**

[56] Famosa estocada de esgrima, sofisticada y secreta, que permitió a Guy Chabot de Saint-Gelais, barón de Jarnac, vencer en duelo a François de Vivonne, en 1547. <<

[57] Prisión parisina bautizada como «la Abadía» por haber sido construida en uno de los ángulos del recinto de la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Fue el escenario de la mayor matanza de prisioneros de septiembre de 1792, siendo asesinados unos 300. <<

[58] «La Force» era otra de las prisiones parisinas. <<

[59] «Sainte Pélagie» era otra prisión parisina. <<

[60] La Princesa de Lamballe fue amiga íntima de María-Antonieta, y había sido nombrada superintendente de la Casa de la Reina. El rumor que cuenta Rétif es cierto: su cabeza fue llevada bajo las ventanas del Temple, donde se hallaba presa María-Antonieta. <<

[61] ¡Sorprendentes palabras en boca de un humanista como Rétif! Sin embargo, no hace sino recoger la opinión popular imperante en la época en la que escribió este comentario: en mayo de 1793 la contrarrevolución se revelaba extremadamente activa, mientras la división cundía entre los republicanos. Los federalistas se rebelaron contra el centralismo jacobino parisino y se hicieron con el poder de las secciones de provincias; los monárquicos aprovecharon para infiltrarse en las secciones y en las tropas federales y en la Vendée (Bretaña) estalló la guerra abierta contra París. La Revolución volvía a tambalearse. <<

[62] Madre de Nerón, a la que este intentó asesinar embarcándola en una nave diseñada para hundirse. <<

[63] Establecimiento de reclusión que mezclaba funciones de cárcel, hospital y manicomio, encerrando indistintamente a mendigos, enfermos y criminales (estos últimos en lo que se conocía como *maison de force*, es decir, «casa para forzados» o reos). <<

[64] Antoine François Desrues, famoso defraudador y vividor parisino, fue acusado, junto a su mujer, del envenenamiento de la señora de La Motte y de su hijo adolescente para hacerse con sus propiedades. A pesar de afirmar su inocencia hasta el último momento, en 1777 fue finalmente condenado a ser apaleado hasta la muerte y su cadáver fue quemado en la plaza pública. <<

[65] Nicolas Bricaire de La Dixmerie, escritor y filósofo francés, masón y seguidor de Voltaire y de Montaigne. <<

[66] Jeanne de Valois de Saint-Remy, condesa de La Motte-Valois (no confundir con la familia La Motte, mencionada en la nota anterior), famosa estafadora, cerebro del escándalo del collar del reina (consúltese la nota 82 para más detalles sobre el asunto), que, en 1786, fue condenada a recibir públicamente cien latigazos, a ser marcada al rojo vivo con la letra «V» (de *voleuse*, «ladrona») en cada hombro y a cumplir cadena perpetua, aunque logró evadirse seis meses después. <<

[67] Ya mencionada anteriormente, se trataba de una institución similar a la de Bicêtre, pero exclusivamente femenina y que incluía un orfanato. <<

[68] «¡Buenos dioses!, ¡guardad el año!». Nota del autor: No soy politeísta, el plural me es indiferente. <<

[69] Como apunta Rétif, fue un acontecimiento de gran notoriedad, así como de gran polémica. Muchos eran los contrarios a este juicio; no sólo, evidentemente, los monárquicos y el ala más conservadora del parlamento, representante de la alta burguesía, sino también, por razones opuestas, el ala más izquierdista, entonces conocida como la Montaña (por sentarse en la parte superior del hemiciclo). En efecto, ésta, encabezada por Robespierre, Danton, Marat y Herbert, consideraba que el juicio al rey ponía en cuestión la insurrección popular del 10 de agosto, en la medida en que no reconocía la soberanía del juicio que el pueblo ya había hecho a Luis XVI. Pero una vez iniciado el juicio, los miembros de la Montaña se volcaron en exigir la cabeza de Luis. <<

[70] A pesar de que el gobierno había reforzado la seguridad y movilizado las milicias en toda la capital para evitar disturbios e incidentes durante el proceso al rey, en la víspera de su ejecución un antiguo Guardia de Corps llamado Philippe de Paris asesinó al representante del departamento de l’Yonne, Michel Lepelletier, antiguo marqués de Saint-Fargeau, título al que había renunciado para integrarse en la Montaña y diseñar un plan de educación nacional, y que ese día mismo había votado a favor de la ejecución del rey, como nos narra Rétif. Este asesinato conmocionó profundamente a todo París y convirtió a Lepelletier en un mártir de la Revolución. <<

[71] Nótese la brevedad con la que Rétif describe un acontecimiento tan trascendente, sin duda incómodo ante sus propias contradicciones de republicano moderado. Otros documentos de época, como el periódico radical *Révolutions de Paris*, nos transmite las últimas palabras de Luis XVI: «Muero inocente, pero perdono a mis enemigos, y deseo que mi sangre resulte útil a los franceses y que apacigüe la cólera divina». Según el mismo periódico, a las diez horas y diez minutos, su cabeza quedó separada de su cuerpo y fue exhibida al pueblo, resonando por todas partes gritos de «¡Viva la República!». <<

[72] Francia atravesaba una gravísima situación: las naciones extranjeras estaban formando una coalición en su contra, la guerra civil se extendía y la crisis económica se agudizaba aún más. La hiperinflación y la devaluación galopante de los *assignats* elevaban a una velocidad vertiginosa el coste de la vida, mientras los campesinos, que no querían saber nada del papel-moneda, retenían su producción. En las grandes ciudades cundía la hambruna y pronto estallaron motines populares reclamando pan; el pueblo organizado, que llevaba tiempo reclamando el control de precios de los productos básicos, asediaba las tiendas de comestibles exigiendo las mercancías a precios más razonables que ellos mismos fijaban. Pero, como nos describe Rétif a continuación, pronto todo degeneró en saqueos y disturbios. Los propios jacobinos acusaron a los saqueadores de ser instrumentos y cómplices de la reacción, o incluso del extranjero, rumor que Rétif también recoge. <<

[73] Más conocido, por lo general, bajo el título *L'Andrographe*, forma parte de una serie de libros escritos por Rétif como reformista ilustrado, e incluso utópico, conteniendo algunos de ellos propuestas muy osadas y novedosas para la época. Toda la serie tiene la característica de que sus títulos terminan con el sufijo «-graphe», añadido al ámbito que se pretende reformar: *Le Pornographe* (1769) pretende regular la prostitución; *La Mimographe* (1770), el mundo de las artes y de las letras; *Les Gynographes* (1777), la condición femenina y las relaciones de género; el mencionado *L'Andrographe* (1782), las costumbres; y *Le Thesmographe* (1789), las leyes. Como reformista radical, Rétif plantea en este punto una cuestión candente en la época y aboga por el colectivismo frente a la propiedad privada, yendo a contracorriente de la mayor parte de los líderes revolucionarios, en su mayoría burgueses, ardientes defensores de la propiedad y del liberalismo económico. <<

[74] Aunque esta segunda parte del libro se titula «Veinte noches de París», en realidad contiene veintiuna, además de las supernumerarias. Esto se debe a un error en la edición original, donde se le atribuyó la numeración de «Séptima noche» tanto a la del 16 y 17 de julio como a la siguiente, la del 26 y 27 de septiembre de 1791. <<

[75] Por un lado, la amenaza exterior condujo a una leva masiva de 300 000 hombres, decretada el 24 de febrero, que en las regiones más afectas al Antiguo Régimen, como las mencionadas, fue respondida con sublevaciones y deserciones. Por otro lado, en el exterior (Rétif aquí se adelanta un poco a los acontecimientos) se sucedieron una serie de derrotas a lo largo de marzo: el ejército austriaco retomó Bélgica y la rivera izquierda del Rin. <<

[76] De nuevo, Rétif se adelanta a los hechos, pues fue el 9 de marzo cuando una serie de periódicos de tendencia moderada o girondina fueron asaltados y saqueados, entre ellos *La Chronique de Paris* y *Le Patriote financais*. Fue el comienzo del ascenso de la Montaña y de los jacobinos sobre los girondinos, superados por los acontecimientos. Rétif, dividido entre su labor de tipógrafo, impresor y escritor y su creciente simpatía por los jacobinos, más enérgicos en estos momentos de crisis, tan sólo condena a medias, como podemos ver, estos ataques a la libertad de prensa. <<

[77] Sonada estafa protagonizada por la condesa de La Motte-Valois, la cual logró seducir y engañar a Monseñor Cardenal-Príncipe Louis René Édouard de Rohan, obispo titular de Estrasburgo y tesorero de la reina María-Antonieta, encargando la compra de un collar de gran valor, supuestamente para la reina, mediante cartas y firmas falsificadas; la joya, evidentemente, desapareció de inmediato. Cuando el caso saltó a la luz pública, el escándalo adquirió proporciones nacionales. <<

[78] Charles-Alexandre de Calonne, controlador general de finanzas, reunió en Versalles en 1787 a una asamblea de notables (grandes propietarios rurales) de provincias, con la intención de reducir sus privilegios fiscales en beneficio de la casa real, que se hallaba tremendamente endeudada. Éstos, sin embargo, se negaron a aceptar la propuesta (lo que supuso la destitución de Calonne) y se unieron al resto de la aristocracia para convocar los Estados Generales, donde pretendían consolidar y restablecer sus privilegios feudales. <<

[79] Charles Simon Favart, dramaturgo y productor teatral francés de la época, autor de más de 150 comedias y operetas. <<

[80] Este resumen de sus problemas con la censura y de los abusos del Antiguo Régimen pretendía ser el colofón final de las «Noches revolucionarias». Pero la rápida sucesión de acontecimientos de gran trascendencia obligaron a Rétif a añadir cinco noches más, denominadas «supernumerarias», además de una adición de última hora, que siguen a continuación y ponen término a esta obra. <<

[81] De *Stadhouder*, literalmente «lugarteniente»; cargo supremo de las provincias del norte de los Países Bajos. En 1793, el estatúder al que se refiere Rétif era Guillermo V de Orange-Nassau. <<

[82] Jean-Paul Marat fue uno de los personajes más influyentes de la Revolución, debido a su gran carisma. De formación científica, destacó como médico y filósofo antes de unirse a las fuerzas revolucionarias. Siempre a la cabeza de las corrientes más izquierdistas y populares, tuvo que exiliarse y esconderse en numerosas ocasiones hasta que la Montaña fue desplazando a los girondinos en la Convención. Es el impulsor del Comité de vigilancia y de las purgas de contra-revolucionarios. En abril de 1793, Marat llamó a los *sans-culottes*, fuerzas de choque populares, a tomar las armas contra los moderados de la Convención, es decir, contra los girondinos, razón por la cual éstos decretaron su arresto y juicio, pero Marat logró darle la vuelta a la situación, como nos va a narrar Rétif. <<

[83] Seguramente Rétif se refiere al parecido fonético del apellido con el verbo *(se) marrer*, que significa divertirse o reírse de algo de forma burlona, en referencia a la socarrona insolencia y astucia del líder revolucionario. <<

[84] Referencias a una de las leyendas del Libro de Esther, de la Biblia hebrea: Mordecai era un descendiente de los exiliados de Judea, establecido en Persia. Su sobrina Esther es desposada por el rey Abasuerus, convirtiéndose Mordecai en su consejero. Desvela entonces un complot de los eunucos contra el rey, por lo que se le rinden grandes honores públicos. Pero Haman el Agagita, uno de los ministros reales, celoso de su prestigio en la Corte, urde una trama para terminar con su vida y con la de todos los judíos establecidos en Persia. Gracias a la influencia de Esther, Mordecai logra evitar el exterminio y este se vuelve contra Haman y su familia, que son ahorcados. <<

[85] Las derrotas exteriores y las sublevaciones interiores aceleraron la crisis política en la Convención, agudizando el enfrentamiento entre la facción girondina (cada vez más debilitada) y la pujante Montaña. El frustrado juicio contra Marat y el arresto de Hebert, el hombre fuerte de la Comuna y de la Montaña, el 24 de mayo, por la comisión de seguridad de los Doce (de mayoría conservadora), fueron los últimos coletazos de una Gironda moribunda. La Montaña recurre a las fuerzas populares de las secciones parisinas para darle el golpe de gracia, y a finales de mayo, la Comuna de París creó un comité insurrecto y manifestantes armados rodearon la Convención exigiendo la detención de los principales líderes girondinos, así como medidas económicas y sociales, como el control del precio del pan. Fue el triunfo de la Montaña y la liquidación de la Gironda. Veintinueve diputados y dos ministros fueron detenidos y se iniciaron las purgas. <<

[86] Perseguido por los partidarios de Lafayette, en mayo de 1790 Marat se vio obligado esconderse durante una temporada en las catacumbas de París, para evitar su detención sin salir de la ciudad; ahí contrajo una virulenta enfermedad de la piel que le obligaba a tomar cada día largos baños curativos. <<

[87] Nota del autor: Podéis hallar su historia en mi obra *l'Année des dames*. <<

[88] En efecto, ese año la fiesta de la República fue postergada al 10 de agosto, primer aniversario de la insurrección del pueblo parisino y de la caída de la monarquía. <<

[89] Adam de Custine fue acusado de alta traición por la Convención (escarmentada por la traición de Dumouriez), debido a sus derrotas en Renania y acusado de falta de arrojo en la defensa de la frontera norte. Sus anteriores enfrentamientos con los jacobinos y su férreo militarismo (que le llevó a proclamar que tan sólo un dictador militar podía salvar a Francia) lo convirtieron en el perfecto chivo expiatorio. <<

[90] Los acontecimientos se aceleran y la revolución de radicaliza en los primeros días de septiembre. Por un lado, las secciones vuelven a enviar comitivas a la Convención exigiendo medidas que superan el carácter burgués de la Revolución, como el control de precios, la persecución de los acaparadores, límites a las rentas personales e incluso a la propiedad privada, hasta ahora intocable. La respuesta de la Convención es el preludio al periodo del Terror. <<

[91] Nota del autor: Y de una muchacha de veintidós años, Charlotte Vautant, ejecutada el 15 del primer mes del año II de la Libertad. <<

[92] Título del periódico radical publicado por Jacques-René Hebert, miembro de la Comuna de París, dirigente de la facción de la Montaña y uno de los líderes revolucionarios más radicales y populares. <<

[93] Con el establecimiento de la República, a partir de mediados de 1792, Luis XVI fue desposeído de todos sus títulos y pasó a ser denominado como un ciudadano más, con nombre y apellido: Luis Capeto. <<

[94] Nota del autor: Interpelada al respecto, ella lo ha negado, añadiendo, mientras mira al pueblo: «Eso no es posible; apelo a todas las madres…». No ha rechazado al tribunal, como María Estuardo. <<